

ENOOLA HOLMES

Nancy Springer



El caso
de la dama zurda

13

Sherlock Holmes, el detective más famoso del mundo, está removiendo cielo y tierra para encontrar a su hermana pequeña Enola, quien parece haber sido engullida por la ciudad más grande y oscura del mundo: Londres. Mientras se esconde de su propio hermano, Enola se topa con unos dibujos al carboncillo y siente una conexión inmediata con su autora, Lady Cecily, pero esta ha desaparecido sin dejar rastro. Así que Enola deberá resolver los enigmas que conducen hasta esta dama zurda. ¿Podrá seguir ocultándose y encontrar a Lady Cecily o perderá para siempre su libertad?

Nancy Springer

El caso de la dama zurda

Enola Holmes

2



Título original: *The Case of the Left-Handed Lady*

Nancy Springer, 2007

Traducción: Ángela Esteller García, 2018

Diseño cubierta: Hugh D'Andrade

Revisión: 1.0

 20/10/2020

A MI MADRE



ENOLA

HOLMES
Nancy Springer

SABÍA QUE IBA A MORIR...



A GRANDES ZANCADAS, PROSEGUÍ MI CAMINO. Temblaba de frío. Y de miedo. A la escucha.

Distraída con aquellos pensamientos, cuando noté una presencia a mis espaldas era ya demasiado tarde.

Un sonido imperceptible, tal vez el roce del cuero de un zapato pisando el barro helado y las piedras rotas de la calle, tal vez el jadeo de una respiración diabólica... En el momento en que intenté tomar aliento, justo en el momento en que, asustada, traté de darme la vuelta, algo me agarró del cuello.

Algo oculto e invisible, detrás de mí.

Aterradoramente fuerte.

Que me apretaba cada vez con más ímpetu.

No era algo humano, era como... como una condena opresora, sinuosa, constrictora, que me mordía el cuello. No podía pensar, y mucho menos alcanzar mi daga. Mi única reacción fue dejar caer el farol que sostenía y, con las dos manos, tratar de zafarme de aquella... cosa, fuera lo que fuera, que atormentaba mi cuello. Pero empecé a sentir que me faltaba el aliento, que mi cuerpo se retorció de dolor, que mi boca se abrió en un grito callado, que todo lo que veía empezaba a oscurecerse ante mis ojos. Y supe que iba a morir.

LONDRES. ENERO DE 1869



—NO NOS ENCONTRARÍAMOS EN ESTA DEPLORABLE situación —declara el más joven y alto de los dos hombres que se encuentran en la pequeña sala del club— si no la hubieses obligado a ir a ese internado.

Con sus rasgos afilados y su delgadez extrema, casi cadavérica, camina de un lado a otro en sus brillantes botas negras, pantalones negros y chaqueta de frac también negra, como si fuera una garza negra.

—Mi querido hermano. —El mayor y más corpulento, cómodamente hundido en un sillón orejero de cuero marroquí, alza unas cejas muy pobladas y puntiagudas—. Esta intensa amargura no suele acompañar en absoluto tu temperamento habitual. —Habla con calma, pues está en su club, y en concreto, en su estancia privada, que habitualmente utiliza para los encuentros. Mientras espera deseoso que llegue su cena consistente en una excelente carne asada, le dice a su hermano menor en un tono afable—: No negaré que la muy mema está sola en este caldero de ciudad y puede que ya la hayan atracado, que haya acabado en la indignancia o, peor aún, que haya perdido su honor... Aun así, no deberías implicarte emocionalmente en el asunto.

—¿Y cómo se supone que debo hacer eso? —El hombre se da la vuelta desafiante y le dirige una mirada de halcón—. ¡Es nuestra hermana!

—Y la otra mujer que ha desaparecido es nuestra madre. ¿Y qué? ¿Servirá de algo que nos impacientemos como perros de caza en una jaula? Si buscas a alguien a quien culpar —dice el hombre que está sentado, cruzando las manos sobre la mullida extensión del chaleco que conforma su barriga—, madre es la persona contra la que deberías dirigir tu ira. —Es un lógico, así que enumera sus razones—: Es nuestra madre la que, en vez de proporcionarle los modales adecuados de una dama, ha permitido que la niña se eduque medio salvaje, en bombachos y montada en una bicicleta. Es nuestra madre la que se ha pasado los días pintando florecillas mientras nuestra

hermana trepaba a los árboles, y es nuestra madre la que malversó el dinero que, de otro modo, hubiera tenido que ser para la institutriz de la jovencita, para su profesora de danza, para confeccionarle pudorosos vestidos femeninos y un largo etcétera. Y también es nuestra madre la que, en última instancia, la abandonó.

—El día de su decimocuarto cumpleaños —murmura el hombre que camina de un lado a otro.

—En su cumpleaños o en cualquier otro día, ¿qué más da? —se queja el hermano mayor, que está empezando a cansarse del tema—. Madre es la que abdicó de su responsabilidad, finalmente hasta el punto de la deserción, y...

—Y entonces tú decides imponer tu voluntad a una joven con el corazón roto, ordenándole que abandone el único mundo que ha conocido, que ahora se desmorona bajo sus pies...

—¡El único proceder racional para convertirla en algo parecido a una jovencita decente! —le interrumpe el hermano mayor con aspereza—. Tú mejor que nadie deberías entender lo lógico...

—La lógica no lo es todo.

—Ciertamente, es la primera vez que te oigo decir algo así. —El hombre corpulento ya no está calmado ni cómodo y se inclina hacia delante en su sillón, plantando sus botas cubiertas por unas polainas impecables en el suelo de parqué—. ¿Por qué estás tan... tan embargado por la emoción, tan afectado? ¿Por qué el hecho de localizar a nuestra rebelde hermana huida iba a ser diferente de cualquier otro pequeño problema...?

—¡Porque es nuestra hermana!

—Con la que tenemos tanta diferencia de edad que la has visto exactamente dos veces en la vida.

El hombre alto e inquieto, con cara de halcón, se detiene.

—Con una sola vez hubiese sido suficiente. —Su voz afilada y rápida es más suave y apocada ahora, pero no mira a su hermano; en lugar de eso, parece contemplar a través de los paneles de roble de las paredes del club un lugar distante... u otro tiempo—. Me recuerda a mí cuando tenía su edad, con los rasgos de un halcón, todo nariz y barbilla, torpe y nunca encontrándome a gusto en...

—¡Tonterías! —Con firmeza, el hermano mayor interrumpe sus disparates—. ¡Es absurdo! Es una mujer. Su intelecto es inferior, necesita protección... No se puede comparar. —Aunque frunce el ceño, rebaja el tono como si fuera un hombre de estado a punto de encargarse de un asunto—. Esas historias del pasado no son de ninguna utilidad. El único interrogante racional ahora es: ¿cómo te propones encontrarla?

Con una aparente fuerza de voluntad, el hombre alto toma las riendas de su mirada perdida y concentra sus sagaces ojos verdes en su hermano. Después de una pausa, dice simplemente:

—Tengo un plan.

—No esperaba menos. ¿Puedes compartir conmigo los detalles?

Silencio.

El hermano mayor sonríe sutilmente mientras se pone cómodo en el sillón.

—Siempre tienes que envolverte en un halo de misterio, ¿eh, Sherlock?

El hermano más joven, conocido por ser un gran detective, se encoje de hombros y, con unos modales igual de fríos que los del mayor, dice:

—No veo de qué serviría decirte algo ahora, querido Mycroft. Si necesito tu ayuda, ten por seguro que te avisaré.

—Y entonces, ¿para qué has venido esta noche?

—Por una vez, para decir lo que pienso.

—¿Y es realmente tu mente la que habla, mi querido Sherlock? Me parece que tus procesos mentales carecen de disciplina. Has dejado que los nervios te ganen la batalla. Pareces alterado.

—Un estado preferible, creo yo, a no estarlo en absoluto. —Dando por terminada la conversación, Sherlock Holmes recoge su sombrero, sus guantes y su bastón y se encamina hacia la puerta—. Buenas noches, Mycroft.

—Mis mejores deseos para el éxito de tu plan, querido Sherlock. Buenas noches.

CAPÍTULO PRIMERO



LEÍ COMPLETAMENTE ASOMBRADA la tarjeta que el criado me acababa de traer en una bandeja de plata.

—«Dr. John Watson, doctor en Medicina» —dije en voz alta para asegurarme de que mis ojos no me engañaban.

No podría creer que él, de entre todas las personas, fuese el primer cliente de mi recientemente inaugurado (en enero de 1889) gabinete del único perditoriano científico de Londres, y, de hecho, de todo el mundo.

¿El doctor John Watson? John era un nombre bastante común, pero ¿Watson? ¿Y médico? Aunque me resistía a creerlo, tenía que ser él.

—¿Es quien creo que es, Joddy?

—No tengo manera posible de saberlo, mi señora.

—Joddy, ya te lo he dicho, debes dirigirte a mí como señorita Meshle. Se-ño-ri-ta Meshle. — Puse los ojos en blanco, pues ¿qué se podía esperar de un chico cuya madre había bautizado como Jodhpur (inscrito «Jodper» por error en el registro de la parroquia) porque encontraba elegantes los pantalones de montar del mismo nombre? Era su admiración ante los volantes y las mangas abullonadas de mi atuendo lo que lo impulsaba a llamarme «mi señora». Aunque no debía hacerlo, o la gente empezaría a hacer preguntas. Ya me parecía bien que el criado me respetara, pues así no se daba cuenta de que yo era una muchacha no mucho mayor que él, pero quería que cesara en su empeño de llamarme «mi señora».

Con más calma, recordando no mostrar ningún deje aristocrático en mi modo de hablar, le pregunté:

—¿Has informado al caballero que el doctor Ragostin no está?

—Sí, mi señora. Quiero decir, sí, señorita Meshle.

El gabinete del perditoriano científico llevaba el nombre de un tal doctor Leslie T. Ragostin porque un científico solo podía ser un hombre. Pero el tal doctor Ragostin nunca aparecería por

allí, porque este tipo de académico solo existía en mi imaginación y en las placas y tarjetas de visita que había repartido por las tiendas, quioscos, puestos de fruta, salas de conferencias y allá donde había tenido ocasión.

—Haz pasar al doctor Watson a mi despacho y veré si puedo serle de ayuda.

Joddy salió corriendo. Aunque poco inteligente, al menos su atuendo era elegante: todo él eran botones, puños y pantalones galoneados, guantes blancos y un sombrero a rayas que más bien parecía un pequeño pastel de varias capas sobre su cabeza... aunque ¿por qué no? La mayoría de uniformes eran ridículos.

En cuanto desapareció, me hundí en la silla de madera detrás del escritorio. Las rodillas me temblaban hasta tal punto que hacían crujir mis enaguas de seda. Aquello no iba a funcionar. Respiré hondo, cerré los ojos un instante y evoqué a mi madre, a la imagen de su rostro, casi oyendo también su voz: «Enola, te apañarás muy bien sola».

Este ejercicio mental obtuvo el efecto deseado. Ya calmada, abrí de nuevo los ojos justo para ver cómo Joddy acompañaba al doctor Watson desde el salón que servía de sala de espera.

—Doctor Watson, soy la señorita Ivy Meshle, secretaria del doctor Ragostin —le dije mientras me incorporaba tendiéndole la mano.

Ante mí estaba justo la persona que esperaba encontrar después de haber leído sus escritos: un caballero inglés robusto, no excesivamente pudiente pero sí educado, con un rostro rubicundo, la mirada amable y una ligera tendencia al sobrepeso.

Confiaba en que él también me viera como lo que pretendía aparentar: una joven mujer trabajadora bastante convencional, con un protuberante broche en el centro del vestido y con unos pendientes igual de espantosos; en resumen, adornada en exceso con todo tipo de baratijas que se ajustaban (con la misma arbitrariedad que el uniforme) a la última moda. Una muchacha con rizos postizos de color claro que habían pertenecido, con toda probabilidad, a una campesina bávara. Una muchacha respetable, aunque no muy culta. Una muchacha cuyo padre bien hubiese podido ser un fabricante de monturas o un tabernero. Una muchacha seguramente más preocupada por encontrar esposo. Si el ya mencionado broche, además de un collarín, una cantidad exagerada de cintas y el demasiado obvio cabello postizo habían conseguido crear esa impresión, entonces había acertado con mi disfraz.

—Un placer conocerla, señorita Meshle. —Aunque el doctor Watson, por supuesto, ya se había descubierto la cabeza, había esperado debidamente a estrecharme la mano antes de quitarse los guantes y tendérselos al chico, junto con su bastón.

—Por favor, tome asiento —dije señalando un sillón—. Y acérquese a la chimenea. Hace un frío terrible ahí afuera, ¿verdad?

—Espantoso. Nunca jamás había visto el Támesis tan helado como para que se pudiera patinar sobre él.

Al decir aquello, se frotó las manos y las extendió hacia el fuego. A pesar de los esfuerzos de las llamas, en la estancia no hacía calor y envidié el sillón orejero del visitante. No sé por qué, el frío y la humedad nunca me habían molestado demasiado hasta que llegué a Londres, donde ya me había topado con un mendigo —o lo que quedaba de su cuerpo— congelado en medio de la calle.

Volviendo a recuperar mi lugar en la incómoda silla de madera detrás del escritorio, me arrebujé en el chal, me froté las manos, agarrotadas a pesar de los mitones de lana por los que asomaban mis dedos, y tomé lápiz y cuaderno.

—Siento mucho que el doctor Ragostin haya tenido que salir, doctor Watson. Estoy segura de que le habría encantado conocerlo. Usted es el mismo doctor Watson que colabora con Sherlock Holmes, ¿verdad?

—Así es —dijo mientras se giraba hacia mí con educación, incluso con modestia—. Y, de hecho, vengo de parte del señor Holmes.

Mi corazón empezó a latir con tal fuerza que temí que mi visitante lo oyera. Ya no podía pensar que una casualidad —afortunada o no— había llevado a aquel hombre en particular hasta allí.

Hasta mi consulta, la de la única buscadora profesional de cosas y personas perdidas del mundo.

Sin embargo, me limité a expresarme con educación, con el acento apropiado para una chica de clase media y la correcta combinación de eficiencia y servilismo.

—¿Es eso cierto? —Y como si fuera a tomar notas, pregunté—: ¿Y de qué naturaleza es el problema del señor Holmes?

—Estoy seguro de que comprenderá, señorita Meshle, que preferiría esperar y hablar en privado con el doctor Ragostin.

—Y yo estoy segura de que comprenderá, doctor Watson —dije con una sonrisa—, que, en aras del valioso tiempo del doctor Ragostin, estoy capacitada para ocuparme de los detalles preliminares. Soy su empleada autorizada, aunque no para pasar a la acción, por supuesto —puntalicé para calmar su natural desconfianza hacia cualquier mujer—. Pero a menudo soy sus ojos y oídos, igual que usted con el señor Sherlock Holmes —añadí con tono convincente aunque tratando de que no se notara.

Tratando de que no se notara que, en mi interior, suplicaba: «Por favor, por favor, necesito saber si he interpretado correctamente el motivo de su visita».

—Mmm, así es —dijo el doctor Watson con poca certeza—. Algunas veces. —Tenía unos ojos realmente amables, y más aún cuando estaba preocupado—. Pero no estoy seguro... El asunto es... delicado... ¿comprende? El señor Holmes ni siquiera sabe que he venido.

«Entonces... ¿no lo había enviado mi hermano?».

De alguna manera, mi corazón se calmó, pero empecé a sentir un dolor intenso en el pecho.

—Puede contar con mi absoluta discreción —le dije débilmente al doctor Watson.

—Claro, desde luego.

Y como si de alguna manera mi pérdida de interés hubiese persuadido a su alma atormentada de desahogarse conmigo, se agarró a los reposabrazos del sillón y empezó su relato.

—Como sin duda ya sabrá, compartí alojamiento con Sherlock Holmes durante varios años, que coincidieron con el principio de su extraordinaria carrera, pero como ahora estoy casado y ejerzo como médico generalista, nos vemos mucho menos que antes. Sin embargo, no he pasado por alto que desde este verano pasado parece inquieto, y durante los últimos meses, completamente desconsolado, hasta el punto de que ni siquiera se alimenta o duerme como es debido, y he empezado a preocuparme ya no solo como amigo suyo, sino como su médico. Ha perdido peso, su tono de piel es poco saludable y cada vez se muestra más melancólico e irritable.

Como anotaba todos los detalles diligentemente para el «doctor Ragostin», mantuve en todo momento la cabeza inclinada sobre el escritorio, con lo que el doctor Watson no pudo observar mi rostro. Y fue toda una suerte, porque estoy segura de que mostraba mi desánimo; en mis ojos, las

lágrimas empezaban a brotar. Mi hermano, paradigma de la fría mente lógica, ¿desconsolado? ¿Incapaz de comer o dormir? No tenía ni idea de que fuera capaz de albergar sentimientos tan profundos. Y mucho menos por mí.

—Aunque le he preguntado en repetidas ocasiones qué le preocupa —continuó el doctor Watson—, niega estar en problemas, y cuando ayer insistí de nuevo, se enojó muchísimo, incluso abandonó su habitual autocontrol de acero. Se mostró tan irracional que sentí que debía actuar en consecuencia, tanto si le gustaba como si no, por su propio bien. De modo que contacté con su hermano, el señor Mycroft Holmes...

Rápidamente, me di cuenta de que Ivy Meshle no tenía por qué conocer al hermano de Sherlock Holmes.

—¿Puede deletrear su nombre, por favor? —le interrumpí.

—Es un nombre extraño, ¿verdad? —El doctor Watson lo deletreó, me dio la dirección de Mycroft en Londres y continuó—: Aunque al principio tenía sus dudas, Mycroft Holmes me explicó que él y Sherlock Holmes sufren la particular desgracia de no poder encontrar a su madre. Y no solo a su madre, desaparecida sin dejar rastro, sino también a su hermana pequeña. Dos miembros de la familia, en verdad su única familia, han desaparecido.

—Qué terrible —murmuré sin alzar los ojos del papel.

Ya no tenía ganas de llorar, sino de sonreír. De hecho, quería mofarme de mi siempre hermano mayor Mycroft, dispuesto a convertirme en una dama delicada... Me resultó difícil mantener una expresión de preocupación acorde con lo que decía y con mi papel de no saber nada del asunto.

—¿Secuestro?

El doctor Watson negó con la cabeza.

—No ha llegado ninguna petición de rescate. No, han huido.

—Qué asombroso. —Recordé que debía aparentar no saber nada—. ¿Y han huido juntas?

—¡No! Por separado. La madre desapareció el verano pasado y la chica escapó hace seis semanas, justo cuando iban a enviarla a un internado. Se fue sola. Creo que es por esta razón que Holmes se ha tomado el asunto tan a pecho. Si la muchacha estuviera con la madre, puede que no lo aprobara, pero al menos sabría que está a salvo. Sin embargo, parece que la chica, que todavía es una niña, ¡ha viajado sola hasta Londres!

—¿Una niña, dice?

—Sí, de solo catorce años. Mycroft Holmes me dijo que él y su hermano tienen motivos para creer que la chica tiene acceso a una cantidad considerable de dinero...

Me puse rígida y sentí una punzada de ansiedad. ¿Cómo diablos habían descubierto aquel detalle?

—... y temen que se haya disfrazado de joven caballero y que se dedique a disfrutar de la vida...

Me relajé, puesto que nada podía estar más lejos de la verdad. Esperaba no tener que caer nunca en el cliché teatral de disfrazarme de hombre. Aunque ciertamente no me limitaba a ser solo Ivy Meshle.

—... y, como tal, puede llegar a exponerse a influencias decadentes —continuó el doctor Watson—, e incluso quedar atrapada en una vida disoluta.

¿Vida disoluta? Aunque no tenía ni idea de qué estaba hablando, lo anoté diligentemente.

—¿Tienen alguna razón en particular el señor Mycroft Holmes y el señor Sherlock Holmes

para creer esto? —pregunté.

—Sí. La madre era, o lo es todavía, una sufragista convencida, y por lo que parece, la muchacha es, desafortunadamente, poco femenina.

—Vaya, qué pena.

Lo miré por entre los mechones de mi mullido flequillo postizo, aleteé mis pestañas falsas y le sonreí con unos labios pintados de manera sutil; de hecho, en todo el rostro me había aplicado ligeramente una sustancia poco respetable llamada «rouge» para cambiar el tono amarillento y aristocrático de mi piel por uno más lozano, más rosa y ordinario.

—¿Podría proporcionar al doctor Ragostin una fotografía de la chica?

—No, ni de la mujer tampoco. Parece ser que las dos evitaron a los fotógrafos.

—¿Y por qué razón?

El doctor suspiró, y su expresión se alejó por primera vez de la amabilidad.

—Supongo que en parte por su determinación a ir en contra de las leyes de la naturaleza femenina.

—¿Podría por favor decirme sus nombres y describirlas?

El doctor Watson me deletreó los nombres: *Lady Eudoria Vernet Holmes* y la señorita Enola Holmes. Mi madre parecía haber presagiado mi futuro al llamarme Enola, que, leído al revés, en inglés significa «sola».

—Por lo que me han dicho —dijo el doctor Watson—, la chica es la más fácil de reconocer. Es bastante alta y delgada...

Había estado intentando ganar peso, pero hasta el momento no lo había logrado, en parte a causa de las sopas de cabezas de pescado y caldos de cerebros de oveja que me servía mi ahorradora casera.

—... con un rostro alargado, una pronunciada nariz y barbilla que, ejem, casi se podrían considerar ciceronianas...

Qué manera más diplomática de decir que me parecía mucho a mi hermano Sherlock.

Como todavía no había conseguido redondear mis facciones, dentro de la boca me había colocado una especie de artilugios de goma, uno en cada mejilla, que, de hecho, iban destinados a rellenar otra parte innombrable de la figura. Junto con unos implantes en los orificios de la nariz, conseguían deformar considerablemente mi rostro.

—... y una figura angular algo carente del encanto femenino —continuó el doctor Watson—. Siempre ha mostrado su preferencia por las ropas masculinas y por las actividades de chicos, y sus andares son largos y varoniles. En resumen, podría malograrse para la sociedad decente si no se la encuentra pronto.

—¿Y la madre? —pregunté para cambiar de tema antes de que estallara en una sonora carcajada.

—Tiene sesenta y cuatro años, pero aparenta muchos menos. No destaca en el aspecto físico, pero es de temperamento fuerte y obstinado. Es una artista de talento que desgraciadamente ha puesto todas sus energías al servicio de la causa de los llamados derechos de la mujer.

—Oh. Entonces, ¿quiere llevar pantalones?

El doctor apreció con una sonrisa mi aparente burla sobre las reformistas.

—Eso parece. Está a favor de lo que se conoce como «vestido racional»^[1].

—¿Y contamos con algún indicio de dónde puede encontrarse?

—Ninguno. Pero creemos que la chica, como le he dicho, está en Londres.

Dejé mi lápiz y lo miré fijamente.

—Muy bien, doctor Watson. Expondré toda la información al doctor Ragostin. Pero debo advertirle que es poco probable que acepte el caso.

Mi primer caso, un dilema imposible: encontrarme a mí misma.

No podía siquiera planteármelo.

—¿Por qué no?

Ya tenía preparada la respuesta.

—Porque no está interesado en tratar con intermediarios. Preguntará por qué el señor Sherlock Holmes no se ha personado él mismo en...

—Porque el señor Holmes es muy reservado —me interrumpió el doctor Watson algo acalorado, aunque su enfado no iba dirigido hacia mí—. Muy orgulloso. Si ni siquiera quiso decirme a mí el motivo de sus preocupaciones, ¿cree usted que se lo explicaría a un completo extraño?

—Tal vez extraño, pero colega de investigación al fin y al cabo —apunté con amabilidad.

—Peor todavía. Se sentiría humillado ante la presencia de... —De forma abrupta, el doctor Watson se interrumpió y luego preguntó—: Y en lo que respecta a este tema, disculpe, pero... ¿quién es este doctor Ragostin, señorita, mmm...?

—Meshle.

Se toma el apellido Holmes, se divide en sílabas, se les da la vuelta (Mes hol) y se escribe tal como se pronuncia en inglés: Meshle. De una simplicidad absurda. Sin embargo, nunca lo adivinaría. Ni él ni nadie.

—Señorita Meshle, no deseo ofenderla, pero he estado investigando y nadie ha oído hablar de un tal doctor Ragostin. He venido hasta aquí solo porque dice especializarse en encontrar a personas que se han perdido...

—Cualquier cosa que se haya perdido, de hecho —puntalicé.

—Pero no he encontrado a nadie que pueda recomendarlo.

—Porque está iniciando su carrera, al igual que su amigo lo hizo una vez. El doctor Ragostin todavía debe labrarse una reputación. Aunque le interesará saber que es un discípulo entusiasta de los métodos del señor Sherlock Holmes.

—¿Es eso cierto? —El doctor Watson pareció ablandarse.

—Sí. Idolatra al señor Sherlock Holmes y se sorprenderá en gran medida al oír que su héroe ha sido incapaz de localizar a su madre y a su hermana desaparecidas.

El doctor Watson se inclinó en el sillón como si este fuera, de repente, poco cómodo. Se aclaró la garganta y dijo lentamente:

—Supongo —dijo lentamente— que se debe a que estos casos no suelen despertar el interés de Holmes. Los encuentra ordinarios y monótonos, y generalmente no los investiga. De hecho, justo ayer —añadió—, cuando me dirigía a ver a Holmes, me topé con *Sir Eustace Alistair* y *Lady Alistair*, que acababan de visitarlo para rogarle que indagara el paradero de su hija. No lo lograron y Holmes los echó con cajas destempladas.

Con toda mi atención en lo esencial de su relato, ignoré la imposibilidad lógica de que una caja estuviera templada o destemplada.

—¿La hija de *Sir Eustace Alistair* ha desaparecido? No he visto nada en los periódicos...

Watson se acercó el puño a los labios y acto seguido carraspeó.

—Se ha silenciado para evitar un escándalo.

Así que temían que la muchacha se hubiera fugado con algún embaucador, entonces.

Tenía que investigar aquel asunto. Sabía que el doctor Watson no me desvelaría más detalles —ya pensaba que había hablado demasiado—, pero, a fin de cuentas, me había proporcionado mi primer caso. Hallaría a la hija desaparecida del *baronet*.

Muy lejos de estar contento, Watson se incorporó. Nuestro encuentro había terminado. Estiré la cuerda de la campanilla para pedirle a Joddy que lo acompañara hasta la puerta principal.

—Antes de que emprenda cualquier acción —dijo Watson—, me gustaría conocer al doctor Ragostin en persona.

—Desde luego. ¿Su dirección? El doctor Ragostin se pondrá en contacto con usted tan pronto como haya revisado mis notas —mentí.

Después de apuntar sus datos, me puse en pie para despedir a mi visitante.

Y una vez que se hubo marchado, me senté en el sillón que había dejado libre, junto al fuego, e incomprensiblemente empecé a tiritar.

CAPÍTULO SEGUNDO



TIRITABA A CAUSA DEL MIEDO.

Miedo de mi hermano Sherlock, al que adoraba.

Era mi héroe, mi némesis. Casi lo idolatraba. Pero si conseguía dar con mi paradero, perdería mi libertad para siempre.

Y aun así... ¿se sentía desconsolado por mi culpa?

No podía seguir diciéndome a mí misma que solo había herido su orgullo.

Pero ¿qué podía hacer? Si le revelaba a Sherlock Holmes el más mínimo indicio de mi paradero, de algún modo, lo utilizaría para atraparme.

Y también debía tener en cuenta a mamá. ¿Cuánto tiempo le quedaba para disfrutar de la libertad y la felicidad, lejos de las limitaciones de la decencia y del «lugar que debe ocupar una mujer» antes de que abandonara este mundo? ¿Acaso los hombres eran los únicos que podían tener orgullo?

Mi otro hermano, Mycroft, apareció brevemente en mis pensamientos. No me importaba si había herido su orgullo. Aunque era igual de inteligente que Sherlock, se asemejaba más a una patata hervida que había sobrado de la cena anterior, fría e inerte. Yo no le preocupaba lo suficiente como para tratar de encontrarme.

Sin embargo, debía considerar otra cuestión: ¿Por qué Mycroft se había molestado en hablarle sobre mí a Watson?

¿Y si todo era una mentira? ¿Y si la visita del doctor Watson había sido un ardid y el mismísimo Sherlock lo había enviado para que me espiera?

Tonterías.

Era imposible que mi hermano supiera...

Pero, de alguna manera, se había enterado de algo que no debía suponer ni remotamente: de la existencia del dinero. Y tal vez hubiese reparado en que el doctor Ragostin había abierto su gabinete en el mismo despacho que la «perditoriana astral» a quien yo, Enola Holmes, había

ayudado a encarcelar. ¿Acaso Sherlock Holmes percibía una conexión?

Después de reflexionar sobre ello, decidí que era poco probable. Más probable era que Sherlock hubiese enviado al doctor Watson para espiar por curiosidad, para valorar si aquel «perditoriano científico» suponía una competencia para su labor detectivesca.

Y en ese caso, ¿podría no ser cierto que mi hermano estaba sufriendo?

Sin embargo, podría jurar que lo que percibí en los ojos del doctor Watson era una preocupación genuina.

Maldita sea. ¿Cómo se suponía que debía actuar con la familia? La levitación espiritualista me parecía menos misteriosa.

Ojalá pudiera consultarlo con mamá. Sin embargo, no la había visto desde aquel fatídico día del mes de julio anterior en que se marchó de forma inesperada. De hecho, ni siquiera conocía su paradero exacto. Habíamos contactado utilizando acertijos y mensajes en clave por medio de los anuncios personales de la *Pall Mall Gazette* (su periódico favorito, culto pero más progresista que *The Times*), el *Modern Womanhood*, el *Journal of Personal Rights* y algunas otras publicaciones. Por ejemplo, cuando deduje que se había ido con un grupo de gitanos, había publicado lo siguiente:

Mi crisantemo: la cuarta letra de la inocencia, la segunda letra de la pureza, la décima letra del recuerdo, la sexta letra de la fidelidad, la primera letra del amor verdadero, la undécima letra de despedida y la cuarta letra de lo mismo. ¿Es así? Ivy.

«Crisantemo» se había convertido en nuestra palabra en clave para «mamá» y el mensaje en sí simplemente se refería a otras especies que aparecían en *El significado de las flores*, un libro de referencia que mamá me había regalado, cuyo simbolismo era de conocimiento general entre aquellos que se intercambiaban felicitaciones florales. De este modo, en mi anuncio personal, que era, por así decirlo, un ramo a la inversa, la inocencia se correspondía con la margarita, la pureza estaba simbolizada por el lirio, el recuerdo se correspondía con los pensamientos, y así hasta incluir la hiedra, la nomeolvides, el guisante de olor y el guisante de olor de nuevo. La cuarta letra de «margarita» era la G; la segunda letra en «lirio» era la I, etcétera, hasta formar la palabra «Gitanos».

En menos de una semana, mamá había contestado con un código de flores similar: «Sí. ¿Dónde estás?».

Y yo le había respondido de la misma manera: «Londres».

Y hasta allí había llegado nuestra comunicación.

Tenía muchas ganas de ver a mi madre, pero temía el resultado a causa de la intensidad de los sentimientos, no todos benévolos, que albergaba hacia ella.

Y también a causa de la inestabilidad de los mismos. Por lo tanto, había decidido localizarla cuando estuviera preparada y en mis términos.

Pero ahora, ante aquellas terribles noticias sobre Sherlock... decidí que era necesario dejar mis reservas y prudencia a un lado.

Deseaba consultárselo a mamá. Tenía que consultárselo a mamá.

Pero para contactar con ella, debía ser lo más cauta posible.

Esperé hasta llegar a casa, lejos de Joddy y los otros miembros del servicio.

Aunque me hubiera podido hospedar en la cómoda planta superior del edificio gótico en que se encontraba el gabinete del doctor Ragostin, no lo hice por prudencia. En lugar de eso, el doctor Ragostin alquilaba aquellas habitaciones a una gran variedad de inquilinos bohemios (y así me procuraba unos ingresos), mientras que yo había encontrado una habitación bastante sencilla y humilde en el East End, donde con seguridad mi hermano no pondría un pie para buscarme: nunca pensaría que su hermana se había aventurado en aquellos suburbios. Yo era la única inquilina de aquella deteriorada residencia, una casa decrepita encajada entre bloques de viviendas de color hollín que, con toda probabilidad, había conocido mejores días. La casera, una viuda anciana y amable llamada señora Tupper, estaba completamente sorda, de modo que para hablar con ella se debía gritar a una trompetilla que sujetaba junto a su oreja. Por lo tanto, pocas preguntas podía hacerme. El único servicio era una sirvienta que acudía a diario a hacer cualquier tipo de tareas y a la que nunca veía. En todos los aspectos, era el lugar perfecto para esconderme.

Así que esperé hasta bien entrada la tarde. Una vez a salvo en mi modesto dormitorio, sin el corsé, el aumentador de busto y el flequillo, los cabellos postizos e injertos faciales que me convertían en Ivy Meshle, me puse una bata y, con mis pies sobre un escabel para evitar las frías corrientes del suelo, me relajé cerca del fuego.

Acerqué una vela y empecé a componer un mensaje en clave para mamá:

CORNEJO CUATRO IRIS DOS TRES VIOLETA Y FLOR DE MANZANO, ¿CUÁNTOS?

Había decidido que este mensaje debía ser diferente de los anteriores y más difícil de resolver. Una cuestión me preocupaba sobremanera: ¿Cómo había averiguado mi hermano Sherlock que tenía dinero? Si lo sabía, ¿habría conseguido descifrar de algún modo los mensajes previos en las «columnas de la agonía» de la *Pall Mall Gazette* y atribuirnoslos a mamá y a mí?

Tomé lo que había escrito hasta el momento y lo dividí en grupos de tres letras:

COR NEJ OCU ATR OIR ISD OST RES VIO LET AYF LOR DEM ANZ ANO ¿CU ANT OS?

No mencionaba nada de Ivy por precaución, pero confiaba en que mamá reconociera sin problemas la procedencia del enigma por el código floral^[2]. El iris simbolizaba un mensaje.

Pero además, confiaba, fervientemente, en que mamá apreciara cómo había modificado la clave en esta ocasión: el iris era una flor única de tres pétalos en la parte superior y tres en la inferior, un cornejo florido tenía cuatro pétalos y la violeta y la flor del manzano tenían cinco. Había incluido a la violeta porque representaba la fidelidad. Y la flor del manzano porque, a veces, cuando era una niña, mamá partía una manzana transversalmente para enseñarme la estrella de cinco puntas en su interior y me explicaba cómo la manzana y sus semillas crecían de una flor de cinco pétalos.

Una vez dividido el mensaje, lo invertí:

OS? ANT ;CU ANO ANZ DEM LOR AYF LET VIO RES OST ISD OIR ATR OCU NEJ COR

Con el ceño fruncido, miré los signos de interrogación. Harían el mensaje en clave demasiado fácil de resolver. Los sustituí por lo que mamá llamaba un símbolo «nulo»:

OSX ANT XCU ANO ANZ DEM LOR AYF LET VIO RES OST ISD OIR ATR OCU NEJ COR

Ya lo tenía. Imaginé que mamá lo resolvería con facilidad, ya que no difería mucho del primer acertijo con el que me había dejado perpleja. Pero este era simplemente un mensaje preliminar para hacer pensar a mamá en el número cinco. Confiaba en que entendería que se puede tomar el alfabeto y dividirlo en cinco partes:

**ABCDE
FGHIJ
KLMNÑ
OPQRS
TUVWXY**

Así, cada una de las partes tenía cinco letras, excepto la última; pero como la **Y** y la **Z** raramente se utilizan, no contaban como línea.

Entonces escribí el auténtico mensaje que quería enviar a mamá: EL PUENTE DE LONDRES SE ESTÁ DERRUMBANDO, TENEMOS QUE HABLAR, y lo cifré de la siguiente manera:

La **E** está en el primer grupo o línea de letras, y ocupa la quinta posición, lo que daba la clave 15. La **L** es la segunda letra del tercer grupo: 32. Y así sucesivamente.

**1532 425215345115 1415 32413414441545 4515
15455111141544445233121134144151153415334145 435215 231112321144**

Pensé en unir todos los números y dejar que mamá separara las palabras después, pero decidí no hacerlo. Ya tendría bastantes dificultades para descifrar la clave (¿tercera letra segunda línea o tercera línea segunda letra?) y la referencia al puente de Londres, mediante la cual le indicaba dónde estaba el problema y dónde quería encontrarme con ella.

Mi borrador final quedó de la siguiente manera:

**OSX ANT XCU ANO ANZ DEM LOR AYF LET VIO RES OST ISD OIR ATR
OCU NEJ COR**

**1532 425215345115 1415 32413414441545 4515 15455111 1415444452331211341441
51153415334145 435215
231112321144**

Copié el mensaje repetidamente para varios periódicos, revisando cada copia tres veces para que no contuviera errores antes de doblar los extremos hacia el centro y fijar el pliegue que sobresalía con un lacre; de cera corriente, pues no tenía cera de color para lacrar. Después, escribí las direcciones en la parte en blanco y los aparté.

Los llevaría a Fleet Street al día siguiente.

Y hasta que mamá respondiera, no tenía nada más que hacer, salvo esperar.

Y yo detestaba esperar.

En lo referente a la hija de *Sir* Eustace Alistair, también tenía que esperar. No podía dedicarme a aquel asunto hasta el día siguiente.

Pero algo tenía que hacer para tranquilizarme y conciliar el sueño.

Así que abandoné mi acogedor rincón al lado del fuego y empecé a vestirme. De nuevo. Aunque en esta ocasión con otro atuendo. En lugar de las prendas interiores de una dama, me puse unos innumerables de franela que me cubrían y daban calor de las muñecas a los tobillos; después, un corsé viejo que una vez había evitado que el acero de un cuchillo penetrara en mis carnes; lo ceñí lo justo para que no se soltara, puesto que no lo llevaba por vanidad, sino como defensa; y también como armadura: en el lugar donde antes tenía un gancho de acero que hacía que la parte frontal fuera tan rígida como un atizador, yo había colocado una delgada daga de trece centímetros enfundada en la tela considerablemente almidonada de la prenda. Podía acceder a aquella arma —de doble filo y muy afilada— a través de una solapa situada en el pecho de la prenda que en aquel momento me estaba poniendo: un sencillo vestido negro que había confeccionado yo misma con la esperanza de que se asemejase al hábito de una monja. Ajusté el alzacuellos, equipado con ballenas para frustrar cualquier intento de degollarme, y sobre unos gruesos calcetines, me calcé mis viejas botas negras. Para finalizar, oculté la cabeza y el rostro bajo una capucha y un velo negros.

Aquel era el atuendo de mi vida nocturna.

CAPÍTULO TERCERO



SIGILOSAMENTE, ABANDONÉ MI HABITACIÓN. Como era su costumbre, la señora Tupper se había retirado temprano a su dormitorio, y desde allí, aunque estuviera todavía despierta, era imposible que aquella querida anciana sorda oyese mis cuidadosas pisadas al salir. Como escondía el hábito en el armazón de la cama, estaba casi segura de que la señora Tupper no tenía ni idea de que otra persona, por decirlo de algún modo, una sombría y nocturna hermana de la caridad, se hospedaba con aquella joven secretaria tan simpática, la señorita Meshle.

Tuve que bajar a tientas las oscuras escaleras porque, evidentemente, en aquella casa lamentable que casi parecía un cuchitril, no se dejaba el gas encendido. En plena oscuridad, busqué con el tacto el ojo de la cerradura, abrí la puerta principal con mi llavín, salí al exterior, cerré la puerta de nuevo y me alejé a paso rápido para disminuir la posibilidad de que cualquier transeúnte nocturno descubriera dónde vivía.

Elegí un camino al azar, diferente del que había tomado la noche anterior o la anterior a aquella, y atravesé a grandes zancadas patios sombríos y estrechos, apenas iluminados por las farolas de gas. Ni las lámparas de los carruajes, ni las antorchas de los más adinerados ni los recién estrenados dispositivos de iluminación eléctrica de las clases pudientes habían llegado al East End. Allí flotaban, o más bien se ahogaban en un mar de suciedad marrón, unas luces enfermizas y vacilantes; Londres, en su manera peculiar y asombrosa, se agazapaba frígida ante mí. Allí, el frío de la medianoche estaba hecho de hollín de chimeneas, de vapor de carbón, de humo de madera y del hedor húmedo que se elevaba del Támesis; era como nadar en una niebla más fría que el hielo que, sin embargo, nunca se congelaba y que calaba las ropas hasta llegar a los huesos. Esa climatología pesada y gélida era la causante de que toda la gente que tenía algún lugar donde cobijarse se resguardara en él. Incluso si aquel lugar eran las escaleras de las casas de huéspedes, donde se podían encontrar a mendigos que pasaban la noche. La gente pobre que no tenía otra cosa para calentarse quemaban paja, robada de los montones de estiércol detrás de los establos, y tal vez no vivirían para ver el amanecer.

Cuando consideré que me había alejado lo suficiente de mi alojamiento, me dirigí hacia un hueco entre dos casas y encendí un farol de aceite que había traído conmigo. Mis dedos, rígidos por el frío, apenas podían manipular la cerilla.

Alguien podría preguntarse por qué una joven dama de buena familia saldría en aquellas circunstancias. Ni siquiera yo misma podía entender completamente la razón que me obligaba a deambular en la noche. Tal vez padezca algún tipo de monomanía, siempre inclinada a la aventura, a indagar, buscar, investigar, encontrar. A averiguar, a encontrar cosas, a encontrar gente... y en aquella noche concreta, a cualquiera que necesitara ayuda para sobrevivir.

En el interior de mi hábito, así como en la gruesa capa de lana que llevaba por encima de él, había cosido varios bolsillos bastante profundos, y en ellos había colocado algunos objetos de utilidad: restos de velas y cerillas de madera, algunas monedas, calcetines y gorras y manoplas de lana, manzanas, galletas, una pequeña botella de brandi. También llevaba una manta encima de un brazo, mientras que con la otra mano alzaba el farol. Como llevaba unos guantes de piel negros, sostuve la luz en alto y empecé a buscar en los callejones y pasadizos, siempre alerta ante cualquier señal de peligro, escuchando cualquier sonido de pelea, o un grito, o unos pasos a mi espalda.

También agudicé el oído por si escuchaba a alguien llorando.

Y el sonido me llegó no mucho después. Unos gemidos apagados y sordos; pensativos, como si la persona hubiera dejado de sollozar y respirara entre gimoteos. Guiada por ese lamento, puesto que mi farol no alumbraba más allá de unos pocos pasos de pavimento adoquinado antes de que todo desapareciera en la negra niebla, me topé con una anciana acucillada en el umbral de una puerta que trataba de calentarse con un chal que solo le cubría la cabeza y los hombros.

Al acercarme, al oír mis pasos, se asustó e intentó sofocar su llanto con sus manos. Pero después, al reconocerme, volvió a sollozar en voz alta, esta vez de alivio. Por entonces, mucha gente ya me conocía.

—Hermana —susurró—. Hermana de las calles...

Un brazo delgado tembló hacia mí.

Sin pronunciar palabra, puesto que la hermana nunca hablaba ni emitía sonido alguno, me incliné hacia ella como... como si una flacucha gallina negra lo hiciera ante un polluelo, supongo, y la envolví con la manta que había traído. La cruda realidad era que confeccionaba dichas mantas con pedazos de ropa vieja que cosía entre sí. Cualquier otro tipo de abrigo (le mejor calidad se lo hubiesen robado, aunque fueran ellos los que más lo necesitaban).

A la luz del farol, vi que la cara de aquella mujer no era al fin y al cabo la de una anciana; solo estaba ajada por la adversidad, con su cuerpo esquelético atrofiado a causa del raquitismo y del hambre. ¿Era tal vez una viuda o una solterona a la que habían echado de algún albergue por no tener ocho peniques? ¿O había acabado aquella mujer en la calle huyendo de los golpes de un marido borracho? Aunque sabía que no conocería nunca los detalles, le puse unos calcetines gruesos de lana en sus pies descalzos y de uno de mis bolsillos extraje un objeto que, según creía, había inventado yo misma: una gran lata en la que había embutido un montón de papeles rociados con parafina. Encendí una cerilla de madera, la deposité encima de aquel extraño fuego portátil y lo dejé a su lado en el umbral, donde empezó a arder, llameando como si fuera una vela de tamaño desproporcionado y suministrando una buena cantidad de calor. Solo duraría una hora más o menos, lo suficiente para que se calentara.

Y confiaba en que, si se ocultaba lo suficiente, no se viera demasiado y no atrajera a compañías no deseadas.

Le di una manzana, algunas galletas y un pastel de carne que había adquirido no de un vendedor ambulante, sino en una panadería, con lo que su materia prima era de buena calidad y no una combinación de carne de perro y gato.

—Muchas gracias, hermana.

Parecía que la mujer no podía parar de sollozar, pero sabía que en el momento en que me alejara, dejaría de hacerlo. Rápidamente, le deslicé varios chelines, dinero suficiente para costearse comida y alojamiento durante algunos días, pero no tanto como para que la mataran para robárselo. Después, me incorporé, le di la espalda y me alejé, confiando en que entendiera que ya no podía hacer nada más por ella.

—¡Que Dios la bendiga, hermana de las calles! —gritó.

Su gratitud me hizo sentir indigna, como si fuese un fraude, una farsa. Había tantos, tantos como ella, y yo jamás podría encontrarlos a todos.

A grandes zancadas, proseguí mi camino. Temblaba de frío. Y de miedo. A la escucha.

Una canción alegre y los gritos de unos borrachos flotaron débilmente hasta mis oídos desde la siguiente calle. ¿Una taberna todavía abierta? Me pregunté cómo lo permitían los agentes del orden. Seguramente las autoridades...

Distraída con todos aquellos pensamientos, cuando noté una presencia a mis espaldas era ya demasiado tarde.

Un sonido imperceptible, tal vez el roce del cuero de un zapato pisando el barro helado y las piedras rotas de la calle, tal vez el jadeo de una respiración diabólica... En el momento en que intenté tomar aliento, justo en el momento en que, asustada, traté de darme la vuelta, algo me agarró del cuello.

Algo oculto e invisible, detrás de mí.

Aterradoramente fuerte.

Que me apretaba cada vez con más ímpetu.

No era algo humano, era como... como una condena opresora, sinuosa, constrictora, que me mordía el cuello. No podía pensar, y mucho menos alcanzar mi daga. Mi única reacción fue dejar caer el farol que sostenía y, con las dos manos, tratar de zafarme de aquella... cosa, fuera lo que fuera, que atormentaba mi cuello. Pero empecé a sentir que me faltaba el aliento, que mi cuerpo se retorció de dolor, que mi boca se abrió en un grito callado, que todo lo que veía empezaba a oscurecerse ante mis ojos. Y supe que iba a morir.

Creo que de lo siguiente que tuve conciencia fue de una luz en las sombras, aunque no una luz amable; aquella era naranja, bailarina, diabólica. Parpadeé varias veces para salir de la oscuridad, noté la dureza y la frialdad de la calle debajo de mí y vi que estaba tendida casi en mitad de un fuego. Un charco de aceite, que se derramaba de mi farol roto, ardía alegremente. A través de aquel resplandor radiante, tres o cuatro hombres me miraban desde arriba... aunque mis recuerdos son borrosos; borrosos por la noche y la niebla, por mi confusión y dolor, por mi velo. Tan borrosos como sus voces ebrias.

—¿Está muerta?

—¿Qué clase de tipo estrangularía a la hermana?

—Puede que uno de esos anarquistas forasteros a los que no les gusta la religión.

—¿Alguien lo ha visto?

—¿Respira?

Inclinándose hacia mí, uno de ellos me levantó el velo.

Creo que me vio el rostro durante unos instantes antes de que le apartara las manos. Antes de que mi asombro ante tal descortesía me sacara de mí... ¿desmayo? No, no podía decirse que me había desmayado, no al menos en el sentido femenino y delicado de la palabra. Nadie podía acusarme de haberme desmayado cuando habían estado a punto de estrangularme.

En cualquier caso, me costó unos instantes salir de mi estado de inconsciencia, unos segundos que no recuerdo con claridad. Creo que golpeé al hombre que me estaba levantando el velo, tirando de la tela para cubrirme la cara de nuevo a la vez que rodaba para alejarme del fuego y me incorporaba a trompicones.

—Eh, señorita ¿a qué viene tanta prisa?

—Sooo, jamelgo.

—Cuidado, hermana, no vaya a ser que se caiga.

Unas manos trataron de atraparme, pero me zafé y rechacé sus ofertas para socorrerme, puesto que estaban borrachos y tambaleantes, mientras que yo solo me tambaleaba. Hui.

Como dicen en el ejército, toqué retirada sin honor ni gloria. Sin ni siquiera haber empuñado un arma. Aterrada y sollozando sordamente. De hecho, no sé cómo conseguí, a trompicones, llegar a mi alojamiento. Pero de algún modo, finalmente, entré en mi habitación. Temblando, encendí todas las lámparas de aceite, todas las velas y aticé el fuego, derrochando leña y carbón hasta que animé una llama de calidez y luz en la noche.

Me dejé caer en el sillón y permanecí allí sentada, tratando de calmar mis jadeos. Cada respiración me provocaba un intenso malestar en la garganta. Cerré los labios, tragué saliva una y otra vez, procurando engullir con ella la humillación y el dolor.

Aunque estaba cerca del fuego, todavía sentía un frío que iba más allá de la escarcha de la noche y que me helaba hasta lo más profundo de mi ser. Necesitaba acostarme. Trastabillando, me puse en pie y empecé a desabrocharme el alzacuellos...

Mis dedos temblorosos notaron algo que colgaba alrededor de mi cuello.

Una presencia extraña, larga y suave, elástica... como si fuera una serpiente. A pesar de lo dolorida que tenía mi magullada garganta, proferí un grito cuando, de un tirón y con las garras clavadas en aquella cosa, la aparté de mí y la tiré al suelo.

Allí estaba, en la alfombra delante del hogar.

El garrote.

Había oído que se hacían con alambre, pero aquel se había confeccionado con un tipo de cuerda blanca y suave anudada a un palo de madera.

En el nudo pude advertir un mechón de pelo castaño, mi pelo, arrancado de mi cuero cabelludo en el momento en que el estrangulador había girado el mecanismo, apretando más y más el artefacto alrededor de mi cuello.

Mientras me mecía en pie, cerré los ojos durante un momento en el que me di cuenta de que estaba viva gracias a mi alzacuellos provisto de ballenas. Los agentes de policía de Londres llevaban túnicas con alzacuellos por la misma razón. Era asombroso, y terrible, pensar que un

artefacto tan sencillo podía llegar a aterrorizar a toda una metrópolis, incluso a la policía.

Terrible también, y vergonzoso, era darse cuenta de que no me había salvado por mi coraje o por mi ingenio. Me había olvidado de mi arma y, como una tonta, había empezado a dar patadas y arañazos no mucho mejor que cualquier otra presa femenina. Con alzacuellos o sin él, estaría muerta de no ser por aquellos borrachos. Sí, decidí interiormente, ellos habían interrumpido al estrangulador. ¿Por qué si no este último habría olvidado aquel aparato tan refinado en mi cuello?

Aunque temblaba de forma exagerada, me obligué a abrir de nuevo los ojos para examinar aquel artefacto repugnante.

Refinado y encantador, de hecho. El palo, de madera pulida de ratán, bien podía proceder del bastón de un caballero. Sin duda, no era el tipo de accesorio que llevaría un matón callejero. Y la cuerda...

Era la cinta de una prenda interior.

Y más concretamente, la cinta del corsé de una dama.

De repente, un malestar recorrió todo mi cuerpo, y con él, un foganazo de furia. Agarré aquella cosa insolente y repulsiva y la arrojé al fuego.

CAPÍTULO CUARTO



PERMANECÍ DOS DÍAS ENTEROS EN CAMA, sin apenas poder hablar y comunicándome mediante signos con la señora Tupper. Le dije que tenía dolor de garganta, una dolencia bastante habitual para la época del año. Estoy segura de que no le dio mayor importancia. El cuello alto y con volantes de mi camisón ocultaba el hematoma en mi cuello.

Pero en lo que respecta a mis sentimientos, aturcidos y magullados, no pude apaciguarlos. Aunque estaba acostumbrada al dolor físico —de pequeña era frecuente que me cayera de la bicicleta, de un caballo o de un árbol—, no estaba para nada acostumbrada a que otro ser humano me hiciera daño con aquella brusquedad. No era solo el dolor de garganta el que impedía que tragara aquellas sopas y gelatinas que me ofrecía la señora Tupper, sino que me repugnaba la malicia contenida en lo que había pasado.

Malicia e indecencia... No, mucho más que indecencia. Algo... algo malvado a lo que todavía no podía poner nombre.

Algo relacionado con la cinta del corsé.

¿Qué clase de hombre atacaría a una mujer con un arma derivada de una palmeta —el tipo de vara con la que se azota a los escolares— y un corsé, un artilugio íntimo femenino que comprime a las mujeres de la clase alta para que estas entren en sus vestidos ridículos y cumplan un rol social puramente ornamental mientras se marean, se desmayan y son susceptibles de sufrir heridas internas e incluso de morir? Básicamente, había escapado de mis hermanos para evitar esos aprietos. Hui para que ningún internado pudiera azotarme o partirme en dos a la altura de la cintura. Y ahora alguien había intentado estrangularme con... esa cosa.

¿Con qué fin? ¿Para robarme qué?

¿Y por qué con un arma tan extraña e inquietante?

¿Era un hombre el que me había atacado o tal vez una mujer desquiciada?

Carecía de respuestas para todas aquellas preguntas.

Al tercer día ya podía hablar un poco y regresé al despacho del doctor Ragostin. Una vez allí,

me puse cómoda —al menos físicamente, porque mentalmente era imposible— y empecé a leer la pila de periódicos que se habían ido acumulando durante mi ausencia.

Vi publicado mi mensaje para mamá (había enviado copias a Fleet Street por correo), pero no encontré ninguna respuesta.

Era todavía demasiado pronto para esperarla. Aun así, no pude evitar buscarla. Deseaba...

Aquello no iba a funcionar. Me compadecí de mí misma: era una niña que quería a su mami. ¿Qué me habría dicho madre si hubiese estado aquí? Totalmente predecible: «Te apañarás muy bien sola, Enola».

Una frase que siempre había aceptado como si fuera un halago.

Pero aquel día en particular, con el dolor de garganta acrecentado por la aparición de la hinchazón, de repente me di cuenta de que terriblemente quería... quería algo. O a alguien.

Ya no deseaba estar sola.

Enola, sola, sin nadie que me acompañara en el camino.

Sin nadie en quien confiar.

Sin nadie que me consolara.

Pese a todo, estaba al tanto de que no podía ser cualquier acompañante, porque legalmente no sería adulta hasta dentro de siete años. Todas las personas que me conocían suponían una amenaza, la amenaza de que me descubrieran: Joddy, un peligro si sabía demasiado; la señora Tupper, igual; los tenderos y panaderos que me daban la comida para los pobres, la lavandera que hacía mi variada colada, el herrero que había confeccionado las dagas, todos ellos constituían un riesgo. Se me había pasado por la cabeza tener una mascota, pero hasta un perro podía arruinar mis planes si me reconocía cuando no debía. El viejo Reginald, el collie de Ferndell, si de alguna forma consiguiese llegar a Londres y se tropezase conmigo, aullaría con gritos caninos de éxtasis, sin importar qué disfraz llevase. Y si Lane, el mayordomo, y la señora Lane estuvieran con él en ese momento, ella lloraría de alegría. Había sido como una madre para mí, más incluso que...

«Basta ya, Enola Holmes. Deja de gimotear ahora mismo».

Necesitaba incorporarme, moverme, conseguir algo.

Bien, no había nada que pudiera hacer en lo que se refería a mamá o a la aflicción de Sherlock hasta que mamá me hubiese contestado. Y, aunque fervientemente deseaba que se hiciera justicia o, en verdad, ¡venganza!, en aquel momento tampoco podía hacer nada en lo que respectaba al estrangulador desconocido que me había atacado.

Pero había algo, seguramente, que sí podía hacer. Algo que guardaba relación con mi vocación: ser una perditoriana. Podía ocuparme de la desaparición de la hija de *Sir* Eustace Alistair. Me había prometido a mí misma que, en su primer caso, el doctor Ragostin la encontraría.

Necesitaba conocer los detalles.

Después de pensarlo, me incorporé y atravesé diversos pasillos hasta la cocina, donde la cocinera y el ama de llaves estaban tomando su té de media mañana. Las dos parecieron sorprenderse al verme aparecer en aquella habitación, y también inquietarse, puesto que mi costumbre era avisarlas con la campanilla. ¿Qué ocurría?

—Señora Bailey —le dije con un graznido a la cocinera—, me encuentro algo indispueta.

Tengo un horrible dolor de garganta. ¿Puede...?

—Por supuesto —clamó la señora Bailey, aliviada y contestando a mi petición antes de que pudiera formularla. Mi presencia en la cocina, que era el lugar más cálido de la casa gracias al hogar, al horno y al calentador de agua, se explicaba por el hecho de que no me encontraba bien—. ¿Té? —dijo mientras saltaba para preparar la tetera.

—Exacto. Es usted muy amable, muchas gracias.

—Siéntese, señorita Meshle —me invitó la señora Fitzsimmons, el ama de llaves, al tiempo que me ofrecía la silla más cercana al fuego.

Sentada a la mesa con las dos, sorbí el té y respondí brevemente a sus preguntas sobre mi salud. Después, reanudaron la conversación que mantenían cuando yo las había interrumpido: la noche anterior, la señora Bailey había asistido al espectáculo de un mesmerista, o magnetista, «uno de esos franceses abotargados, morenos y greñudos con cabellos castaños y ojos de lobo». Lo ayudaba una «muchacha con uno de esos vestidos franceses ceñidos» que se tumbó en un diván mientras él la hacía observar el típico objeto brillante —en este caso, la llama de una vela— y pasaba las manos por delante de su rostro como si la rociara con su «principio vital», para después hacer los acostumbrados pases magnéticos por encima de su cuerpo.

—Qué escándalo. Sus manos tan cerca de ella... pero no la tocó. Allí estaba ella, tumbada con los ojos abiertos como si fuera un cadáver y entonces él le ordenó comerse una pastilla de jabón, y ella la masticó como si fuera dulce de leche. Después le dijo que era un poni, y ella empezó a relinchar. Le dijo que era un puente, la levantó, la colocó cara abajo entre dos sillas y allí se quedó ella, más recta que un palo. Disparó una pistola junto a su oreja...

Seguí sentada escuchando, aunque tuve problemas para disimular mi impaciencia. Todo aquello no eran más que evidentes trucos de feria y bobadas. El mesmerismo había sido desacreditado años atrás, junto con los cadáveres «galvanizados» eléctricamente para que parecieran cobrar vida, las mesas redondas de sesiones de espiritismo, la escritura en tablillas o cualquier otro tipo de tonterías que se hacían pasar por ciencia y progreso.

—... nos invitó a subir y comprobar su estado de trance. Un caballero la pellizcó, y su esposa le puso sales debajo de la nariz, y yo la pinché con un alfiler y ni se movió. Cuando terminamos, el mesmerista realizó otros pases magnéticos con sus manos y de un salto la muchacha se levantó, toda sonriente, y todos aplaudimos cuando abandonaron el escenario. La siguiente actuación era un frenólogo...

Oh, no. Más carcoma pseudocientífica del pasado. Me decidí a interrumpirlas.

—¿Es cierto que una vez la reina hizo que le afeitaran la cabeza para que un frenólogo la examinara? —pregunté.

Casi no podían creerlo (y no me extrañaba, pues me lo acababa de inventar, iniciando además, con toda seguridad, un chisme), pero todo era posible: *Lady Esta* y *Lady Aquella* habían organizado sesiones, el duque Tal y Cual era sonámbulo, varios jóvenes lores de honorable reputación habían experimentado con el gas de la risa, etcétera. Había conseguido cambiar el tema a las fascinantes debilidades de las clases altas, de las que aquellas dos mujeres, como la mayoría de los empleados domésticos, conocían todos los detalles. Los periódicos podían silenciar el escándalo, pero en Londres ningún acontecimiento familiar permanecería en secreto mientras hubiera sirvientes que cuchichearan con las doncellas y mayordomos de otras casas. Acepté una segunda taza de té y esperé mi oportunidad, que se produjo cuando salió a colación un miembro de

la nobleza.

Tosí para llamar la atención y despertar simpatías y pregunté:

—¿No será conocido de *Sir* Eustace Alistair?

—¿De ese? ¡Lo dudo! —declaró la señora Fitzsimmons.

—*Sir* Eustace es solo un *baronet*, ¿no lo sabía? —dijo la cocinera.

—Y desdichado, además —dijo el ama de llaves en voz baja y con ojos animados.

Reaccioné con un asombro e interés convincentes.

—¿Desdichado? ¿Cómo puede ser eso?

—¡La culpa es de su hija, *Lady* Cecily! Qué asunto más vergonzoso...

—Horrible para la familia —dijo la cocinera—. He oído que *Lady* Alistair guarda cama.

El ama de llaves contestó, la cocinera intervino, y durante los siguientes minutos, entre las dos dieron forma a la historia, al menos en mi mente, como una estructura que emergía entre la niebla: la honorable *Lady* Cecily Alistair, la segunda hija de *Sir* Eustace de apenas dieciséis años de edad y todavía no presentada en sociedad, había desaparecido el martes de la pasada semana. Se había encontrado una escalera apoyada a la ventana de su alcoba. Al ser cuestionadas por las autoridades policiales, las amigas de *Lady* Cecily admitieron que un joven «caballero», es decir, un hombre ataviado como un dandi pero de dudoso pedigrí, se había aproximado a ella durante el verano pasado mientras estaban todas juntas («las carabinas ya no las acompañan casi nunca, y montan a caballo, en bicicleta, se van de compras solas, ¿adónde iremos a parar?»). Otros interrogatorios y un registro del escritorio de *Lady* Cecily revelaron que ella y el joven habían estado manteniendo correspondencia, sin tan siquiera una presentación formal o el conocimiento de sus padres. La policía, que solo contaba con el nombre de pila, tardó cuatro días en localizar al insolente, que resultó ser el mero hijo de un comerciante sin conciencia de su lugar en el mundo y muy probablemente con expectativas de ascender en la escala social. Por entonces, evidentemente, ya era demasiado tarde: «Horrible si se ha casado con él, y peor si no lo ha hecho». Pero resultó que la chica no estaba con él. El joven proclamó a los cuatro vientos su inocencia y afirmó que no había hecho nada malo («Tonterías. Los hombres solo quieren una cosa»). Desde entonces, lo habían seguido y sometido a vigilancia, pero no se había descubierto ni rastro de *Lady* Cecily.

—¿Desea más té, señorita Meshle?

Sonreí y negué con la cabeza.

—No, señora Bailey. Muchas gracias, pero creo... creo que debo atender algunos asuntos ahora.

De vuelta a las dependencias de la consulta, pasé de largo ante mi despacho y entré en el del doctor Ragostin, dando instrucciones a Joddy de que no se me molestara bajo ningún concepto. En ocasiones, durante el día dormía en el despacho del doctor Ragostin, sobre todo cuando había estado toda la noche vagando disfrazada de hermana. A juzgar por su sonrisa impertinente, que ignoré por completo, Joddy debió de pensar que iba a envolverme en una colcha y pasar unas pocas horas tumbada en el cómodo sofá de *chintz* estampado del doctor Ragostin.

Precisamente aquello era lo que quería que pensaran él y el resto del servicio.

Además del mencionado sofá situado delante del hogar, había ubicado en el sanctasanctórum del ficticio doctor Ragostin una mesa de escritorio bastante grande, sillones de piel para sus clientes y una alfombra turca magnífica sobre la cual se disponía todo este mobiliario. Entre las ventanas con gruesas cortinas había una gran librería, complementada por varios estantes que

tapaban las tres paredes restantes, excepto por los candelabros de gas colocados sobre largos espejos para que reflejaran la luz. Aquella plenitud de estanterías para libros había sido un regalo de la inquilina anterior, una médium espiritualista, según se hacía llamar. Y aquella era la habitación que utilizaba para las sesiones.

Después de cerrar la puerta con llave desde el interior, de descorrer las gruesas telas de sarga para tener mayor privacidad y de encender el candelabro para iluminar la oscuridad que se había formado, me dirigí hacia la primera estantería en la pared interna. Una vez allí, introduje la mano por detrás de un voluminoso ejemplar de los ensayos de Pope, accioné un pestillo silencioso y tiré del extremo izquierdo de la librería hacia mí. Con solo la presión de mi dedo y casi sin emitir sonido alguno, puesto que las bisagras estaban perfectamente colocadas y generosamente engrasadas con aceite, el estante se movió como si fuera una puerta y reveló una pequeña habitación.

Estaba segura de que aquel era el escondite de los cómplices de la médium.

Yo, sin embargo, utilizaba aquel espacio del tamaño de un armario para esconder otro tipo de cosas.

Cosas que ahora necesitaba. Si deseaba que me recibieran en la residencia del *baronet*, no podía presentarme como Ivy Meshle. Necesitaba efectuar una nueva transformación.

Encendí una vela. A continuación, temblando de frío a causa de la falta de hogar en la habitación, me quité el vestido barato con volantes de popelín y el enorme broche que siempre llevaba encima. Había un motivo para ese broche: soldado a la empuñadura de mi daga, parecía un adorno en el frontal del vestido, pero en realidad permitía que el mango del arma sobresaliera por entre los botones. Agarré el «broche», saqué la daga del interior del corsé con una floritura y, antes de dejarla a un lado, admiré su fina, brillante y afilada hoja.

También me desprendí del cabello postizo de Ivy Meshle, de los pendientes, etcétera, hasta que me quedé en ropa interior. Irónicamente, el corsé constituía el elemento más esencial.

Sí, a pesar de mi opinión sobre los corsés, siempre llevaba uno, pero como amigo protector, nunca tan apretado como para convertirse en una tortura. Para mí, un corsé no suponía una limitación, sino la libertad, puesto que me proporcionaba defensa, camuflaje y provisiones. Además de esconder mi daga, el corsé soportaba mi aumentador de busto (donde ocultaba muchos utensilios, incluyendo una pequeña fortuna en billetes), el cual, junto con los reguladores de cadera, me otorgaban una figura bastante diferente de la poco favorecida Enola Holmes.

Completamente desvestida, excepto por el relleno, la protección y las enaguas, me incliné sobre una palangana y, haciendo muecas puesto que el agua que guardaba en aquella habitacioncita estaba congelada, me quité el colorete. Después me miré al espejo. Mi rostro largo, sencillo y cetrino, enmarcado por mis cabellos largos, sencillos y castaños, me devolvió la mirada.

El pelo era un problema. Si deseaba hacerme pasar por una mujer adulta, debía recogermelo. Las niñas llevaban los vestidos cortos y el pelo largo, pero las mujeres debían llevar los vestidos largos y lucir un bonito peinado. Al contrario que cualquier otro centímetro de la piel de una dama, que debía mantenerse oculto durante el día, las orejas de una mujer, al parecer, siempre tenían que permanecer al descubierto.

Aquel día tenía que hacerme pasar por una dama. Pero las damas disponían de doncellas que las peinaban, y yo no tenía ninguna.

Me ahorraré los detalles de la ardua tarea. Basta decir que casi una hora después, una dama,

con el pelo recogido y básicamente oculto bajo un sombrero formidable, salió de detrás de una estantería. Llevaba un vestido de día gris hecho a medida con el mejor hilo, pero discreto, casi sin gracia. Y sí, con un broche en el centro del pecho: esta vez un óvalo de madreperla de muy buen gusto. Poseía, como se puede apreciar, más de una daga.

Antes de cerrar —y de ocultar— mi «vestidor», me abrigué con una bonita capa de piel y un delicado manguito a juego. A continuación, me acerqué a otra estantería, la que estaba colocada en la pared más exterior, introduje la mano por detrás de otro voluminoso ejemplar (*El progreso del peregrino*), manipulé otro pestillo oculto y, por una puerta secreta, me escurrí del despacho del doctor Ragostin.

CAPÍTULO QUINTO



MI INGENIOSA PREDECESORA HABÍA CALCULADO con acierto el lugar para colocar aquella salida. Emergí detrás de un frondoso arbusto de hoja perenne que crecía en el espacio estrecho entre dos casas. Desde allí, me encaminé hacia la calle, segura de que nadie me había visto salir, ni siquiera la observadora señora Fitzsimmons, quien, con toda probabilidad, se había permitido diseccionarme verbalmente desde el preciso momento en que me di la vuelta y abandoné la cocina: «Pobrecita, si solo tiene nariz y barbilla, te lo digo yo que soy mujer. Si alguna vez un hombre se casa con ella, se llevará una amarga decepción».

Haber tenido que lidiar con mi miserable cabello, del color de un lodazal y tan lánguido como su flora en descomposición, me había puesto de mal humor. Una vez que me encontré a salvo en el interior de un carruaje de cuatro ruedas, saqué papel y lápiz de uno de mis bolsillos y realicé con trazos rápidos un dibujo de la señora Fitzsimmons y de la señora Bailey, de sus cabezas, cubiertas por aquellas anticuadas cofias blancas con volantes, pegadas para cuchichear, con ojeras bajo sus astutas pupilas, con aquellas bocas sin apenas labios que cotorreaban sin cesar; de hecho, casi parecían un par de tortugas.

Con ello conseguí mejorar mi estado de ánimo, y después, con más calma, dibujé a una joven dama con una capa de piel, un manguito y un sombrero de terciopelo de ala adornado con plumas de somormujo. Debajo de este elegante sombrero, lo observaba todo como si fuera corta de vista, porque una dama, aunque necesitara gafas, jamás se las pondría. Aquella había sido educada con tal mimo que en aquel momento parecía indefensa, y caminaba cabizbaja y algo encorvada, con una vulgaridad que contrastaba con su refinada indumentaria.

Esa chiquilla tímida era la señora Ragostin, la esposa del doctor Ragostin.

Al dibujarla, me obligué a recordar qué identidad estaba adquiriendo en aquel momento.

Cuando la necesidad de dibujar se apoderaba de mí, era capaz de esbozar a cualquiera: a Ivy Meshle si lo deseaba, a mamá, a Sherlock o a Mycroft, a cualquiera que conociese, excepto a mí. Por extraño que parezca, jamás llegaba a plasmar mi verdadero yo en papel.

El carruaje me llevó hasta una calle elegante. Mientras se detenía, guardé los papeles en el interior del bolsillo; Sherlock Holmes ya había visto mis dibujos en dos ocasiones y debía tener cuidado de no dejar rastro o me descubrirían. Cuando regresara a mi alojamiento, los tiraría al fuego.

Nos detuvimos en una esquina. Con las manos resguardadas del frío por unos guantes de seda y en el interior del manguito, esperé a que el carruaje se alejara. Aunque solo las viudas seguían llevando polisones —gracias a Dios, aquel molesto relleno estaba pasando de moda—, las damas todavía estaban obligadas a arrastrar una cola.

El dobladillo de la larga capa que llevaba y la parte trasera de mi falda, todavía más larga que la capa, se arrastraban por los adoquines cubiertos de hielo, a la vez que indicaban la clase social de los que se desplazan en carruajes. Así que me quedé en pie donde estaba hasta que el carruaje se hubo marchado. Evidentemente, el doctor Ragostin debería contar con una pequeña berlina de dos caballos propia, pero, aunque generosos, los fondos que mamá me había dejado no eran ilimitados.

Afortunadamente, no necesitaba hacerme pasar por la señora Ragostin muy a menudo.

Muy afortunadamente en realidad, puesto que para adquirir aquella identidad utilizaba mi rostro sin alteración alguna. Ivy Meshle podía esconderse detrás del colorete, del pelo postizo de tono rubio y de las baratijas, pero no la señora Ragostin. Una dama jamás lo haría.

Mientras esperaba en la esquina, dos caballeros con chistera pasaron a mi lado y me miraron con desaprobación.

—Mi mujer se queda en casa, que es donde debe estar, y no se pasea por ahí como si fuese una peripatética —se quejó uno.

—Esa joven dama acabará por buscarse problemas si sale sin compañía —convino el otro—, y todo será por su culpa.

Los ignoré e intenté que sus comentarios no me empañaran el día, que ya era de por sí bastante plomizo; aunque los relojes de Londres acababan de dar la una de la tarde, un farolero ya estaba encaramado a una escalera; a juzgar por aquel cielo de Londres, denso a causa del humo, la niebla y el hollín, podría haber sido mucho más tarde. Por encima de todos los tejados de la ciudad, las chimeneas se erigían como velas oscuras que escupían tizne. Los trabajadores y las señoras de la limpieza pasaban a mi lado tosiendo; alguien moriría de un resfriado aquel mismo día.

Una pequeñaja harapienta se acercó a mí con una escoba; cuando asentí, se apresuró a barrer el cruce, haciendo desaparecer de mi camino el fango de hollín, el polvo, el barro y los excrementos de caballo que siempre cubrían la calle.

Seguí a la niña hasta la acera de enfrente, le di una generosa propina —no un cuarto, sino un penique entero— y me dirigí «barriendo» el suelo sin cuidado con mi cola hacia mi destino: la residencia de *Sir* Eustace Alistair.

En la gigantesca puerta principal encontré una aldaba de color cobrizo con forma de cabeza de león. La utilicé, recordando que debía llamar con timidez, tal como haría la señora Ragostin.

Inmediatamente, la puerta se abrió y apareció una doncella ataviada con un uniforme de tarde de un negro reluciente. Tras ella, un igual de resplandeciente mayordomo aguardaba en pie.

—Su Excelencia no recibe visitas —dijo el mayordomo con unos modales más fríos que un día de invierno.

—¿No se encuentra bien? ¿Sería usted tan amable de entregarle esta tarjeta y transmitirle mi

apoyo? —dije con la voz de una ratoncita extremadamente bien educada.

Me tendió con hostilidad una bandeja de plata, y sobre ella deposité la tarjeta del doctor Leslie T. Ragostin, perditoriano científico, en la que había escrito a mano «Sra.».

—Ejem... he ordenado al cochero que se fuera —murmuré—, para mantener la discreción...

De este modo, explicaba que no fuera acompañada de un lacayo o cualquier otro sirviente.

Como no podían dejar a una dama tan bien vestida congelándose en el umbral de la puerta, me hicieron pasar.

—Me acercaré a la chimenea para calentarme un poco —añadí.

La doncella tuvo la bondad de tomar mi capa y el manguito, aunque no el sombrero: el sombrero y el cabello de una dama, una vez arreglados, no se separaban jamás. Con mis guantes y mi sombrero todavía puestos, no podía parecer más ridículamente distinguida.

Deambulé por aquel salón de dimensiones considerables, sin tener ni idea de si *Lady Theodora* —que así se llamaba la esposa, tal como había descubierto cuando, para encontrar la dirección, había buscado «Alistair, *Sir Eustace, baronet*» en la copia de la guía de ciudadanos de Londres *Boyles* del doctor Ragostin—, se solidarizaría conmigo y me recibiría. Por un lado, tal vez encontrara mi visita inesperada como un clavo al que valía la pena agarrarse. Por otro lado, y dependiendo de si el orgullo sobrepasaba a la desesperación, podría considerar mi atrevimiento como la gota que colmaba el vaso.

Traté de imaginar la conversación que se desarrollaba en el piso superior, confiando en que la dama entendiera qué significaba «perditoriana» y en que mi vestimenta y comportamiento hubiesen impresionado al mayordomo.

—Ejem...

El mayordomo reapareció bajo el umbral de la puerta del salón, y aunque parecía más disconforme que nunca, me dijo:

—*Lady Theodora* no va ataviada correctamente para recibirla en el salón matinal, pero me ha pedido que le comunique si sería usted tan amable de pasar a su tocador unos minutos.

Ajá. Justo lo que esperaba. A partir de aquel momento tenía que actuar con la máxima delicadeza.

Seguí al mayordomo escaleras arriba y me llegaron los ecos de unas voces alegres procedentes de las habitaciones de los niños en el piso superior, donde una niñera, o tal vez una institutriz, trataba de civilizar a los vástagos de la familia Alistair. La honorable *Lady Cecily*, según el *Boyles*, tenía nada más y nada menos que siete hermanos y hermanas.

Si aquello era cierto, resultaba sorprendente lo joven que parecía *Lady Theodora*. O tal vez aquel era el efecto del dolor que sentía, combinado a la perfección con su bonito e informal vestido de encaje. Aquel tipo de vestidos se había puesto de moda recientemente gracias a las ilustraciones de Kate Greenaway, y permitían no llevar corsé cuando recibían visitas (¡solo femeninas!) en los propios aposentos. En aquella prenda de talle alto, cómoda y muy bonita, *Lady Theodora* tenía un aspecto encantador, casi infantil. Si lo hubiese llevado yo, habría parecido más bien una auténtica cigüeña.

Cuando aparecí en el umbral, no se giró inmediatamente hacia mí. Con las doncellas revoloteando a su alrededor y atendiendo preocupadas sus largos rizos de color cobrizo, permaneció sentada en una refinada silla ante el tocador, empolvándose un rostro manchado por las lágrimas. Lo primero que vi fue su reflejo.

Nuestras miradas se encontraron en un espejo, veladamente, como diría san Pablo en sus cartas a los Corintios.

Recordé que debía comportarme con humildad y aparté los ojos. Estoy segura de que mientras yo contemplaba lo que me rodeaba como si fuera una forastera ante una catedral europea, ella aprovechó para examinarme de arriba abajo. De hecho, la estancia era bastante similar a la de mamá: luminosa y aireada, con paneles japoneses y mobiliario tallado según la delicada moda oriental. No era nada del otro mundo. Aun así, debía mostrar asombro.

«Debes ser tímida», me recordé mentalmente. «Una esposa joven, ingenua y terriblemente vulgar que no supondría una amenaza para nadie».

—Es suficiente.

Lady Theodora se dio la vuelta y se quitó una vaporosa capa y, con un gesto de la mano, despachó a las doncellas.

—Señora Ragostin, tenga la bondad de sentarse.

Me acomodé en el borde de un diván.

—Ruego... mmm... Ruego disculpe mi intrusión, ejem, por permitirme visitarla de esta manera, es decir, ejem, sin haber sido presentadas con anterioridad, *Lady* Alistair, y en un momento tan...

Hice que mis susurros apenas audibles se detuvieran en medio de la frase para mostrar confusión, puesto que yo, una extraña, no tenía por qué saber que eran momentos difíciles para ella. Aunque ella sabía perfectamente que yo lo sabía; ¿por qué si no estaría yo allí?

—¿La ha enviado su esposo, señora Ragostin? —me dijo librándome de mayores pretensiones.

Alcé la mirada hacia el bonito, no, hermoso rostro de *Lady* Theodora: una hermosa mujer. Su mandíbula era, de algún modo, cuadrada, y sus labios, carnosos, pero tenía unos ojos brillantes y una expresión marcadamente culta y sensible. Imaginé que una dama de la alta sociedad habitualmente no debía ser tan directa, sino mucho más dada a participar en el juego del disimulo social con pistas, insinuaciones y evasivas. Solo una situación extrema la podría empujar a ser tan franca.

—Mmm, sí —titubeé—. El doctor Ragostin creyó que no sería muy cortés por su... por su parte presentarse aquí en persona...

De nuevo hice una torpe pausa, permitiéndole decidir si hablar de aquello que todo el mundo ya sabía pero que no debía saberse.

Durante un instante, *Lady* Theodora se puso tensa, pero después asintió. He advertido en numerosas ocasiones que las mujeres hermosas y orgullosas se sienten más cómodas y muestran más confianza ante una persona vulgar, tranquila y humilde.

—Sí —dijo en voz baja—. Mi hija, *Lady* Cecily, parece haberse..., es decir, yo, o mejor dicho, nosotros, no sabemos dónde está. Tengo entendido que su esposo encuentra a personas desaparecidas, ¿o es así?

—Sí, así es.

—¿Está ofreciéndonos sus servicios?

—Si así lo desea. Pero sin esperar recompensa alguna, mi señora.

—Evidentemente.

No me creyó, sino que juzgó más probable que el doctor Ragostin fuese un farsante

oportunista, pero, al mismo tiempo... Finalmente, lo soltó:

—Estoy desesperada, señora Ragostin.

Aunque me miraba a los ojos mientras pronunciaba cada palabra con un control deliberado, me fijé en que temblaba.

—No hemos tenido noticias de mi hija... ¡Nada en una semana! Y el trabajo de las autoridades parece completamente inefectivo. Con toda seguridad, su esposo no podrá hacerlo peor. Sin duda, me estoy comportando como una irresponsable, puesto que se me ha ordenado que no solicite los servicios de nadie por mi cuenta, pero apenas se me puede culpar, puesto que ha sido usted la que ha venido a mi encuentro. No puedo más que pensar que la Providencia la ha enviado hasta mí, aunque con cierto interés por su parte, no el suyo propio, sino el de su esposo; no era mi intención ofenderla.

—No me ofende, se lo aseguro, *Lady Theodora*. —Me permití que aquella mirada tímida y como de disculpas vagara hacia ella—. Aunque mi presencia aquí es de lo más absurda: los esposos siempre se salen con la suya.

No podría haber tocado una fibra más sensible y que despertara mayor empatía en ella.

—Oh, señora Ragostin... —Incluso se inclinó para estrechar mis manos enguantadas—. ¡Cuánta verdad! ¡Los hombres lo dirigen todo, pero están tan equivocados! En el fondo de mi corazón, sé que mi Cecily no se ha... no haría nada de eso que dicen que ha hecho. Y la prueba de que estoy en lo correcto es que todavía no la han encontrado. Pero se empeñan en creer... Qué horrible. Incluso mi esposo...

Asentí, pensando de antemano mis próximas palabras para poder así guiar la conversación con la esperanza de que no lo advirtiera.

—¿Es el *baronet* mucho mayor que usted, *Lady Theodora*?

—Solo unos pocos años, pero... ¿Y el doctor Ragostin y usted? ¿Se llevan muchos años?

—Sí. Soy su tercera esposa. No soy mucho mayor que...

Lady Theodora terminó la frase por mí. Lo susurró, de hecho.

—... que mi hija, *Lady Cecily*.

—Así es. Es por ello que estaba pensando...

—¿Sí?

Ya nos habíamos convertido en cómplices. Sentadas una al lado de la otra, nuestras rodillas casi se rozaban y no me soltaba las manos.

—Me pregunto si, al ser una joven de edad parecida a la de *Lady Cecily*, no seré capaz de reparar en algo que los detectives hayan pasado por alto.

—¡Oh, cómo me gustaría que así fuera, señora Ragostin! Estoy deseando hacer algo, pero ¿el qué? Y, sobre todo, ¿cómo?

A punto estuve de olvidar mi personaje, pero recordé que debía mostrarme insegura y, mordiéndome el labio, dije:

—Bueno... Tenemos que empezar por algún lado. Si lo estima posible, *Lady Theodora*, ¿cree que podría inspeccionar los aposentos de *Lady Cecily*?

CAPÍTULO SEXTO



POR SUPUESTO, ANTES TOMAMOS EL TÉ. Una vez que nuestra amistad y complicidad quedaron selladas con aquel bálsamo caliente acompañado de tartaletas de mermelada, *Lady Theodora* mandó llamar a la doncella personal de *Lady Cecily*, quien me condujo a los aposentos de la honorable muchacha.

Lo habitual en las familias de la alta sociedad es que la cama y el vestidor se encuentren en una habitación, mientras que la estancia anterior a aquella se utilice para atender al servicio y a las visitas. Caminé directamente hacia la alcoba de *Lady Cecily*, que, a primera vista, me pareció la personificación de la dulzura, con aquella cama tipo trineo decorada con delicadeza, más apropiada para una niña que para una joven dama. ¿Tal vez su madre quería que siguiera siendo un bebé? En una esquina vi la acostumbrada casa de muñecas, destinada a alentar el orgullo doméstico, pero a *Lady Cecily* aquellos juegos parecían gustarle tan poco como a mí. Sus caras muñecas de porcelana estaban abandonadas en los estantes, con sus estuches de cristal cubiertos de polvo. «Tampoco parece disfrutar del refinado arte de modelar rosas con cera de colores», pensé al ver el estado similar de las campanitas de cristal sobre la cornisa de la chimenea.

—¿Las ha hecho *Lady Cecily*? —pregunté a la doncella para asegurarme.

—Sí, señora. Mi joven señora era, ejem, mejor dicho es muy ducha en lo que se refiere a manualidades.

Las flores de cera parecían más bien amasijos sin forma.

De las paredes colgaban unas pinturas pequeñas y enmarcadas realizadas con pasteles: una anciana que tejía al lado de la chimenea, unas campesinas con un cesto de huevos, un chiquillo de mejillas sonrosadas que sostenía en sus brazos a un cachorro de perro, etcétera.

—¿Los ha pintado *Lady Cecily*?

—Sí, señora. *Lady Cecily* es toda una artista.

«Bastante discutible», pensé mientras asentía. Los pasteles, como las flores de cera, tenían mucho color pero poca definición, y sus líneas y formas estaban borrosas.

—*Lady Cecily* también ha recibido lecciones de canto y *ballet*. Es muy talentosa en todas las artes.

En otras palabras, estaba ya lista para el mercado matrimonial, lo mismo que mis hermanos querían hacer conmigo: un objeto decorativo para cualquier salón aristocrático que sabía cantar, bailar, hablar francés y desmayarse delicadamente.

Me pregunté qué pensaría *Lady Cecily* de sus «talentos».

Además de la cama tipo trineo, en la alcoba de la joven dama también había un armario decorado de forma similar, un tocador y un aguamanil. Sobre el tocador estaba el «juego» habitual: un soporte para las joyas, un peine y un cepillo con grabados de plata, un espejo de mano, frascos para el aseo de vidrio tallado y un contenedor para el pelo que se desprendía al peinarse. Abrí el armario e inspeccioné las prendas corrientes de una dama aristócrata: vestidos de mañana y tarde, vestidos para las visitas, mudas para días festivos, vestidos de noche, uniformes para montar a caballo, para ir en bicicleta, para jugar a tenis, y así, *ad infinitum*.

—¿Se ha podido determinar qué llevaba puesto *Lady Cecily* en el momento de su... eh... partida?

—Sí, señora. Al parecer iba vestida con... —La doncella se sonrojó—. Llevaba su ropa de dormir, señora. No falta nada más.

—Vaya... ¿Y su cama estaba desecha?

—Sí, señora.

Una de las ventanas daba a la parte trasera de la casa, y la otra, al lateral.

—¿En cuál de estas dos ventanas estaba colocada la escalera?

La doncella indicó la que daba a la parte de atrás, que no podía ser vista desde la calle.

—¿Y la ventana estaba abierta?

—Sí, señora.

—¿Había alguna ventana o puerta abiertas en el piso inferior?

—No, señora. Las puertas del piso inferior tenían la reja y estaban cerradas con llave, y las ventanas tenían el pestillo puesto.

—¿Y estas de aquí arriba no lo tenían?

—No, señora. —La doncella parecía compadecerse de mi ignorancia—. Por cuestiones de salud, todos los miembros de la familia del *baronet* duermen con la ventana un poco abierta, señora, ya sea invierno o verano, señora.

No me sorprendía. Yo había crecido con la misma costumbre. La aireación promovía los procesos digestivos, fortalecía el organismo contra enfermedades y prevenía la aparición de cansancio. Por lo tanto, incluso en aquellos días tan fríos que incluso el gorro de dormir se congelaba, una de las ventanas debía permanecer abierta un par de centímetros.

—Entonces, cualquier persona subida a la escalera pudo levantar el marco de la ventana desde fuera.

—Sí, señora.

—¿Y la encontraron así, abierta de par en par y con la escalera apoyada en el alféizar?

—Sí, señora.

Volví atrás, al camarín de *Lady Cecily*, una habitación de grandes dimensiones recargada con espejos, sillas, divanes, con un parachispas bordado (sin duda, otro talento de *Lady Cecily*), con macetas de helechos en la ventana mirador y, cerca de esa fuente de luz, el caballete y las pinturas

de *Lady Cecily*. «Y un escritorio de persiana», advertí en aquel momento, considerándolo el elemento más importante.

Abrí primero el escritorio.

—Tengo entendido que aquí se encontraron varias cartas, ¿verdad?

—Sí, señora. La policía se las llevó, señora.

—¿Examinaron el escritorio en busca de otros documentos?

—¡No, señora! —dijo con sorpresa la doncella—. *Lady Theodora* descubrió las cartas y se las entregó a los agentes, que esperaban en el piso inferior.

En otras palabras, no habían permitido que los detectives pusieran un pie en aquellas habitaciones.

—Entiendo —dije con aprobación mientras me sentaba delante del escritorio para inspeccionarlo.

Deseé fervientemente haber podido ver las cartas, no solo por su contenido, sino también por las pistas que podían contener y que tal vez Scotland Yard habría pasado por alto.

—¿Estaban los sellos colocados del revés o en una posición poco habitual?

De ser así, sugeriría un mensaje en clave.

—¿Las cartas no llegaban por correo, señora!

Vaya, había conseguido que la doncella volviera a indignarse. Probablemente, el temible mayordomo supervisaba cualquier tipo de correspondencia postal.

—Y entonces, ¿cómo llegaban?

Obviamente, se entregaban en mano, pero ¿quién las entregaba?

—Nosotros, eh..., no lo sabemos, señora.

En otras palabras, por medio de un cómplice miembro del servicio, tal vez ella misma, Lily, que así se llamaba. Pero aquella línea de investigación ya estaba agotada.

La mesa del escritorio estaba ocupada por un exquisito juego de escritura: tintero, plumas estilográficas, portaplumas y abrecartas, todo de jade. En los cajones, junto con el habitual papel secante, el limpiaplumas y demás objetos, hallé papel y sobres de carta con las iniciales de la dama, además de ceras para lacre de diferentes colores: rojo para la correspondencia sobre negocios e intereses, azul para las cartas de amor, gris para las que iban dirigidas a amistades, amarillo para los celos, verde para dar aliento a un pretendiente tímido, violeta para expresar pesame. Pero solo la de color gris era la que parecía haber sido empleada con más frecuencia.

En los cajones también encontré la libreta de direcciones de *Lady Cecily*, bien organizada y escrita con la caligrafía menuda y llena de florituras de una dama de la aristocracia. También encontré otros papeles: listas de la compra, recordatorios de compromisos sociales, exhortaciones morales por orden alfabético y aquel tipo de cosas.

Sin embargo, y más importante, me topé con una pila de diarios.

—¿*Lady Cecily* tenía por costumbre llevar un diario?

Los volúmenes recubiertos de seda estaban provistos de unos minúsculos candados.

—Sí, señora.

Pero alguien había roto y abierto los cerrojos.

—¿Los inspeccionó la policía?

—¡No, señora!

—Entonces, ¿fue *Lady Theodora*?

—Sí, señora. En el espejo, señora.

—¿Cómo?

Pero tal como pronunciaba aquella palabra, levanté uno de los diarios, lo abrí y observé con asombro la caligrafía en su interior: grande, sencilla como la de una criatura y toda ella inclinada hacia la izquierda, muy diferente de la que aparecía en la agenda de contactos y en los otros documentos. No le veía ningún sentido hasta que me di cuenta de que estaba escrito de derecha a izquierda; las palabras iban de derecha a izquierda y hasta las letras estaban invertidas, con lo que la *b* se convertía en *d*.

—¡Qué curioso! —exclamé.

Me incorporé y me dirigí hacia el espejo de pie, ante el que sostuve el diario, y fácilmente pude leer:

un frío horrible. Llevo nada menos que nueve enaguas

Como código, la verdad es que aquella escritura del revés no revestía ningún misterio.

—¿Por qué diablos escribía así?

—No lo sé, señora.

—¿Vio alguna vez cómo lo hacía?

—No, señora.

Evidentemente, como cualquier sirviente leal, no había visto nada.

Conté ocho diarios, todos ellos escritos con la misma extraña caligrafía a la inversa, que parecía no haber evolucionado durante varios años. Tomé el diario que parecía más reciente, puesto que todavía quedaban algunas páginas en blanco al... al principio, de hecho, ya que los diarios habían sido escritos desde el final hacia el principio, y sostuve ante el espejo la última (primera) entrada:

2 de enero: Estoy tan tremendamente aburrida... ¿Cómo se puede pensar en los propósitos de Año Nuevo cuando ni siquiera las buenas intenciones parecen poder aliviar el sufrimiento que hay en el mundo? ¿Y cómo se puede charlar de perfumes y fiestas, de volantes y escotes y zapatillas de baile cuando las calles están llenas de huérfanos y niños indigentes que ni siquiera llevan harapos o zapatos? ¿Cómo, si sus padres no son capaces de encontrar trabajo y a sus madres se las fuerza a estar dieciséis horas en las fabricas de tejidos? Y mientras tanto, yo tengo que practicar cómo caminar hacia atrás sin trastabillar con una cola de casi tres metros para conocer a la reina. La mía es una vida sin ningún propósito que merezca la pena, sin valor, vacía de sentido.

¡Desde luego, aquellos no eran los sentimientos de una joven a punto de fugarse con su amante secreto!

Con la mente llena de conjeturas, dejé a Lily colocando de nuevo los objetos en su sitio en el escritorio y atravesé la habitación para ver qué había estado pintando *Lady Cecily* últimamente.

En su caballete encontré un pastel demasiado pequeño y sin finalizar de un paisaje campestre, en el que ya se intuía que acabaría como un borrón sin forma de dulces colores. Encima de la mesa estaban sus pinturas.

Rotas. El rosa, el melocotón, el verde claro, el aguamarina, el azul cielo, el lavanda, el marrón tierra, todos ellos convertidos en pequeños trocitos.

Muy interesante.

Abrí el cajón de la mesa y encontré lo esperado: pinceles, una goma, tinta china, varios lápices artísticos todavía en sus envoltorios y, fuera de su caja, varias barritas de carboncillo. Puntas, más bien, con los extremos gastados, ensuciando los contenidos del cajón con su polvo negro del mismo modo que el hollín mancillaba la ciudad de Londres. Había trocitos de carboncillo, por doquier.

Gastados hasta quedar diminutos.

Lancé una mirada al pastel embadurnado del caballete. Allí no había ni rastro de color negro.

Inspeccioné las paredes. En ellas tampoco había rastros negros de culpabilidad.

Cerré el cajón y me dirigí de nuevo hacia el escritorio, que la doncella todavía estaba ordenando.

—Lily, ¿dónde están los dibujos al carboncillo de *Lady Cecily*?

—¿Al carboncillo? —dijo sin mirarme mientras desplazaba los artículos de jade del juego de escritura de un extremo a otro de la mesa del escritorio—. Le puedo asegurar que no tengo ni idea, señora.

Y yo podía asegurar del mismo modo que sí que la tenía, pero no servía de nada decírselo. En lugar de eso, me imaginé dónde escondería yo unas creaciones propias que no quería que nadie viese, regresé al dormitorio de la dama y empecé a buscar detrás del mobiliario.

En la parte posterior tanto del tocador como del armario pude ver unas pesadas hojas de papel bastante grandes apoyadas contra la pared.

—Lily —llamé—, será mejor que me ayude a sacar esto si no quiere que los manche.

En silencio y con hosquedad, la chica apareció y me ayudó a alejar los muebles unos pocos centímetros de las paredes para poder alcanzar aquellas cartulinas. Las cogí por los extremos y las llevé a la otra habitación para examinarlas a la luz.

Una a una, las coloqué sobre el caballete, tan grandes que empequeñecían al pastel.

Y no solo por su tamaño, sino también por su... no sabría cómo explicarlo... por su temperamento, por decirlo de algún modo. No se parecían en nada a los borrones rosados y azulados que colgaban enmarcados de las paredes. Aquellos carboncillos habían sido creados con potentes trazos negros, directos y afilados como un cuchillo y, asombrosamente, sin ningún tipo de sombreado, lo que aumentaba su intensidad.

Pero lo más sorprendente eran los temas elegidos:

Chiquillos flacuchos juegan en una alcantarilla debajo de un tendedero del que cuelgan varios pescados muertos.

Una mujer sin sombrero cose de noche bajo una farola.
Un hombre sin afeitarse recoge colillas de la calle.
Una familia italiana cantando para ganar unos peniques.
Un chico descalzo se arrodilla en los adoquines y lustra las botas de un caballero.
Una mujer harapienta con un bebé enfermizo «vende» cerillas puerta a puerta.

Y muchos más.

Gente de las calles más pobres de Londres.

Gente que había sido retratada con tal nitidez, con tanta seguridad, con tal imperturbable honestidad que no podían haber surgido únicamente de la imaginación. Alguien que había nacido para ser artista los había visto con sus propios ojos y luego los había dibujado. Conocía aquel sentimiento de intensa conexión entre los ojos, el corazón y la mano. Un artista inspirado había observado a aquella gente.

Con pasión.

Con la misma pasión con la que yo los contemplaba.

Varios de los dibujos mostraban a unas ancianas famélicas que dormían sobre los escalones del asilo para pobres. Las más pobres de los pobres, aquellas «que se arrastraban», las «holgazanas», que apenas tenían fuerzas para moverse.

Yo las conocía.

Y, por lo visto, *Lady Cecily* también.

Pero ¿cómo?

CAPÍTULO SÉPTIMO



—EL DOCTOR RAGOSTIN SE PONDRÁ EN CONTACTO con usted con la máxima discreción —le dije a *Lady Theodora*—, para hacerle llegar sus conclusiones sobre el asunto.

Afortunadamente, era el «doctor Ragostin» el que tenía que concluir algo, porque mi mente estaba más embrollada que un cesto de ovillos enmarañados. De todo aquel nudo gordiano solo daba por segura una hebra, una de color gris, que me llevaba a pensar que *Lady Cecily* no se había escapado: si su correspondencia secreta con el hijo del tendero hubiese entrañado un romance pasional, la joven habría utilizado lacres de muchos otros colores además del gris. No, aquellas eran únicamente cartas a un amigo.

No había huido por amor, sino por una razón diferente.

Una razón que, según sospechaba yo, estaba relacionada con sus extraños diarios y su escritura en espejo.

Y también, aunque todavía no lograba imaginarlo, relacionada con sus extraordinarios dibujos al carboncillo.

Aquellos últimos eran tan poco femeninos y tan inquietantes, tanto por su nítida ejecución como por los temas escogidos, que los guardé de nuevo donde los había encontrado, detrás de los muebles, y obvié mencionárselos a *Lady Theodora*. No por el momento, tal vez jamás. Sin embargo, quería llevarme los diarios conmigo.

—Solo para mis ojos —le aseguré a la dama cuando fui a su vestidor a comunicarle lo que había descubierto y se presentó la oportunidad de hablar en privado con ella.

La encontré ocupada con los pequeños, dos chiquillos y una niña que correteaban por la estancia como si fueran cachorros mientras ella inspeccionaba el cabello desaliñado, las orejas limpias, etcétera, de una muchacha de mayor edad. La cara de la chica recordaba en gran medida a la que había visto de *Lady Cecily* en los retratos que me había enseñado *Lady Theodora* mientras tomábamos el té. De hecho, todos los niños, incluyendo a *Lady Cecily*, se parecían mucho a su madre, con labios carnosos y ojos inteligentes y brillantes.

En cuanto entré, *Lady Theodora* envió a los jóvenes Alistair de nuevo con la institutriz y me hizo señas para que me sentara a su lado.

—Yo misma leeré los diarios —le expliqué después de formular mi petición— e informaré al doctor Ragostin con la máxima discreción de cualquier pista que encuentre.

—Los he mirado —me respondió *Lady Theodora*— y no he encontrado nada que parezca perjudicial, pero, por supuesto, si piensa que pueden ser de ayuda... Los tratará con sumo cuidado, ¿verdad?

Le aseguré que así lo haría, recordando justo a tiempo pedirle también un retrato reciente de *Lady Cecily* para que el «doctor Ragostin» pudiera conocer el aspecto de la señorita desaparecida. Asimismo, anoté el nombre y la dirección del hijo del tendero con el que *Lady Cecily* se había estado escribiendo por si el «doctor Ragostin» deseaba interrogarlo.

Al despedirnos, *Lady Theodora* me abrazó y me besó en la mejilla con una intensidad inesperada.

De camino al gabinete del doctor Ragostin, me sentí bastante mezquina, como si fuera un auténtico fraude. El doctor Ragostin esto, el doctor Ragostin aquello; era una mentirosa, y la responsabilidad de encontrar a aquella chica desaparecida recaía únicamente sobre... ¿mí? ¿Sobre una presuntuosa de catorce años que se había escapado? Sí, de acuerdo, la mitad de los miembros del servicio doméstico y de la mano de obra de las fábricas textiles de Londres tenían mi edad o menos, y sí, de acuerdo, cualquiera de nosotros que cometiera un crimen sería encarcelado, procesado y colgado justo al lado de Jack el Destripador, eso si la policía lograba descubrir la identidad de este último. Pero, hasta que no cumpliéramos veintiún años, no teníamos ningún derecho, ni siquiera a quedarnos con el dinero que ganábamos. Legalmente, con catorce años, yo aún no existía. ¿Quién diablos me creía que era, Enola Ivy Holmes Meshle Señora Ragostin, para mantener aquella monstruosa farsa que era mi vida?

Tales eran mis pensamientos mientras me colaba por la entrada secreta hacia la habitación oculta y me transformaba de nuevo en Ivy Meshle. Mi ánimo decaído me acompañó durante el resto de la tarde hasta casi la hora de la cena, momento en el que regresé a mi alojamiento con un paquete que contenía la fotografía enmarcada de *Lady Cecily* y sus diarios, todo ello envuelto en un papel marrón y atado con un cordel, como si hubiera estado de compras.

Después de que la señora Tupper me sirviera un guiso de arenques con chirivías (inútil para alguien que trataba de engordar), me retiré a mi habitación en la planta superior, me puse unos gruesos calcetines y una bata, me acomodé en mi sillón al lado del hogar y, con la ayuda de un espejo de mano, empecé a leer el diario más reciente de *Lady Cecily*.

Su contenido no era el que se podía esperar de la hija de un *baronet*. No encontré nada sobre paseos dominicales en faetón por Hyde Park, sobre vacaciones en la costa, sobre compras por Regent Street, sobre las últimas tendencias en sombreros ni tan siquiera la más mínima mención a un nuevo vestido. Tampoco encontré ninguna referencia a los entretenimientos con sus amistades. Más bien al contrario; las entradas eran mayormente reflexiones llenas de aflicción:

... se habla mucho de la Ley de los Pobres, de los «pobres merecedores» frente a aquellos que no lo son. A los que han sufrido la desgracia de

quedarse ciegos, lisiados, etcétera, se los considera aptos para la caridad. Sin embargo, todos aquellos que son capaces físicamente, dice papá, deben de ser moralmente deficientes, perezosos y, por lo tanto, no merecen consideración alguna; se debería continuar con las batidas para echar a los mendigos de la ciudad como se ha hecho siempre o, en su lugar, darles trabajo en las fábricas y cobijo en el asilo. Pero si el trabajo es un bien mayor, ¿por qué entonces en el asilo se castiga a los internos con unas ínfimas gachas para cenar después de una jornada laboral interminable y realmente dura?

... el darwinismo social y la supervivencia de los más adaptados mantendría que no existe esa categoría a la que se llama «pobres merecedores». Aquellos que no han demostrado capacidad para valerse por sí mismos deberían abandonarse a la naturaleza, que seguiría su curso eliminándolos, dando paso a una raza humana superior, ¿una raza de la que supongo nosotros, los nobles, somos el ejemplo? ¿Por qué, porque podemos citar a Shakespeare o interpretar una pieza de Chopin al piano y no nos manchamos los guantes al tomar el té?

¿Y qué sucede con los bebés? En su mayoría, la gente que ha sido golpeada por la pobreza y que están sucumbiendo al proceso selectivo de Darwin ya se han reproducido. Según sus teorías, ¿también deberíamos dejar que los bebés murieran?

... dice papá que el sucio populacho del East End no cuenta con la inteligencia suficiente para constituirse en sindicatos y organizar manifestaciones por sí mismos; alguna influencia exterior, probablemente extranjera y enemiga, debe de ser la culpable de los disturbios y las sangrientas cargas de la policía con el objetivo de detener alzamientos futuros de mayor gravedad están completamente justificadas. No niega que los trabajadores de las fábricas viven en nidos infestos ni siquiera dignos de los cerdos y que trabajan hasta que caen de cansancio, como si fueran esclavos de galeras bajo el látigo de su desalmado capataz, pero no parece que piense que merecen algo mejor. No parece considerarlos gente como nosotros. Resulta tan difícil para mí sentarme de brazos cruzados,

sonreír dulcemente y escucharlo...

Después de leer aquellos textos y muchos más, todavía continuaba sintiéndome un fraude, y esta vez porque mi agotado cerebro, aunque tenía simpatías por las opiniones de *Lady Cecily*, era incapaz de desentrañar nada práctico de ellas.

Necesitaba dormir. El sueño destejería la intrincada trama del dolor, por citar yo misma a Shakespeare. O, en este caso, el sueño destejería mi mente ovillada.

Por lo tanto, sin reconocerme a mí misma que tenía miedo, me eximí de mis aventuras nocturnas en el hábito negro con capucha. En lugar de eso, me fui a la cama.

Al despertar, me sentí como si solo hubieran pasado unos momentos, pero ya era de día.

De algún modo, mientras yo dormía profundamente —algo bastante poco habitual en mí— la maraña de mi mente se había puesto en orden un poco, y asomaba un hilo de razón:

Había llegado a Londres; había visto los pobres de Londres; me había sentido obligada a ayudarlos.

Lady Cecily, como demostraban sus dibujos al carboncillo, también los había visto. Todavía desconocía cómo había ocurrido aquel encuentro tan anómalo y si había tenido lugar antes o después de las entradas en sus diarios, pero, de alguna manera (y yo debía descubrir aquella manera), la joven dama había visitado las calles más pobres de Londres.

¿También habría sentido la necesidad imperiosa de ayudarlos?

¿Tal vez habría huido por voluntad propia de su casa?

Bajo la personalidad de Ivy Meshle, me dispuse a «trabajar» en mi despacho. Primero leí la edición matinal de los periódicos, pero no encontré ningún mensaje de mamá, así que los lancé al fuego e hice sonar la campanilla para que me trajeran el té.

Mientras tanto, y como mi ánimo era más bien contemplativo, saqué la fotografía de *Lady Cecily* y un manojo de folios. Basándome en el retrato, tracé a lápiz un dibujo similar de la dama. Después, alejé la fotografía y dibujé su cabeza de perfil, recordando otras imágenes que había visto de ella y combinando esos recuerdos con mis observaciones sobre su madre y hermanos y hermanas, puesto que todos se parecían mucho. Una y otra vez esboqué a una *Lady Cecily* sin galas aristocráticas, solo su cara, desde varios ángulos, hasta que empecé a sentirme como si la conociera en persona.

Concentrada en mi trabajo, no advertí que Joddy había entrado en el despacho con el té. Al no ser consciente de su presencia, me sobresalté cuando su voz aguda sonó por encima de mi hombro:

—¡No sabía que dibujara tan bien!

El chico no estaba en posición de hacer ningún comentario, pero afortunadamente, después del asombro, solo tardé un instante en recuperar el aliento para decírselo.

—Yo la conozco —declaró, mientras depositaba la bandeja con el té y señalaba mis retratos de *Lady Cecily* con su regordete dedo índice enguantado de blanco.

Era absurdo. No podía...

Un momento.

—¿Ah, sí? —Intenté no mostrar el gran interés que sentía porque, como cualquier sirviente, se

encerraría en un caparazón si lo interrogaba con demasiada brusquedad—. ¿Cómo se llama? — dije manteniendo cuidadosamente un tono neutral.

—No la conozco tanto... La he visto en alguna parte, eso es todo.

—¿Y me podrías decir dónde?

—No me acuerdo.

Me di la vuelta para observarlo. Allí estaba, en pie y con la mirada perdida, como si intentara recordar un sueño.

—¿Tal vez iba en un carruaje?

Negó lentamente con la cabeza, con aire desconcertado, y después recordó sus modales:

—No, mi... No, señorita Meshle. Estaba más bien de pie en una esquina.

—¿Dónde? ¿En Picadilly, Trafalgar Square, en Seven Diais?

—No lo sé.

—¿Y qué hacía? ¿Estaba de compras?

—No, no creo... —vaciló.

Con mi paciencia a punto de agotarse, refunfuñé:

—Tal vez vendiese cerillas...

Una idea ridícula, puesto que solo los mendigos vendían cerillas.

Pero, con una mirada ligeramente sorprendida, Joddy murmuró:

—Cerillas. Parada.

Menudo cerebro de guisante tenía el chico. Pues claro que tenía que estar parada para vender cerillas. Refrené mis deseos de poner los ojos en blanco e, intentando que no se percibiera la impaciencia en mi tono de voz, formulé otra pregunta:

—¿Cómo iba vestida?

Por supuesto, no contestó a lo que le había preguntado.

—Llevaba algo en una cesta —dijo.

«Como la mitad de los habitantes de Londres», pensé. Y la otra mitad llevaba algo en una carretilla. La gente común invertía los peniques que caían en sus manos en la comida diaria, ya que muchos de ellos no tenían manera de enfriar, conservar o calentar los alimentos, con lo que acababan comiendo cualquier cosa llena de hollín que compraban a los vendedores ambulantes. Los pobres vivían de los pobres.

—¿Algo en una cesta? ¿Algo como qué? —pregunté bastante sorprendida y con cierto sarcasmo porque, con toda seguridad, el chico con cerebro de mosquito tenía que estar equivocado—. ¿Cómo morcillas bien rellenas?

—No, señorita Meshle. Nada de eso. Creo que eran papeles.

—¿Me estás diciendo que has visto a esta chica vendiendo periódicos?

Hubiese tenido que mantener mi boca cerrada, o al menos, controlar el tono.

—No, mi, hum, señorita Meshle... —Joddy ya no me sería de mucha utilidad. Estaba tan asustado que rozaba la estupidez.

De hecho, lo intenté varias ocasiones más, pero percibí que no podría sonsacarle más información.

—Está bien, Joddy. Es suficiente. Gracias.

Una vez que se hubo marchado, murmuré varias maldiciones entre dientes y desterré el episodio de mi cabeza. Aquel chico frustrante y torpe probablemente la había confundido con

alguna otra chica bonita.

He de admitir que admiré mis dibujos durante algunos minutos antes de lanzarlos al fuego. Mientras sorbía el té, continué sopesando el asunto de la desaparecida *Lady Cecily*.

Descarté la idea absurda de que se había fugado con su amante por las razones ya mencionadas y también porque, de haberlo hecho, no se hubiese llevado únicamente su camisón, sino que más bien, en preparación para tan romántica escapada, lo habría estado esperando ataviada con su vestido más favorecedor.

Pero, de todos modos, suponiendo que su escapada, en vez de tener un cariz romántico, estaba relacionada con los barrios más desfavorecidos de Londres, la esencia era la misma: no habría salido en camisón. ¿Tal vez se había preparado secretamente un atuendo más humilde y había ocultado el camisón para que pareciera...?

¿Para que pareciera qué, que un secuestrador la había arrancado de su cama?

¿Y que la había bajado a la fuerza por una escalera? Menuda tontería. Aquello, según mi experiencia con escaleras, era imposible.

¿Habían puesto la escalera en la ventana para despistar?

Si se fue por su propio pie, ¿cómo había hecho el recorrido? ¿Había recibido ayuda?

Tenía muchas preguntas y pocas respuestas.

De inmediato, hice sonar la campanilla de nuevo.

—Joddy —dije al chico uniformado cuando apareció—. Consígueme un carruaje.

La señorita Meshle iba a salir de compras.

Pero no a ninguna de las tiendas que normalmente frecuentaba. Ordené al cochero, que me pedía seis peniques por kilómetro y medio, que me dejara en la estación de ferrocarril más cercana. Me saldría mucho más barato. Tenía que recorrer cierta distancia hasta llegar a una zona en el norte de Londres donde se encontraba el establecimiento comercial que quería visitar en particular: el Emporio Ebenezer Finch e Hijo.

Me apeé del tren en la estación de St. Paneras, cuyo edificio presentaba una de las arquitecturas más banales que había visto jamás, y caminé unas cuantas manzanas. Mientras lo hacía, Ivy Meshle, una secretaria corriente cuya falda, aunque cubría con decencia los tobillos, no se arrastraba por la suciedad, atrajo más miradas de deseo que de aprobación. En aquella ocasión, los caballeros ataviados con chistera ni se fijaban en mí y nadie comentó que sería culpa mía si sufría algún daño, pero los dependientes me devoraban con la mirada desde las puertas de las tiendas e incluso un trabajador que merodeaba por allí se atrevió a hablarme:

—¿Cómo estás, corazón? ¿A qué viene tanta prisa? Anda, charlemos un ratito.

Fingí no haberlo oído y sin dirigirle la mirada siquiera pasé a grandes zancadas por su lado. Gracias a Dios no me siguió, como había escuchado que sucedía en algunas ocasiones. De hecho, en las calles de aquella ciudad, una inmunda chica de los barrios bajos disfrutaba de mayor tranquilidad que cualquier mujer decente. Necesité ignorar a unas cuantas alimañas masculinas más antes de divisar finalmente mi destino.

Al acercarme al Emporio Ebenezer Finch e Hijo, noté como se me agrandaban los ojos. Nunca antes había visto unos escaparates tan enormes flanqueando la entrada de una tienda ni aquellas formas de latón pulido sobre los que se mostraban la última moda en vestidos de talle estrecho; y

debo añadir: en los colores, derivados químicamente, más llamativos.

Cuando entré, mi sensibilidad sufrió una conmoción todavía mayor. Hay que entender que, para mí, ir de compras consistía en entrar en una pequeña y oscura papelería, o en una farmacia o en la mercería, por ejemplo, y decirle al rancio dependiente de traje negro qué tipo de artículo deseaba para que él lo trajera del almacén o apuntara el pedido. Ir de compras era lógico y aburrido. Pero el brillante Emporio Ebenezer Finch e Hijo, iluminado por lámparas de gas incluso a plena luz del día, era tan contrario al aburrimiento que incluso detenía la maquinaria lógica de la mente. Sus artículos eran ostentosos, atraían, distraían, mareaban. En los paneles de las paredes y los mostradores de madera barnizada, incluso colgando del techo, se exponía una variedad asombrosa de mercancías: rollos de tela y adornos; sombreros, guantes y chales; herramientas y candados; juguetes de madera y soldados de hojalata; cubertería de todo tipo; cubos y regaderas; cofias y mandiles y percheros de hierro forjado, figuritas de porcelana, artículos de decoración para el hogar, flores y galones, bolsitas de encaje y raso... Era como estar en una espiral ocular.

Al principio, saturada como me sentía por los colores, el brillo y la agitación del local, apenas pude dar sentido a lo que me rodeaba. Mirase donde mirase, algo brillante trataba de robarme mi impulso vital, como si fuera el reloj de un mesmerista que titilaba en la cadena. Pero me esforcé para dilucidar el espectáculo ante mis ojos y empecé a darme cuenta de que cada categoría de artículos se ordenaba y exponía en una zona concreta, en la que, detrás de unos largos mostradores que parecían medir casi dos kilómetros, esperaba su correspondiente dependiente, muchos de ellos mujeres, como descubrí aliviada. Necesariamente, la tienda tenía unas dimensiones considerables y apenas respondía al término «tienda». De hecho, aquella fue mi primera experiencia con lo que más tarde se conoció como «grandes almacenes».

Me pregunté qué debían sentir aquellos que allí trabajaban al estar expuestos constantemente a aquel tipo de lugar. Los sombrereros se volvían locos y los pintores acababan envenenados; los trabajadores de las fábricas que trataban con algodón quedaban atrofiados en el mejor de los casos, y en el peor, enfermaban y fallecían; a mis ojos, aquel «emporio» también tenía algo de insalubre. ¿Cómo no podía afectar aquella plétora de artículos bonitos al cuerpo y a la mente?

Justo al entrar, se exponía en una posición privilegiada el retrato fotográfico del propietario, Ebenezer Finch, y del hijo. Una vez que conseguí dominar mis pensamientos errantes, examiné su aspecto centrando mi interés no tanto en el padre como en el hijo.

Alexander Finch.

El insolente, o al menos eso se decía, hijo de un comerciante, presunto seductor de *Lady Cecily Alistair*.

CAPÍTULO OCTAVO



EN AQUELLA FOTOGRAFÍA ENMARCADA POR FLORITURAS, su aspecto parecía bastante ordinario... De hecho, tan anodino que tenía la impresión de haber visto su cara en alguna parte. Aquel efecto lo producía, sin duda, la falta de expresión que se solicitaba al posar ante una cámara.

Me adentré en las profundidades caleidoscópicas de la tienda y miré a mi alrededor, aparentando querer comprar algo, pero en realidad buscaba al señor Alexander Finch.

Quería evaluarlo para llegar a alguna conclusión sobre su carácter. Para adivinar su grado de implicación, si es que la había tenido, en la desaparición de *Lady Cecily*.

La suerte me acompañó y lo encontré casi de inmediato, cuando una voz intimidatoria y bastante elevada me llamó la atención:

—¡Alexander! ¡Los escaparates! ¡Hasta un mono podría *vestirles* mejor que tú!

Dirigí mi mirada hacia el origen de aquel enunciado gramaticalmente incorrecto y localicé un despacho. Se parecía más a un pulpo, por los tubos de goma que procedían de todas las secciones de la tienda con los pagos y recibos. Evidentemente, era el despacho del propietario, que se encontraba en un lugar elevado en la esquina más al fondo del establecimiento. A través de sus ventanas, que presumiblemente servían para vigilar el negocio, pude ver cómo Ebenezer Finch arengaba a su hijo.

—... es la mezcla de colores que se esperaría de un anarquista confeso —bramaba el padre mientras clavaba un dedo acusador sobre su hijo—. Cámbialos a algo con más gusto inmediatamente.

—Sí, señor.

De pie, con las manos cruzadas delante de él, el joven Finch no mostraba emoción, ni siquiera un atisbo de roja rabia en su rostro.

—Y no se te ocurra traspasar el umbral de la puerta un centímetro, ¿me oyes?

—Sí, señor.

—Ocupate del asunto y avísame cuando esté listo.

Una vez que tuvo permiso para retirarse, el señor Alexander Finch inclinó la cabeza y abandonó el despacho.

Con unas pocas zancadas rápidas, me las ingenié para toparme con él al inicio de las escaleras con pasamanos de latón que llevaban a la planta principal de la tienda. Casi sin aliento, le dije:

—Disculpe, señor Finch...

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —dijo mientras se paraba en seco ante mí.

Parecía bastante agradable y servicial. Tal vez demasiado pretencioso y acicalado. Llevaba unas gafas oscuras, aunque estábamos en el interior de la tienda, y en lugar del atuendo habitual de un dependiente, lucía un plastrón, una corbata ancha de color azul pavo real con un alfiler en forma de herradura, un chaleco de color plateado con botones blancos y unos gemelos muy elegantes. De hecho, era el equivalente masculino de las prendas actuales pero baratas con las que la señorita Meshle se adornaba. Si realmente era un seductor, tal vez mostraría interés en mí...

Menuda bobada. Cualquier comparación conmigo sería injusta para *Lady Cecily*, que al menos no tenía aquella figura de jirafa.

—Señor, me siento obnubilada por completo ante un establecimiento tan grandioso... dotado de tal variedad de artículos... Me pregunto si podría indicarme dónde están los... —En aquel momento, bajé la voz hasta convertirla en un susurro que solo él podía oír—. *Lady Theodora Alistair* me envía para hablar con usted.

Mi pulso se aceleró mientras esperaba su reacción.

Pero él apenas reaccionó; solo mostró un leve parpadeo de asombro, del que se recobró rápidamente para seguirme el juego.

—Si quiere seguirme, señorita, estaré encantado de ayudarla.

Me condujo por la tienda, pasando ante un mostrador donde una atractiva dependienta esperaba en pie tras unas absurdas manos de madera con guantes, ante otro en el que una solterona enseñaba a un matrimonio unos juegos de chimenea en hierro forjado, hasta que llegó a uno en el que había una esbelta y joven empleada.

—Esfúmate —le dijo.

Aunque su tono fue neutral y no alzó la voz, la chica salió huyendo sin sonreír, con los ojos como platos y sin pronunciar palabra... ¿Asustada? Aunque tal vez estuviera acostumbrada a aquellos modales. Al fin y al cabo, ella era una joven con ojos de cordero degollado y él, el hijo del dueño.

—Aquí tenemos la última moda en calzado para damas —dijo el señor Alexander Finch mientras se introducía tras el mostrador ahora vacío.

Si nos hubiéramos limitado a hablar plantados en medio de la tienda, habría llamado la atención y habría dado lugar a habladurías. Pero con un mostrador de por medio, podíamos mantener una conversación y cualquier persona que nos viera pensaría que estábamos hablando estrictamente de negocios y que él me estaba despachando.

No perdí el tiempo.

—*Lady Theodora* ha decidido tomar las riendas del asunto —expliqué, o más bien, inventé—, para ver qué puede aportar el sexo débil, de manera no oficial, a la búsqueda de la desaparecida *Lady Cecily*.

—Ya veo... ¿Algo para la primavera, dice usted?

Tiró de algunos de los cajones hondos situados debajo y detrás del mostrador y sacó unas botas de color beis con un delicado tacón, unas botas gris perla con abotonadura frontal en lugar de lateral y unas de color marrón con cordones.

Las botas eran de una excelente calidad y bastante bonitas, aunque solo fingí mirarlas y le dije:

—Seguramente pensará que es una estupidez, pero *Lady Theodora* cree que debemos intentarlo. Como sabe, la policía no ha sido de gran ayuda.

—Yo no diría eso. Se pasan el día vigilándome, y mi padre está tan molesto conmigo que ni siquiera me deja traspasar el umbral de la puerta.

Lo dijo con la misma imperturbabilidad con la que había pronunciado todo lo anterior. De momento, no había conseguido formarme una idea de él, ni buena ni mala. Ninguna en absoluto.

—¿Vive en casa con sus padres? —le interrogué a falta de una pregunta mejor.

—No, me quedo con los otros empleados.

Sin duda, en un dormitorio común encima de la tienda.

—Bueno, en ese caso descansará del mal humor de su padre. ¿Por qué está enfadado con usted?

—Porque, según él, he olvidado mi condición y he tratado a todo el mundo de la misma manera. —Hizo un gesto hacia una de las sillas de madera curvada situada en mi lado del mostrador—. ¿Le importaría tomar asiento, mi señora?

—¡Oh, no! —dije mientras me sentaba de golpe porque mis rodillas flaqueaban—. Yo no... no soy... ese título...

—Bueno, la fineza de su acento denota que tampoco es lo que parece.

Aunque no ostentaba ningún título de nacimiento, y ciertamente no uno que me abriera las puertas de la corte, era la hija de un terrateniente, y como tal, formaba parte de la alta burguesía, es decir, que no trabajaba por dinero. Y mi acento, aunque no mi atuendo, me delataba. Sentada con la boca abierta, me regañé a mí misma: «Tengo que ser más cuidadosa». Justo por aquella misma razón había decidido que la hermana nocturna no hablara, porque mi acento distintivo podía evidenciar quién era en realidad.

Al mismo tiempo, comencé a entender por qué *Lady Cecily* había iniciado una correspondencia con aquel joven. Debajo de su apariencia insulsa, se escondía una gran inteligencia y... y otras cualidades más difíciles de definir.

De hecho, durante un momento en que se apoyó en sus codos y me estudió a través de sus lentes oscuras, me hizo sentir bastante incómoda, ya que no podía ver sus ojos ni interpretar la expresión de su rostro.

Justo cuando apartaba la mirada para escapar de su escrutinio, vi cómo el joven casi sonreía. Por un momento, en su sonrisa de superioridad hubo un destello de entendimiento... de conocimiento, de triunfo.

—Creo que nos conocemos. ¿Me permite preguntarle cómo se llama?

—Por supuesto que se lo permito —le respondí, controlando mi voz lo mejor que pude.

Pasaron unos instantes antes de que entendiera que no iba a contestarle. Después, pareció olvidarse del tema.

—Personalmente, creo que los botines de cordones son mucho mejores que los de botones —señaló con la bota de color marrón en la mano—. Evitan el fastidio del abrochador y la piel se amolda más fielmente a la extremidad de quien las lleva.

Algo que no era ni deseable ni necesario, puesto que las extremidades inferiores no debían quedar expuestas bajo ningún concepto, excepto, como sabía bastante bien aquel joven, ante alguna mirada furtiva de vez en cuando. Me sentí bastante incómoda al oír su insinuación. Mientras hablaba, tiró de los cordones para demostrar cómo funcionaban, como si fuera una doncella que tiraba de las cintas de un corsé, concediéndole a la bota una cintura de avispa en el lugar donde iba el tobillo.

Apenas miré.

—Ya veo... —Mi atención seguía fija en su rostro redondo, inexpresivo y decorado con unas gafas—. Y si yo soy una dama, entonces, ¿se considera usted un caballero?

—Justamente a eso me refería. A este país le encanta valorar a las personas de acuerdo a los títulos que ostentan —dijo mientras continuaba apretando los cordones de la bota marrón—. ¿Por qué un holgazán que se hace llamar aristócrata debería juzgarse más caballero que cualquier sobrio, ahorrador y diligente miembro de la clase trabajadora?

Al pronunciar aquella sarta de tonterías, noté una pasión escondida bajo aquella apariencia de frialdad.

Sin tener muy claro hacia dónde podía conducirme, le pregunté con cautela:

—Entonces, ¿está a favor de la democracia?

En el caso de que respondiera afirmativamente, sería algo impactante, incluso para alguien que había sido educada por una sufragista.

Pero él contestó:

—Me repulsan este tipo de etiquetas. —De hecho, casi lo dijo con desprecio, dejando la bota marrón, que ahora parecía haber sido estrangulada por sus propios cordones—. Yo no encasillo a nadie y soy amigo de todos —dijo con un tono algo perverso—, y si alguien necesita ayuda, lo ayudo, sea una fregona o...

La manera en que se interrumpió me dio una pista:

—¿Necesitaba ayuda *Lady Cecily*?

Su tono duro se rebajó aunque no llegó a suavizarse del todo.

—Una rueda pinchada de su bicicleta, eso fue todo. Yo había salido a hacer un par de recados con la mía, le reparé el neumático y empezamos a hablar.

—¡Alexander! —rugió una voz masculina muy cerca.

El joven en cuestión levantó la delicada bota de color beis.

—Para hacer un pedido, señora, solo tiene que enviarnos el calco de una huella de su pie derecho...

El señor Ebenezer Finch apareció despotricando.

—Alexander, te he dicho que... ¡Oh! —se interrumpió con muy poca gracia—. Ya veo... Estás atendiendo a una clienta.

«Qué raro», pensé. El padre parecía poseído por la cólera, mientras que el hijo era la viva imagen de la estoicidad. Más que de la estoicidad, casi de la piedra.

Después de que su padre se hubo marchado, sin ni siquiera darse por enterado de la interrupción, el joven me dijo:

—*Lady Cecily* era una chica bastante seria. Había estado leyendo *Das Kapital* y discutimos la explotación de las masas.

¿*Das Kapital*? Había oído rumores sobre él... Se consideraba un libro sorprendente; bueno,

más que sorprendente, había recibido la calificación de «nada recomendable», simplemente deplorable. Sin embargo, como me ocurría con otros muchos tópicos solo mencionados en voz baja (con «vida disoluta», por ejemplo), en realidad no tenía ni la menor idea de qué trataba.

Sin embargo, el señor Alexander Finch no parecía necesitar mi comprensión o conocimientos para seguir hablando.

—*Lady Cecily* consideró nuestro encuentro de lo más oportuno. Quería que le mostrara el proletariado.

¿Proletariado? ¿Un edificio gubernamental, tal vez?

—No solo a sirvientes, oficinistas y artesanos, sino a las verdaderas masas que trabajan de sol a sol esclavizadas en las fábricas —continuó el señor Alexander—. Naturalmente, la complací. Mantuvimos correspondencia y durante un periodo de tiempo...

—¡Oh! —interrumpí.

—Disculpe, ¿algo va mal?

—En absoluto. —Había proferido aquella exclamación porque acababa de entender cómo *Lady Cecily* había creado aquellos dibujos al carboncillo—. La llevó a los muelles y al asilo para pobres, y a St. Giles, y al mercado de pescado de Billingsgate.

—¿Cómo sabe usted eso? —pude advertir una arruga formándose en su frente, que hasta ahora había permanecido tan lisa como un queso fresco—. Sí, exactamente. Ella salía a pasear en bicicleta con sus amigas, acordábamos un encuentro y yo la acompañaba a ver cómo vive la mayoría de la gente en esta ciudad mundialmente famosa.

Marx. En aquel momento lo recordé. Un hombre atroz llamado Karl Marx había escrito *Das Kapital*.

—¿Era *Lady Cecily* marxista? —murmuré con un tono de voz muy bajo, puesto que aquello no se podía gritar a los cuatro vientos.

—Ya se lo he dicho. No utilizo este tipo de etiquetas. —El joven mostró su desprecio hacia mi capacidad intelectual de forma bastante clara.

—Mis disculpas —dije resignada. Durante toda mi infancia había sido la vergüenza de la familia Holmes, así que estaba acostumbrada a que me miraran desde arriba (en este caso literalmente, puesto que estaba sentada en la silla de madera curvada y Alexander Finch estaba en pie tras el mostrador)—. Lamento mucho molestarle con tantas preguntas. Solo permítame una más: ¿Por qué *Lady Cecily* deseaba ver el, ejem, proletariado?

—Porque, evidentemente, su educación no le permitía obtener esos conocimientos en otra parte. No dejaba de hacer preguntas: por qué había tantas casas de empeños, por qué la lechera tiraba de un asno, qué era la «grasa» y cuántos tipos había, por qué los niños se dedicaban a hacer cajas para sombreros y las mujeres pobres cosían zurriones de arpillera...

—Pero seguramente quería saber todo esto por alguna razón. ¿Qué planes tenía?

Su tono, aunque todavía era sosegado, empezó a ser menos agradable.

—Por lo que parece, utilizarme como chivo expiatorio.

No era en absoluto la respuesta que esperaba.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué quiere que planease? —dijo imitando mi desánimo—. Ella se ha escapado y las culpas recaen sobre mí.

—Tal vez no pensó que lo culparían —sugerí con impotencia.

—¿Y la escalera?

Me quedé sentada en silencio. Sabía la respuesta con certeza: para que la familia de *Lady Cecily*, que la tenía por una chiquilla que pintaba empalagosos cuadros con pasteles, pensara que se había escapado con un pretendiente que la había seducido, la muy tonta.

Cuando, en realidad, una joven que leía a Marx podía ser capaz de cualquier cosa.

—Pero ¿no se le confió? —le pregunté al señor Alexander Finch—. ¿Tiene alguna idea de adónde ha podido ir?

—No sé nada de nada —respondió el joven mientras ordenaba las botas de manera que formaban una línea recta que desfilaba por el mostrador—, pero lo que creo es que salió por la puerta principal y que colocó la escalera ella misma.

CAPÍTULO NOVENO



DE REGRESO A LA ESTACIÓN DE ST. PANCRAS, me detuve en una librería.

—*Das Kapital*, de Karl Marx —le dije al corpulento caballero que había detrás del mostrador.

Ni se movió. De hecho, pareció haberse convertido en piedra, como algunos desafortunados de los cuentos de hadas, excepto por su boca, que se abrió y cerró varias veces.

—Le aseguro —dije— que, en cuanto lo haya ojeado brevemente, mi intención es forrarlo con un paño verde y utilizarlo como tope de puerta.

Antes de contestar, el dependiente recompuso su boca hasta conseguir una fina línea de desaprobación.

—¿Quiere la traducción en inglés, señorita, o el original en alemán?

—En inglés, por supuesto.

¿Acaso tenía aspecto de erudita? ¿Hablaba como si lo fuera? Oh, cielos, debía tener más cuidado y controlar mejor mi acento de familia acomodada con el que Alexander Finch ya había bromeado.

No sabía qué pensar de Alexander Finch. Su expresión no me había permitido formarme una idea clara, pero su comportamiento era ciertamente extraño. Nunca era incorrecto, pero sí sutilmente peculiar. A pesar de ello, le tenía simpatía: estaba sometido al mal humor de su padre; admiraba su estoicismo y apreciaba su voluntad de ser franco conmigo. Su teoría de que *Lady Cecily* se había ido por la puerta principal y había colocado ella misma una escalera frente a su ventana para despistar me llamaban la atención, pues era el tipo de cosa que yo hubiese llevado a cabo.

Sin embargo, mientras abandonaba la librería cargada con un voluminoso paquete, sentí que no había conseguido recabar mucha información al fin y al cabo.

Y después de que aquella misma tarde, en la soledad de mi habitación, leyera de pasada algunos fragmentos de *Das Kapital*, sentí que, a excepción de haber aprendido qué era el

«proletariado» (básicamente, la gente corriente), sabía incluso menos que antes. ¿Se había convertido *Lady Cecily* al marxismo después de leer aquel libro? Yo misma había estudiado con interés las obras de Hobbes, Darwin e incluso *El martirio del hombre*, de Winwood Reade, pero Marx... Debo admitir que me dio sueño.

Un sueño bastante profundo. Me desperté a la mañana siguiente preguntándome qué tipo de intelecto poseía *Lady Cecily* para ser capaz de apreciar aquella extraña bazofia.

Y qué había estado leyendo Alexander Finch, considerando algunas de sus sorprendentes frases.

Y si *Lady Cecily* finalmente había traspasado el umbral de la puerta por sí misma, ¿cómo iba vestida, adonde había ido y por qué razón?

Pero todas esas preguntas se esfumaron sin respuesta de mi mente cuando, sentada en mi despacho sorbiendo mi taza de té matinal, distinguí en la columna de anuncios personales de la *Pall Mall Gazette* lo siguiente:

**245355 44155234155115 13413433242241 15451311322434115111 3352451541
1244245111342413411324341341 234155 3311144415**

Me hice rápidamente con un papel y un lápiz, garabateé el alfabeto, dividiéndolo en líneas de cinco letras, y me puse a la tarea.

245361. Segunda línea, cuarta letra: **I**. Quinta línea, segunda letra: **V**. Sexta línea, primera letra: **Y**.

IVY

¡Iba dirigido a mí!

Entusiasmada, seguí descifrándolo. Cuando acabé, el mensaje decía:

IVY REÚNETE CONMIGO ESCALINATA MUSEO BRITÁNICO CINCO HOY MADRE.

Oh.

¡Oh!

¿Así, de forma tan vertiginosa, tan de repente, iba a volver a ver a mi madre? Sentí como si se me hubiera detenido el corazón.

E igual de rápido empezó a latir de nuevo, con la fuerza y el ritmo de un tambor militar, mientras una mezcla espesa de emociones encontradas me invadía. Amaba a mamá. La odiaba. Me había abandonado. Me había rescatado. No me amaba. Pero me había proporcionado la libertad, gracias a aquella gran suma de dinero que me había entregado y también a la educación que me había dado. Su independencia obstinada, su defensa inflexible de los derechos de las mujeres...

Un momento.

IVY REÚNETE CONMIGO ESCALINATA MUSEO BRITÁNICO CINCO HOY MADRE.

¿En el Museo Británico? ¿Esa institución despreciable? Mamá aborrecía el Museo Británico por sus continuos insultos a las mujeres académicas. Parecía improbable que mamá escogiera la

«Escalinata Museo Británico» como el lugar de nuestra cita.

Y en aquel preciso momento, justo cuando la duda se instalaba en mi mente, descubrí que, a pesar de mis emociones contradictorias, quería ver a mi madre. Lo anhelaba. Con desesperación, traté de dar crédito al mensaje, diciéndome que mamá había elegido el Museo Británico simplemente por su conveniencia, porque estaba situado en una zona respetable de la ciudad.

Pero al mismo tiempo casi podía oír su voz dentro de mi cabeza que me exhortaba: «Enola, piensa».

Así que pensé.

Pero mis pensamientos no consiguieron calmarme. Aquel mensaje no empleaba en absoluto nuestro código de flores. Mamá nunca habría dicho «reúnete conmigo», sino que habría hecho alguna referencia a la pimpinela escarlata o al muérdago, ambos símbolos recurrentes para una cita. Tampoco habría firmado «Madre», sino que habría dicho «tu crisantemo», que significaba mamá.

Conclusión ineludible: ella no había publicado el mensaje en el periódico.

Pero yo todavía quería creer que había sido mamá. ¿Quién si no...?

Oh, no.

Ya sabía quién.

Y al pensar en él, en mi astuto hermano, solté un impropio:

—¡Oh, por todos mis nobles ancestros!

Mi grado de perturbación era tal que me resultaba difícil mantener la claridad mental. Reuní lo suficiente de aquella valiosa virtud e inspeccioné el resto de los anuncios personales en todos los periódicos. En el caso de que hubiera uno que procediera realmente de mamá.

Pero, por supuesto, no había ninguno. De hecho, era demasiado pronto. Las anteriores comunicaciones habían tardado una semana o dos en llegar. Aunque no tenía ni idea del lugar en que pasaban el invierno los gitanos, me imaginaba a mamá perdida por la campiña, con lo que sus suscripciones tomarían su tiempo para llegar vía correo y después ella debía descifrar el mensaje, consultar los horarios de tren y enviar una respuesta.

Y como, con toda probabilidad, llegaría a Londres en tren, ¿no habría sido más lógico que me pidiera encontrarnos en una estación de ferrocarril o en sus alrededores? Seguro que sí.

El Museo Británico, ¡patrañas! Quienquiera que hubiese publicado aquel anuncio tenía sus propios motivos, que no coincidían con los de mamá.

¿Quienquiera? ¡Ja! Sabía perfectamente que había sido Sherlock.

Me costó algunas horas y un dolor de cabeza plantearme cómo se había producido aquel inquietante giro en los acontecimientos y decidir cómo actuar.

Por suerte, la excelente secretaria del doctor Ragostin había guardado la dirección del doctor John Watson.

A primera hora de la tarde, me dirigí en un carruaje hasta el despacho de aquel valioso médico, situado en un edificio modesto que hacía de gabinete y de residencia en una calle secundaria del noroeste de Londres.

Un sirviente, cuyos modales bien podrían haber sido emulados por Joddy, me condujo hasta una sala de espera pequeña y algo deslustrada y me informó de que el doctor había salido, pero

que regresaría en breve, a la una, para atender a sus pacientes. El reloj de péndulo en la esquina indicaba que faltaba un cuarto de hora. Esperaría sin problemas.

Justo cuando el reloj dio la una, una anciana robusta con un bocio y un portero uniformado que cojeaba se unieron a mí en la sala de espera. Sin embargo, el doctor me recibió en primer lugar.

Al igual que la sala de espera, su consulta era pequeña y sus tapizados y cortinas estaban un poco desgastados.

—Señorita, mmm... —En pie detrás de su escritorio para saludarme, el doctor de ojos amables me reconoció pero no consiguió ubicarme.

—Señorita Meshle, del gabinete del doctor Ragostin.

—¡Señorita Meshle! —exclamó con una sonrisa que iluminó su de otro modo rostro común, confiriéndole cierto encanto—. Por favor, tome asiento. —Me indicó la silla del paciente y él se acomodó de nuevo detrás de su escritorio—. ¿Y a qué debo agradecer este placer inesperado?

Su actitud era tan abierta y amistosa que creo que me sonrojé. Si hubiese sido mi padre, lo habría adorado.

Aunque había pensado a menudo lo agradable que sería tener un amigo o... una familia, no una excéntrica y desperdigada, sino una real que pasaba las tardes leyendo en el salón, hasta aquel momento no me había dado cuenta de cómo me hubiese gustado tener un padre. Mi padre falleció cuando yo tenía cuatro años, y hasta aquel preciso momento no lo había echado especialmente en falta.

Pero en aquel instante lo hice.

—Yo, mmm, espero no... No le robaré mucho tiempo —le dije al doctor Watson, vacilante y sorprendida por mis sentimientos—. El doctor Ragostin, ejem, ha revisado su caso y, mmm, me ha enviado para que le pregunte algo.

—Faltaría más. Me alegra saber que ha mostrado interés. Justo ayer me decía que debía pasar por su gabinete a preguntar... pero aquí está usted. Por favor, continúe.

—Al doctor Ragostin le gustaría saber... ¿Ha estado el señor Sherlock Holmes siguiendo varios mensajes en clave que han aparecido en las columnas de anuncios personales de la *Pall Mall Gazette*?

—Holmes siempre lee las «columnas de la agonía» de los periódicos principales —contestó Watson.

—Sí, pero ¿le ha comentado algo sobre un acertijo en particular? ¿Ha advertido algo sobre su escritorio, por ejemplo, cuando le ha visitado?

—Oh, sí, pero no tenía nada que ver con el periódico. Acertijos, sí, pero era un cuadernillo entero, hecho a mano, delicado, con acuarelas de flores pintadas. La verdad es que no es el tipo de cosa en las que suele trabajar Holmes. Era más como una afición femenina. Holmes casi me mordió cuando intenté examinarlo de cerca.

Era lo que me temía. Sintióndome desfallecer, cerré los ojos.

—¿Señorita Meshle? Ya sé que no ha venido a mi consulta como paciente, pero ¿está usted enferma?

—Es solo un horrible dolor de cabeza, doctor Watson.

Y ciertamente, me dolía bastante. Aquello que había catalogado como afición femenina tenía que ser mi cuadernillo de mensajes en clave, que mamá había creado y me había regalado en aquel fatídico decimocuarto cumpleaños para que sus mensajes secretos pudieran desvelarme dónde

había guardado la fortuna que había ido acumulando. Era, de hecho, el recuerdo más precioso que tenía de mi madre. Pero un asesino me lo había sustraído en mi primer día en Londres mientras yacía inconsciente, y pensaba que lo había perdido para siempre.

En aquel momento, sin embargo, entendí lo que posiblemente había ocurrido: cuando el inspector Lestrade, de Scotland Yard, arrestó a Cuchillo, había inspeccionado la cabina del barco y había encontrado aquel pequeño cuadernillo con flores. Estaba tan fuera de lugar que se lo había mostrado a su amigo Sherlock Holmes. O tal vez el gran detective había presenciado el registro y había descubierto él mismo el objeto.

Y había reconocido la caligrafía de su madre.

Así que era de aquel modo cómo mis hermanos sabían de mi tranquilidad financiera. Después de resolver los mensajes en clave, Sherlock probablemente había llevado a cabo algunos interrogatorios e investigaciones en Ferndell Hall, el hogar en que ambos habíamos pasado nuestra infancia.

Al mismo tiempo, seguramente había deducido la conexión con los mensajes en clave que él mismo había visto en los anuncios personales de la *Pall Mall Gazette*, acertijos que mencionaban las palabras «crisantemo» y «hiedra». Casi con toda certeza también los había descifrado. Por lo que parecía, había estado espiando las conversaciones entre mamá y yo.

Y, además, había publicado su propio anuncio para tenderme una trampa.

—Señorita Meshle... —El doctor Watson parecía preocupado—. Tiene muy mal aspecto.

Después de tomarme el pulso y preguntarme qué había almorzado, el buen doctor me dio un bromuro y me obligó a tumbarme en la camilla de su sala de exploración mientras hacía pasar a sus otros pacientes. Tal vez pasó una hora antes de que asomara su cabeza y preguntara:

—¿Se siente mejor?

Aparté la manta tejida que me cubría enteramente por encima de mi atuendo y me incorporé para hablar con él.

—Mucho mejor. Gracias, doctor Watson.

Era la verdad. La hora de descanso me había permitido traer a la mente el rostro de mi madre y su habitual cantinela —«Enola, te apañarás muy bien sola»—, lo que había conseguido calmarme.

Y tomar una decisión.

Y trazar un plan.

Para el que necesitaba estar en mi puesto antes de las cinco de la tarde, y ya eran las tres pasadas.

El doctor Watson se negó a aceptar un honorario por su consulta. Se lo agradecí profusamente y me marché, caminando hacia la fila de carruajes que esperaban en la esquina.

—A Baker Street —indiqué al cochero.

Una vez en el interior del carruaje de cuatro ruedas, corrí las persianas. Después, mientras me mecía entre el tráfico de Londres, me desprendí lo máximo que pude del disfraz de Ivy Meshle. Fuera mi sombrero barato de paja, que tuve que sacrificar embutiéndolo debajo del asiento. Fuera los rizos de mi flequillo rubio postizo que me cubrían la frente, que guardé en un bolsillo, y fuera mi *chignon*, que acabó almacenado del mismo modo. Fuera aquellos pendientes de cristal verde,

aquella gargantilla que me ahogaba y el resto de las baratijas. De mi escote, en donde, como siempre, almacenaba diversos utensilios, extraje una bufanda, que me puse por encima de mi ahora poco adornada cabeza, y me abroché el manto para ocultar la mayor parte de mi vestido. Por el contrario, dejé en su sitio los artilugios que hacían que mi nariz y mis mejillas tuvieran un aspecto más redondeado.

Descorrí las persianas y por primera vez contemplé con interés el edificio en el que vivía mi hermano, justo cuando pasábamos por Baker Street, 221: simplemente era otra puerta numerada en una calle de tiendas y viviendas, un lugar bastante ordinario para albergar a una persona tan extraordinaria como Sherlock Holmes. Esperé a doblar la esquina y golpeé el techo para indicarle al cochero que se detuviera.

Ya a pie, caminé hacia el número 221 por el lado opuesto de la calle, esperando no tener que esperar durante mucho tiempo con aquellas temperaturas. También me preguntaba cómo podía permanecer allí sin que nadie me advirtiera. Hacía mucho frío y había menos gente de lo habitual, pero los chicos de los periódicos todavía vociferaban para ganarse la vida:

—¡Horrible crimen en Whitechapel! ¡Lea todos los detalles!

Y los vendedores de pescado empujaban sus carretones:

—¡Arenques frescos, ostras vivas, caracoles de mar!

Y una pobre mujer cubierta con un largo impermeable trataba de vender las baratijas que cargaba en un cesto:

—¡Naranjas, cordones para botas, artículos de bisutería!

Me detuve para examinar qué llevaba. Además de las anteriormente mencionadas naranjas, que más bien podían llamarse «marrones», y de los cordones, tenía varios limpiaplumas fabricados con los habituales trozos de tela, pero no en su tradicional forma cuadrada: aquellos tenían la apariencia de flores y mariposas.

—Qué ingenioso —observé, toqueteando uno con el dedo—. ¿Los hace usted?

—Sí, señora, pero mis ojos están casi ciegos por el trabajo que da coserlos.

Pobre mujer, los debía confeccionar a la luz de una vela, de un fuego o tal vez incluso por la noche, bajo una farola, para tener mejor iluminación.

Cogí un limpiaplumas azul de algodón que tenía la forma de un pequeño pájaro y le pregunté:

—¿Cuántos ha vendido hoy?

—No tantos como me hubiese gustado, señora. —Sus labios agrietados temblaban. De hecho, las dos estábamos tiritando de frío—. En las calles ricas, donde a la gente no le importa gastarse uno o dos peniques, la policía me echa, eso hacen.

—Entonces, ¿vive por aquí?

—No, señora. En Southwark, señora, pero allí nadie los quiere.

Supongo que no. La zona de Southwark, en la otra orilla del Támesis, se había rendido a los teatros de mala reputación, al juego, a las peleas de perros con osos y cosas por el estilo.

Y en cuanto la mujer regresara a Southwark, nadie que viviera en Baker Street se cruzaría con ella de nuevo.

—Le ofrezco una guinea por todo el lote, con el cesto y todo. Y le cambio mi manto por su impermeable.

La mujer me miró boquiabierta, pero tuvo la sensatez de no hacer preguntas. Ella se alejó regocijándose ataviada con mi manto con una buena cantidad de dinero en el interior de su puño,

mientras que yo me fui envuelta en su impermeable, cargando el cesto y vociferando con el adecuado acento *cockney*:

—¡Naranjas, cordones para botas, artículos de bisutería!

Un buen disfraz, y además necesario, porque caminé arriba y abajo por delante de aquel edificio de Baker Street durante tres cuartos de hora (¡e incluso vendí dos limpiaplumas!), antes de ver cómo Sherlock Holmes abandonaba su residencia.

No iba vestido de caballero, por supuesto. Con el objetivo de capturarme, o eso creía él, se había disfrazado lo suficiente como para que no lo reconociera hasta que fuera demasiado tarde. Así, llevaba un atuendo de trabajador corriente, con un cinturón de cuero sobre su abrigo, una camisa de franela y una gorra de tela debajo de la cual caían mechones de pelo sobre su frente.

A grandes zancadas, tomó el camino hacia el Museo Británico, pasando junto a mí sin tan siquiera mirarme. Aparte del flequillo desarreglado, no había alterado su rostro, y con una punzada en el corazón vi que sus rasgos de halcón parecían ciertamente pálidos y atormentados, tal como había dicho su amigo Watson.

En silencio, con un extraño malestar interior, observé cómo se alejaba.

Inspiré profundamente y exhalé.

Después, empecé a caminar.

Me detuve en una tienda de comestibles, dejé la cesta y la empujé con el pie debajo de una caja sobre la que se exhibían las manzanas en venta. Después compré una rodaja de cebolla.

Caminé hacia el número 221, ocultando la cebolla en mi pañuelo y acercándola a los ojos, que pronto empezaron a lagrimear.

Muy bien.

A aquella hora, y en la estación más cruel del año, las calles ya estaban en penumbra. Sin duda aquello era parte del plan de mi hermano. La oscuridad ya sería completa cuando Sherlock llegara a las escaleras del museo donde...

«Oh, mamá. ¿Y si estoy equivocada? ¿Y si, después de todo, eres tú la que me estás esperando allí?».

La cebolla que envolvía en el pañuelo ya no fue necesaria. Ante aquella idea, empecé a llorar.

CAPÍTULO DÉCIMO



UNA ANCIANA ATAVIADA CON UNA BLUSA y una falda sencillas pero decorosas respondió a mi llamada. Aunque parecía sorprendida de encontrarme llorando en la puerta, no se angustió.

—¿Está... el... señor Sherlock Holmes? —pregunté entre sollozos.

Había olvidado utilizar el acento que convenía a mi apariencia, pero probablemente con las lágrimas no se dio cuenta.

—Lo siento, querida. Acaba de salir.

Mientras hablaba, la casera se arropó en el chal. Conocía a la señora Hudson. Por las obras del doctor Watson, parecía una buena persona, pero tuve bien presente no utilizar su nombre.

—Pero... pero yo... necesito verlo esta misma tarde... —me lamenté.

—No sé cuándo volverá, señorita.

—No me importa. Estoy en... un gran apuro. Esperaré.

—Pero puede tardar horas... —A pesar del chal, la señora Hudson tiritaba. Dio unos pocos pasos atrás, hacia el interior de la casa, preparándose para cerrar la puerta—. ¿Por qué no vuelve más tarde?

—Esperaré. —Lloriqueando, me dejé caer en el helado peldaño.

—Querida, no puede esperar ahí. Se congelará. Pase, pase.

Tal como había supuesto, me condujo a la planta superior y me hizo pasar a la sala de estar de mi hermano.

—Dios mío —murmuré, sorprendida ante el desorden que reinaba.

Nunca antes me había aventurado en la casa de un soltero. Por supuesto, por los escritos del doctor Watson sabía que habría tabaco (nada más y nada menos que en el interior de una babucha persa) y un violín (instrumento y arco depositados con descuido encima de una silla), cartas ensartadas en una navaja sobre la repisa de la chimenea, agujeros de bala en la pared y cosas por el estilo. Pero no estaba preparada en absoluto para las ausencias: no había flores, ni cojines de encaje ni faldones de volantes en las sillas.

Ser un hombre, aparentemente, consistía en carecer de la habilidad de ser una mujer.

La señora Hudson chasqueó la lengua al ver el desorden de libros y papeles.

—El señor Holmes es pulcro en su apariencia y sus hábitos personales, pero no en los quehaceres domésticos —lo excusó—. Es un auténtico caballero. Sea cual sea su aprieto, hará todo lo que esté en sus manos para ayudarla, sin tener en cuenta si puede pagar sus honorarios.

Sus palabras trajeron nuevas lágrimas a mis ojos porque, a pesar de su engaño, deseaba creer que mi hermano era una buena persona.

—¿Me permite su abrigo, señorita? —dijo mientras empezaba a quitármelo.

—¡No! —me arrebujié en el impermeable, bajo el que se escondía el vestido demasiado a la moda de Ivy Meshle—. No, gracias —rectifiqué—. Estoy helada.

—Bien, señorita. Entonces, tome asiento. —La amable anciana cambió de lugar unos periódicos que había sobre un sillón cerca de la chimenea y me invitó a sentarme—. Le traeré un poco de té. —Y abandonó la estancia afanosamente.

Tan pronto como hubo cerrado la puerta a mis espaldas, me erguí y me dirigí tan silenciosamente como pude hacia el escritorio de mi hermano. Con la vista borrosa a causa de las lágrimas de impaciencia que luchaban por salir de mis ojos, inspeccioné un montón de papeles, pero como no encontré lo que buscaba, los aparté.

El escritorio estaba ahora despejado, y sobre él solo había la típica lámpara y el juego de escritura.

El objeto que buscaba podía estar en cualquier parte de la habitación, pero intuía que mi hermano, aunque muy capaz de lanzar su violín encima de una silla, habría tenido mucho más cuidado con una pista de tal envergadura. Probé en el cajón de su escritorio.

Cerrado con llave.

Metí la mano debajo del impermeable para coger el broche, es decir, la daga, e introduje en la cerradura su filo, fino como el de un estilete, para manipular el mecanismo interior.

Debo admitir que no me faltaba experiencia en ese arte. Cualquier criatura con algo de iniciativa que haya sido educada entre alacenas y botes de dulces a buen recaudo aprende a abrir cerrojos.

Con un clic, aquel que tenía entre manos también cedió. Devolví la daga a su escondite con apariencia de broche y tiré del cajón para abrirlo.

Esperaba encontrarme con plumillas, papel secante, una regla de madera... ese tipo de cosas.

Pero mis ojos no vieron nada por el estilo.

En lugar de eso, el cajón conformaba, en cierto modo, el marco de una viñeta de la peculiar vida de mi hermano: vislumbré un revólver, una caja de municiones de repuesto, una pequeña botella de un líquido claro a su lado, una aguja y una jeringuilla (como las que usaban los médicos) en una caja abierta forrada de terciopelo y una fotografía pequeña y enmarcada de una hermosa mujer, un objeto que habría despertado mi curiosidad de haber tenido tiempo para analizarlo.

Pero aquellos objetos los recordé más tarde. En aquel momento, todo mi interés se posaba en lo que había encima del conjunto.

Lo tomé con dedos temblorosos: el precioso cuadernillo de acertijos que mi madre había confeccionado para mí, pintado y escrito a mano. Lloré de nuevo al verlo otra vez. Pero no quedaba tiempo para darle besos o para estrecharlo contra mi pecho ni nada por el estilo. Los

pasos de la señora Hudson ya subían por la escalera. Me desabroché de nuevo el impermeable y empujé el cuadernillo hacia lo más profundo de mi pecho. Cerré el cajón del escritorio y en tres zancadas rápidas pero discretas llegué al sillón. Me acaba de sentar envuelta en el impermeable cuando la señora Hudson entró, cargada con una bandeja.

—Tome un poco de té, señorita —dijo mientras me servía una taza de aquella bebida revitalizadora. Entonces, para gran consternación mía, se sirvió una taza y se sentó dispuesta a hacerme compañía—. ¿Todavía tiene frío, querida? ¿Por qué no se quita el abrigo y así puede disfrutar del té?

Negué con la cabeza, y no tuve dificultad en comportarme como una damisela en peligro histérica e incoherente (de hecho, estaba un poco angustiada). En mi cabeza repiqueteaba un «Esto no va a funcionar». Tal vez hubiese sobreactuado el papel. ¿Y si la simpática señora Hudson planeaba mimarme hasta que volviera mi hermano?

—¿Un poco de pastel de nueces? —me ofreció tendiéndome un plato.

Negué de nuevo con la cabeza y vacilé:

—N... no, gracias. Yo, mmm, señora... —me detuve justo a tiempo.

—Hudson, querida.

—Señora Hudson, me preguntaba si... —No se puede simular que uno se sonroja, aunque no fue necesario: me puse roja como un tomate, puesto que soy una persona tímida... la llamada de la naturaleza... —balbucí—. ¿Podría utilizar su...?

—Oh, pobrecita, claro que sí. —Aquella alma de cántaro se levantó de un salto—. ¿Puede esperar unos instantes? Tengo que ir a... eh... comprobar su estado.

Sabía que el excusado se encontraría con toda seguridad en el extremo más alejado del piso inferior, cerca de la puerta trasera, puesto que esas «comodidades» de interior dejan entrar el hedor de las cloacas, y es preferible que no estén situadas cerca de la cocina o el salón. Y la señora Hudson, antes de conducirme hasta allí, tenía que disponer varias cosas, como perfumarlo y llevar un aguamanil de agua caliente y una toalla limpia.

En el momento en que sus pasos desaparecieron escaleras abajo, me incorporé, caminé de puntillas hasta la puerta de los aposentos de mi hermano y la abrí discretamente. Después de asegurarme de que no había ninguna señal para alarmarse, me deslicé, dejando la puerta abierta de par en par para no hacer un ruido innecesario al cerrarla, bajé las escaleras con cautela y me escapé por la puerta delantera de la casa sin interferencia alguna, puesto que sin duda la señora Hudson todavía estaría ocupada tratando de complacer mi embarazosa petición. Probablemente oyó cómo la pesada puerta principal se cerraba tras de mí, pero, para cuando ella llegó, yo ya había cubierto corriendo la corta distancia hasta la fila de carruajes en la esquina.

El cochero observó con recelo a aquella pasajera de aspecto tan penoso, pero le lancé un soberano y salté al interior del carruaje.

—¡Al Museo Británico!

La moneda de oro en la palma de su mano hizo desaparecer cualquier atisbo de sorpresa o resistencia y obedeció con celeridad.

Cubrí mi rostro con la capucha del impermeable tanto como pude y con impaciencia me sequé las lágrimas con la mano (había perdido el pañuelo, con la cebolla incluida). «No más gimoteos», me ordené a mí misma. Mis planes eran arriesgados; de hecho, eran una auténtica locura, pero necesitaba toda mi entereza y sensatez.

El carruaje se detuvo frente a la escalinata del Museo Británico.

En vez de apearme, observé desde las sombras que me proporcionaba el interior. No me resultó difícil reconocer a mi hermano Sherlock apoyado en una de las columnas de estilo helénico de aquella venerable institución, fumando un cigarrillo. Era la mismísima imagen de un holgazán inútil. Muy probablemente, no tardaría en aparecer algún agente que lo agarrara del cuello y le ordenara marcharse. Y en lo que respecta a mamá, no había ni rastro de ella. Si por casualidad hubiese sido ella la que había enviado el mensaje —y Sherlock lo había interceptado, en lugar de haberlo escrito él mismo—, si mamá hubiese aparecido, entonces obviamente mi hermano no estaría allí perdiendo el tiempo.

Suspiré aliviada y sonreí. Mis suposiciones habían sido acertadas. Mamá estaba segura en algún lugar en el campo, y Sherlock estaba intentando ser más astuto que su deshonrosa hermana pequeña. Cuando llegara a casa, descubriría quién era el más listo.

El cochero apareció en la puerta.

—¿Señorita?

—Siga adelante —le ordené.

Durante toda aquella noche, al calor de mi humilde hogar, aprecié el hecho de haber recuperado y de tener entre mis manos mi cuadernillo de acertijos. Era una verdadera alegría poder contemplar de nuevo aquella familiar primera página con los delicados crisantemos rojizos y dorados pintados por mamá que enmarcaban aquel mensaje escrito a mano: ALO NEA RIM NEI MAM ETN ASI RHC. Y había algo nuevo. En un extremo de la hoja, Sherlock había escrito la solución: ENOLA MIRA EN MI CRISANTEMA.

En la siguiente página, decorada con anémonas, había escrito: MIRA EN MIS ANÉMONAS ENOLA. Y así, sucesivamente. También había descifrado el mensaje ilustrado con la hiedra en la cerca de madera (Enola Mira En Remates De Mi Cama); de hecho, había descifrado todos los mensajes, incluso algunos que yo no había podido interpretar. En una página decorada con pensamientos leí: QUE LA PAZ DE CORAZÓN TE ACOMPAÑE, ENOLA, MIRA EN MI ESPEJO. Con una punzada, me pregunté a qué espejo se refería y qué habría encontrado mi hermano detrás de él. ¿Tal vez algo más que dinero? Tal vez una nota de mamá, en la que expresaba su pesadumbre, las razones de su partida, su preocupación o su...

Me detuve mucho antes de pronunciar la palabra «amor». Mamá tenía asuntos más importantes de los que ocuparse. Era una mujer de carácter, inteligencia y principios. Una sufragista, incansable en su defensa de las cuestiones relacionadas con el sexo débil. Una librepensadora. Y una artista.

Una artista de talento, como evidenciaban sus hermosas o, por decirlo de otra manera, exquisitas pinturas de flores que adornaban el cuadernillo que tenía en mis manos.

Sin embargo, aunque adoraba el trabajo artístico de mamá, en aquel momento toda mi atención se centraba en las anotaciones de mi hermano. Las había escrito a lápiz, suavemente, de manera que con solo borrarlas, el cuadernillo regresaría al estado en que me lo había entregado mamá. Pero, para mi sorpresa, descubrí que quería conservar las intrusiones de Sherlock. Deseaba poseer algo de mi hermano, aunque solo fueran aquellas pequeñas letras escritas a mano debajo de las florituras artísticas de mi madre.

Soy de la opinión de que la caligrafía desvela mucho sobre una persona, tanto lo que está a ojos vistas como aquello que se mantiene oculto. Siempre había pensado en mi hermano Sherlock como el gran detective, incisivo e imponente, pero su letra era más pequeña que la de mi madre. No se consideraba a sí mismo tan grande. De hecho, puede que a su manera fuese un poco tímido, como yo.

Aunque sí era severamente lógico. La caligrafía elaborada de mi madre se podía atribuir a un temperamento artístico y, de la misma forma, mostraba sus ambiciones, su idealismo, sus sueños. En la letra de imprenta de mi hermano no había sueños; solo el realismo desolador de un científico.

«Aunque», me advertí a mí misma, «tal vez en otras circunstancias...».

Tal vez en una carta a un amigo, escrita en otro tipo de letra, mostrara más corazón. La gente puede tener diferentes caligrafías. *Lady Cecily*, sin ir más lejos.

Aunque puede que no fuera el mejor ejemplo. Sus trazos eran muy diferentes. Por un lado, estaban aquellas notas y cartas escritas con una mano estilizada, modesta y correcta; por otro lado, aquellos grandes garabatos inversos y al revés realizados por una mano...

Mano.

Y, de repente, medio dormida en el sillón frente al fuego, sin la más mínima intención de descubrir algo o de encontrar a alguien, el escritorio de *Lady Cecily* me vino a la memoria. Como si mi mente proyectara un solo recuerdo a través de una linterna mágica, vi la imagen del hermoso juego de escritura de jade de la dama. Situado a la izquierda.

Y claramente me acordé de Lily, aquella doncella demasiado fiel, colocando el tintero, la pluma y el resto de utensilios a la derecha.

La emoción por lo que acababa de comprender me desveló por completo. Me erguí, atenta.

En mi tocador, el modesto cepillo, el peine, el tarro de crema para las manos y resto de objetos estaban colocados a la derecha, por supuesto, porque soy diestra.

Pero ¿en qué lado estaba situado el juego de plata del tocador de *Lady Cecily*?

—Oh, por todos mis ancestros —susurré.

CAPÍTULO DECIMOPRIMERO



—¡AGUA CALIENTEEEE, SEÑORITA MESHLEEE!

El bramido que dio mi alegre casera me devolvió a la realidad después de unas pocas horas de sueño. Gruñí en voz alta. Los sentimientos de triunfo ante mi hermano Sherlock se habían desvanecido durante la noche y fueron sustituidos por el terror ante las posibles consecuencias.

—Señorita Meshle, ¿está usted despierta?

Maldita anciana sorda. Evidentemente, no había oído mi respuesta poco educada.

No me sentía en absoluto inclinada a levantarme de la cama e ir a trabajar. Bien hubiese podido quedarme acostada —las condiciones laborales de la señorita Meshle con el doctor Ragostin eran excesivamente indulgentes—, pero no podía pasar toda la mañana durmiendo en mi habitación sin despertar la curiosidad de la casera.

—¡Señorita Meshleee! —gritó la señora Tupper llamando a la puerta.

—¡Por Dios! —murmuré de forma grosera para mí misma antes de exclamar—: ¡Estoy despierta!

—¿Eh? ¿Está levantada?

—¡Sí! ¡Gracias, señora Tupper!

Por descontado, aquella mañana había morcilla para desayunar. Detestaba la morcilla. Aquello, junto a otras circunstancias, hicieron que la señorita Meshle se presentara al trabajo de bastante mal humor.

El día anterior (tal vez por suerte) no había tenido tiempo de pensar en mi hermano Sherlock, pero ahora me daba cuenta del peligro que suponía: sabía mucho más de lo que debía.

Como evidenciaba su IVY REÚNETE CONMIGO ESCALINATA MUSEO BRITÁNICO, conocía mi nombre en clave.

Y sabía, como había dicho el doctor Watson, que tenía dinero.

Estaba enterado de mis comunicaciones en clave con mamá y las había descifrado.

Y, lo peor de todo, en cualquier momento podía descubrir muchas más cosas gracias a su

mejor amigo, el susodicho doctor Watson. ¿Y si mi hermano dejaba de ser grosero con Watson y le contaba sus secretos? ¿Y si Watson entonces le explicaba a Holmes su visita al doctor Ragostin?

Con una simple y sencilla conversación, Sherlock Holmes podría centrar su completa atención sobre Ivy Meshle.

—¡Disparates! —murmuré al entrar en el despacho—. ¡Disparates, tonterías y patrañas! Es como esperar que los cuervos se vuelvan de color blanco.

Me senté junto a la chimenea y me deshice del miedo que invadía mi mente, aunque no lo saqué totalmente de mi cuerpo, que aún temblaba. Dando pequeños sorbos al té, leí los periódicos matinales, repletos de los habituales sucesos horribles y escandalosos. En el East End, una muchedumbre contraria a las vacunas había amenazado a la enfermera del barrio. Varias trabajadoras sociales habían sido detenidas en Holywell Street por distribuir diversos materiales «pornográficos» sobre «chequeos preventivos» previos al parto. Una explosión de gas había hecho volar una casa en Knightstbride, matando a tres sirvientes y provocando una gran aflicción a la familia. Se rumoreaba que los trabajadores del muelle mantenían reuniones clandestinas de naturaleza subversiva. Los agricultores continuaban languideciendo a causa de los cereales baratos que se importaban de América. Etcétera.

Sin embargo, todavía no había señales de mamá.

Maldita sea.

Era el frío lo que me hacía tiritar. Durante el tiempo que había pasado ojeando los periódicos, el fuego había menguado considerablemente. Hice un ovillo con ellos y los lancé a la chimenea, y en aquel momentáneo resplandor de calidez —y de triunfo de la mente sobre la materia—, me dirigí hacia el escritorio. Mi hermano Sherlock podía irse a... podía irse a... al frenólogo, y lo de mamá no estaba en mis manos, pero si quería que se me reconociera como una perditoriana, mejor sería que me pusiera a trabajar.

Busqué un manojo de folios y rápidamente dibujé a lápiz varios retratos de la hermosa cabeza de *Lady Cecily*. En uno de ellos le añadí un elaborado sombrero de ala ancha con ribetes; en otro, un bonete liso de estilo «gitano»; en otro, un canotier de paja con una cinta; en otro, un pequeño sombrero que llevaba un arreglo de plumas a la última moda, y en otro, un sencillo chal. El fuego se debilitó de nuevo, y la habitación se volvió más y más fría; tiritando, con los dedos tan agarrotados que incluso resultaba difícil sujetar el lápiz, seguí dibujando. Bosquejé a *Lady Cecily* con su cabello recogido en un moño y sin sombrero, y después con su cabeza envuelta en un harapo y después con una cofia de doncella, con una peineta que le salía de la cabeza como si fuera la cola de un chochín, con una redecilla y finalmente con un velo. Satisfecha con el trabajo, tiré del cordón de la campanilla.

—Joddy —solicité cuando apareció aquel chico entusiasta—, ¿puedes avivar el fuego, por favor?

De un brinco, se apresuró a hacerlo. Yo tomé asiento en el sillón y extendí las manos hacia las agradables llamas, dejando mis esbozos encima del escritorio para que él pudiera verlos después de rellenar el cubo del carbón.

Disimuladamente, lo miré de reojo. Contempló los dibujos y entonces se paró en seco, con la mirada perdida. Ya no importaba si me giraba y lo observaba con interés: había centrado toda su atención en aquellos bosquejos.

Me incorporé y me situé en pie a su lado.

—¿Todavía la reconoces? —pregunté.

Asintió, casi olvidando sus modales.

Dejé pasar aquel fallo y pregunté:

—¿Cuándo la viste?

—No lo sé con certeza, señorita Meshle.

—¿El año pasado?

—¡No! Hace una semana o dos.

—En una esquina, con un cesto en los brazos.

—Sí.

—¿Y cómo iba vestida?

Joddy señaló con el dedo el dibujo de la chica con un trozo de tela harapienta envolviendo su cabeza.

—Vaya... —murmuré, tan sorprendida que olvidé todas mis preguntas. De hecho, sentí que mis fuerzas desfallecían.

Aquello que se lleva en la cabeza indica la posición social tanto como si se llevara un letrero colgado del cuello.

Y en aquel caso, el letrero de *Lady Cecily* decía «desesperadamente pobre».

Lo que descartaba mi teoría de que, como yo, trataba de cuidar de los indigentes de Londres.

Más bien al contrario: parecía que se había unido a las filas de aquellos que vivían en la completa miseria.

Varias horas después, ataviada con un manto de estilo dolmán con estampados de cachemira que cubría un vestido de visita caro pero contenido de color azul de Prusia de fina lana de oveja merina, la «señora Ragostin», una vez más, se dirigió hacia la majestuosa residencia del *baronet Sir Eustace Alistair*.

Pero en lugar de llamar directamente a la puerta principal, me detuve en la acera para examinar el domicilio. Mientras que las mansiones campestres tendían a extenderse horizontalmente, las de la poblada ciudad de Londres se construían necesariamente en el plano vertical, con la cocina en el sótano, el comedor justo arriba (al que se hacían llegar los platos por medio de un montacargas), el salón principal en el piso superior a aquel (lejos del ruido y la suciedad procedentes de la calle), las alcobas en la planta siguiente, en el de más arriba las habitaciones y los cuartos de estudio de los niños, y así sucesivamente hasta los apartamentos del servicio y el ático.

El dormitorio de *Lady Cecily*, por lo que había podido descubrir en mi anterior visita, estaba situado en el nivel de los niños, justo debajo de los cuartos de los sirvientes.

Estudié la distancia entre el piso y el suelo y negué con la cabeza. Entonces, recordando a tiempo que debía mostrar maneras de dama y reprimir mis habituales zancadas, rodeé la casa con pasos delicados para comprobar si la situación, de algún modo, parecía más propicia en la parte trasera.

No fue así, por supuesto, y mientras observaba las ventanas de *Lady Cecily*, varios sirvientes atareados en el exterior se detuvieron sorprendidos y me observaron a su vez.

—¡Tú! —Hice una seña altiva a un mozo que luchaba con unos cubos llenos de desperdicios

—. Acércate.

Aunque no tenía la menor idea de quién era, al haber asumido los modales y el atuendo de la aristocracia, me obedeció al instante.

—La escalera que utilizó *Lady Cecily*... —le pregunté más calmada cuando lo tuve ante mí—, ¿dónde se guarda?

La escalera tenía que estar forzosamente en la propiedad. Nadie era capaz de cargar aquello de noche por medio Londres sin llamar la atención.

El chico, que había quedado mudo ante una pregunta tan franca sobre un tema tan prohibido, se limitó a señalar hacia la cochera, un lugar lo suficientemente grande para alojar a varias familias menos afortunadas que la del *baronet*.

En el patio de coches había una hermosa calesa a la que tres mozos de cuadra sacaban brillo. O eso hacían hasta que mi llegada los dejó paralizados.

Fui rápidamente hacia ellos.

—Dejadme ver la escalera —ordené.

Uno de ellos, probablemente el que tenía más entereza, me condujo al interior de la cochera y señaló hacia arriba, hacia los travesaños, sobre los que reposaba la escalera.

Una escalera de madera maciza.

De cuatro tramos.

Y levantar cualquiera de ellos hubiese supuesto un esfuerzo considerable para mí, por no decir que casi imposible bajarla de su lugar de almacenamiento sin ayuda.

Además, era necesario amarrar los cuatro juntos para luego izarlos a la vez y conseguir alcanzar la ventana de *Lady Cecily*.

—Gracias —dije, y me fui del mismo modo que había llegado, sin dar explicaciones, con mis pensamientos en aquella cesta de ovillos enmarañados a la que ya empezaba a acostumbrarme.

Después de detenerme y respirar de forma disciplinada, invoqué el recuerdo de mi madre para encontrar de nuevo la compostura, me dirigí hacia la puerta principal y llamé. «Sé tímida», me recordé mientras el mayordomo de ceño fruncido me recibía. «Eres la joven esposa del doctor Ragostin, sencilla, vergonzosa y terriblemente ingenua».

Llegados a aquel punto, no me resultaba muy difícil fingir ingenuidad.

En aquella ocasión, *Lady Theodora* me esperaba en la parte superior de la gran escalera para recibirme formalmente en el salón principal, lo que hizo todavía más difícil que pudiera explicarle los peculiares e irregulares pensamientos que tenía en la cabeza. Al igual que lo hizo su vestido de tres telas: corpiño y cola de tafetán negro sobre una falda de terciopelo violeta que se recogía para mostrar una enagua de seda gris plisada con elegancia. Aquel atuendo, y un grueso collar de gemas negras y brillantes, compensaban la palidez de su bello rostro. Aunque el vestido era muy elaborado, sus colores me hicieron pensar que ya estaba de duelo, como si su hija, *Lady Cecily*, hubiese fallecido unos días antes.

Con la cabeza recta y una mirada fría en aquel pálido rostro, *Lady Theodora* permaneció en pie para saludarme, aunque me di cuenta de que en los pocos días que habían transcurrido desde nuestro último encuentro, había adelgazado considerablemente.

Atravesé la habitación hacia ella y, en lugar de los habituales saludos educados, espeté:

—¡No debe perder la esperanza, mi señora!

Lady Theodora se puso rígida durante un instante, pero después su dignidad se disolvió como si fuera el hielo de un arroyo al llegar la primavera.

—¡Oh, señora Ragostin! —Encorvada, me cogió las manos y nos sentamos en un diván la una frente a la otra, casi rodilla contra rodilla—. Oh, mi querida señora Ragostin, sé que tengo que confiar en la mejor resolución para los acontecimientos, pero ¿cómo hacerlo cuando no ha habido noticia alguna de mi hija? —Se inclinó hacia mí incluso con mayor inquietud, temblando—. ¿Ha descubierto el doctor Ragostin un rastro, una señal, una pista del paradero de mi pobre, desaparecida Cecily?

—Tal vez existan algunos indicios —respondí con cautela.

—¡Oh! —Una de sus manos voló hacia su garganta enjoyada mientras buscaba el aliento necesario; a causa de su atuendo, tenía la «cintura comprimida», es decir, que iba muy ceñida y que el miserable corsé que llevaba dificultaba todavía más la conversación, eso si no conseguía provocarle un desmayo.

—El doctor Ragostin ha creído conveniente que, en su lugar, sea yo de nuevo quien venga a hablar con usted —murmuré—. Sin duda, se trata de un asunto delicado.

—Sí, por supuesto. Estoy muy perturbada... es decir, empezaba a temer que...

—Le aseguro que el doctor Ragostin ha examinado el caso con la mayor diligencia.

—Por supuesto.

—Me ha pedido que le pregunte algo.

—¡Adelante, cualquier cosa! —De nuevo, tomó mis manos entre las suyas.

Respiré profundamente, algo que pude hacer porque llevaba un corsé solo con el objetivo de mantener mis reguladores de caderas y aumentador de busto en el lugar correspondiente.

—¿Era *Lady Cecily* zurda? —inquirí.

Aunque parecía una pregunta bastante sencilla, no era así cuando iba dirigida a un miembro de la aristocracia.

—¡Por supuesto que no! —*Lady Theodora* suprimió con brusquedad el contacto que manteníamos—. Qué pregunta... Nunca he... La hija de un *baronet*, ¿zurda?

Ya estaba preparada para aquella respuesta. Sin reaccionar ante la actitud ultrajada de *Lady Theodora*, ante su indignación, adopté un tono suave y murmuré:

—Evidentemente no ahora, mi señora. —Una mentira, porque pensaba que la muchacha era zurda en la privacidad de sus aposentos—. Me refiero a cuando era más pequeña... Nadie puede esperar que una criatura sea consciente de los cánones sociales, ¿verdad? ¿Tenía tendencia a utilizar la mano izquierda en su más tierna edad?

La mirada furiosa de *Lady Theodora* se apartó de mis ojos dóciles pero directos. Con la vista en la suave alfombra floreada, murmuró:

—Tal vez su niñera comentara algo.

—¿Y la institutriz? ¿Nunca mencionó nada?

—Bueno, yo... Es difícil de recordar... Si *Lady Cecily* fue en algún momento zurda, bueno... lo corregimos, por supuesto.

Aquella era una confesión de tal magnitud que sentí varios escalofríos subir por mi espina dorsal, aunque no por los motivos que *Lady Theodora* sospecharía. De hecho, dudo que yo misma hubiese tenido aquella opinión tan relajada si no fuera por la extraordinaria libertad con la que

había sido educada. Sin embargo, a pesar de haber sido criada por una madre a la que le gustaba dejar que las cosas crecieran a su ritmo, podía imaginar el proceso por el que había pasado *Lady Cecily*: sus pequeños dedos, golpeados cuando utilizaba la mano «equivocada», los cambios de manos (de izquierda a derecha) de los juguetes, y oh, las regañinas. Probablemente cuando aprendía a escribir ataron su mano izquierda a su espalda. Durante toda su escolarización, la habrían golpeado a menudo en los nudillos. O tal vez con una correa en la palma de la mano izquierda.

Y junto a aquellos tormentos restrictivos, había soportado los rigores habituales para convertirse en un objeto de decoración de las clases altas. La habían hecho caminar con un libro sobre la cabeza para conseguir la postura perfecta. Había aprendido a bordar —con la mano derecha, por supuesto— y a «tener dotes en todo tipo de artes manuales» —con la mano derecha — y a pintar borrones de color pastel.

Pero ¿y si era con su mano izquierda con la que escribía aquellas reflexiones oscuras y pretenciosas de sus diarios? ¿Y si era con su mano izquierda con la que creaba los crudos y potentes dibujos al carboncillo?

Mi madre me lo había mencionado —y parece que aquellos días de niñez salvajes y libres pertenezcan a un pasado muy lejano, aunque apenas ha transcurrido un año— al leer juntas *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, un nuevo folletín criminal que trajo a la mente de mamá un estudio reciente de la mente humana iniciado en Alemania. En él, los «alienistas» trataban de comprender a los enfermos mentales con conceptos como la «*idée fixe*», la «doble personalidad» y cosas por el estilo. Me había explicado la doble personalidad con un retrato fotográfico: lo había doblado por la mitad, justo en el centro del rostro de la persona; después lo había colocado ante un espejo de manera que formaba un nuevo rostro, parecido pero sorprendentemente diferente del original.

¿Y si *Lady Cecily* tuviera doble personalidad? ¿Y si la *Lady Cecily* que utilizaba la mano izquierda fuera una persona completamente diferente de la que utilizaba la derecha?

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO



PASÉ EL RESTO DEL DÍA BASTANTE DESANIMADA.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida? De alguna manera, había iniciado mi investigación pensando que *Lady Cecily* podía actuar y actuaría del mismo modo que yo, como por ejemplo, compadeciéndose de los pobres de Londres.

Pero aquella no era una conjetura válida.

O que había escapado.

Tampoco era una conjetura válida.

O que había cargado con una escalera pesada y enorme.

Tonterías.

La escalera... ¡Por Dios, qué tonta! La escalera era lo primero que tendría que haber examinado, y también debería haber recordado mucho antes las prendas que había visto en el armario de *Lady Cecily*, unos vestidos minúsculos que llevaba una chica mucho más chiquita que yo. ¡Qué absurdo pensar que *Lady Cecily* hubiese podido situar la escalera bajo la ventana ella sola! Por mucho que quisiera, ni yo misma podría haberlo hecho.

Asimismo, no tenía base alguna para creer que esa fuera la intención de *Lady Cecily*.

No tenía motivo alguno para suponer que cualquiera de sus ideas o preferencias fueran iguales a las mías en lo más mínimo.

Había estado ciega.

¿Y yo me hacía llamar «perditoriana»? Necesitaba hacerlo mucho mejor. Necesitaba controlar a mi caprichosa mente, por decirlo de alguna manera. Tenía que aplicar una lógica rígida; analizar detenidamente todo el asunto.

Con esa intención, aquella tarde, tan pronto como llegué a mi habitación, me senté con un escritorio portátil en el regazo y una vela a cada lado y me puse manos a la obra. Sobre papel.

Muy bien. En lo que se refería a la desaparición de *Lady Cecily*, ¿qué posibilidades había? Solo podía pensar en tres:

*La habían seducido y se había fugado.
Se había escapado.
Había sido secuestrada.*

A favor de la fuga por amor, escribí:

*Apariencia de que así fue: La escalera en la ventana.
Correspondencia secreta con Alexander Finch.
Reuniones secretas.*

En contra:

*En los diarios no se menciona ninguna pasión incontestable por Alexander Finch o por cualquier otra persona.
Solo utilizó el lacre gris.
Cama desecha... ¿por qué?
No falta prenda alguna de su armario.
No se encontró a la dama con el sospechoso.
Alexander Finch probablemente no sea el objeto del deseo de la dama.*

Dudé sobre esta última, puesto que era más subjetiva que estrictamente racional, pero la dejé para proseguir.

*Se escapó. A favor:
Le importaban en gran medida los asuntos sociales y reformistas, como constata su diario.*

*Mantenia una doble personalidad: carboncillo frente a pasteles.
Rompió sus tizas pasteles. Deducción: No quería seguir siendo aquella persona.
En contra:*

*¿Quién la ayudó? No pudo haber colocado la escalera en la ventana ella sola.
¿Porqué utilizó una escalera? Podría haber salido por la puerta principal.
¿Porqué estaba la cama desecha?
¿Cómo iba vestida?*

Mmmm.

Como aquello tampoco despejaba mis dudas, apliqué el mismo proceso a la tercera

posibilidad:

La secuestraron. A favor:

La escalera en la ventana... Necesaria para acceder.

Cama desecha. Interrumpieron su sueño.

No falta ninguna prenda de ropa. Iba en camisión cuando se la llevaron.

Me estremecí solo de pensar en *Lady Cecily* raptada por un terrible villano en mitad de la noche mientras dormía. Era absolutamente espantoso. Y cuanto más pensaba en ello, más me parecía posible; de hecho, se ajustaba más a los hechos que las otras dos hipótesis. Pero también había discrepancias:

En contra:

¿Porqué no gritó? ¿O porqué nadie la oyó?

¿Cómo pudieron bajarla por la escalera?

¿Por qué la eligieron a ella y quién lo hizo?

¿Por qué no se ha pedido un rescate?

En lo que respectaba a la primera objeción, podía explicarse fácilmente: el secuestrador, o secuestradores, habían dejado inconsciente a la dama antes de que pudiera gritar, tal vez utilizando cloroformo. Y en lo referido al rescate y a la elección de la víctima, era posible —solo posible— que hubiesen raptado a *Lady Cecily* por otro motivo perverso al que prefería no dar vueltas; de hecho, no sabía ni entendía muy bien qué era aquella práctica conocida como «trata de blancas». Y la idea me pareció terriblemente inverosímil.

Era mejor eliminar esta opción, puesto que ¿cómo, cómo, habían podido cargar con la inconsciente muchacha y bajar aquella escalera tan alta? Había oído que los bomberos podían cargar con las personas a sus espaldas y conseguir descender un pequeño tramo con ellas encima, pero incluso para el hombre más fuerte, hacerlo desde un cuarto piso... era extremadamente arriesgado. Era una temeridad. De hecho, era una auténtica estupidez. ¿Por qué no utilizar las escaleras de la casa?

Pero las pruebas evidenciaban con claridad que aquello no había ocurrido. Las puertas de la planta baja mantenían las rejas puestas y los cerrojos de las ventanas no habían sido forzados.

¿Y si la había bajado de la habitación con una cuerda y un arnés?

¿Con la escalera en medio?

¿Tal vez por la otra ventana?

Lo dudaba, puesto que estaba situada justo encima del área que conducía al sótano, que estaba cercada por un pasamanos, y de un barril de agua.

En el caso de que el secuestro se hubiese perpetrado por la ventana de la parte posterior, tendrían que haber sido al menos dos secuestradores: uno para descender y mover la escalera de la ventana, y el otro para descolgar a la dama inconsciente y, a continuación, para volver a poner la escalera en su lugar y poder bajar. Y después los dos tendrían que haberse llevado el cuerpo

inerte.

¡Oh, pero qué ridículo! ¿«Los dos»? ¿Quién eran «los dos»?

Y con total seguridad, el agente que hacía la ronda y pasaba cada pocos minutos por aquel adinerado vecindario habría advertido todo aquel trajín.

Tanto hablar de aplicar rígidamente los preceptos lógicos, y solo me llevaban a las conclusiones más absurdas. De las tres posibilidades (*Lady Cecily* se fugó con un amante, *Lady Cecily* se escapó, *Lady Cecily* fue secuestrada), ninguna me parecía menos absurda que las otras.

Nada tenía sentido. No era una perditoriana, era idiota.

Arrojé los papeles al fuego, me incorporé de un salto, levanté el colchón y extraje el hábito.

El miedo a que me estrangularan de nuevo era preferible al que sentía ante mi ineptitud.

Aquella noche, después de que la señora Tupper se hubo retirado a su alcoba, la hermana, completamente ataviada de negro y con el rostro oculto por el velo, se deslizó en la noche para ver qué podía hacer por los pobres de Londres.

La niebla de Londres, la famosa «sopa de guisantes», era tan espesa que incluso mi farol parecía flotar como un fantasma en el extremo de mi brazo, perdido entre una oscuridad casi palpable. En noches como aquella, o incluso durante el día, en que el aire se convertía en un caldo de hollín amarillo-marrón, los cocheros tenían que guiar a pie a los caballos y algunos marineros se desorientaban en los muelles del Támesis, tropezaban y se ahogaban.

Mientras, los peatones ordinarios eran víctimas de actos criminales incluso con más frecuencia de la habitual. En aquel preciso momento, un asesino podía estar a menos de dos metros de mí y no verlo. O un estrangulador...

Aquel pensamiento, y no la gélida humedad, me provocó un escalofrío y me estremecí con los recuerdos de cómo aquella fuerza aterradora me había apresado por la espalda, me había apretado, estrangulado... y de cómo todo se había vuelto oscuro hasta la presencia borrosa de un hombre horrible que me levantaba el velo antes de que huyera despavorida. Aquella noche fue completamente aterradora, aunque faltaba el recuerdo más perverso y sombrío... aquel repugnante artefacto, de una simplicidad absurda: una vara de ratán y, de entre todas las cosas, una cinta de corsé, todavía colgada de mi cuello después de que...

Mentalmente, intenté deshacerme de la imagen. No había tiempo para obcecarme en aquel miedo, y menos con la oscuridad de las sombras de la noche londinense a mi alrededor. Prestando atención a cualquier señal de peligro, seguí caminando decidida, puesto que no buscaba a desafortunados, sino que me dirigía a un lugar en concreto. Era aquel objetivo el que me permitía sobrellevar el miedo que sentía, aunque para infundirme valor me decía a mí misma que morían muchos más londinenses por respirar que por agresiones criminales. De ningún modo podía ser sano respirar aquel aire que ennegrecía los ojos y orificios de la nariz. Aunque yo sobreviviría; había crecido con el aire limpio del campo. Pero ¿qué sucedía con aquellas que habían nacido para respirar hollín, para vivir y morir en aquellas sucias calles? Me había dado cuenta de que la gente pobre de Londres crecía con atrofas y fallecían pronto.

Era difícil envidiarles hasta la ginebra que tomaban.

Amontonados para sobrevivir a la noche, incluso los más pobres conseguían hacerse con una botella de ginebra, que se pasaban de mano en mano para soportar mejor el frío y su miseria.

Durante el día no se fiaban de los forasteros, pero por la noche, la bebida les desataba la lengua. Y creo que aquel factor era el que explicaba el horario de mi extraño encuentro. Cargada con mis provisiones habituales, me apresuré hacia el hospicio, donde en sus escalones de piedra pasaban día y noche las más pobres entre los pobres: aquellas ancianas desamparadas a las que se conocía como «holgazanas» o «las que se arrastran». Gracias a aquella costumbre que ya se dilataba en el tiempo, se les había concedido aquella pequeña gracia en lugar de recibir los golpes de la policía, como ocurría con el resto de los mendigos.

Pobres ancianas, quemarían cualquier cosa que encontraran si tuvieran con qué encender el fuego...

Al dar la vuelta a la esquina del hospicio, me detuve en seco, sorprendida. En lugar de las esperadas sombras, vi sobre los escalones del asilo un resplandor de alegres llamas procedente de una bañera de metal. Aquella noche no necesitaría encender una de mis latas con parafina.

Y en lugar de contemplar a ancianas que tiritaban apiñadas una sobre la otra bajo las mantas que les había dado, las vi rodeando el fuego, con una sonrisa en sus demacrados rostros.

Y con ellas había un hombre.

Un viejo, igual de encorvado y jorobado que ellas, con su pelo y barba grises colgándole por la suciedad, al igual que los harapos que conformaban su ropa. Pobre como las ratas. Pero, de algún modo, había conseguido combustible para aquel hermoso fuego y un inusual recipiente en el que transportarlo. Y, como comprobé, una botella de ginebra. Por alguna razón, había decidido traerlo todo a aquel lugar.

Cerca de él estaba sentada la más desdichada de todas las holgazanas, con su cuerpo medio desnudo, su cabeza infestada de tiña, y el resto de su andrajosa figura cubierta por el impermeable que Ivy Meshle le había dado dos días antes.

El impermeable que había pertenecido con anterioridad a una mujer que cargaba un cesto y vendía limpiaplumas.

—¡Hermana! —exclamó cuando vio que me acercaba, con una voz animada pero arrastrando las palabras a causa del alcohol—. ¡Hermana, tómese un vasito de ginebra!

No necesitaba responder, puesto que la hermana del velo negro nunca pronunciaba palabra. Tampoco fue necesario rechazar su hospitalidad ni tan siquiera con un gesto: las holgazanas estaban acostumbradas a mis maneras. En silencio, empecé a tenderles hogazas de pan ante las que las pobres ancianas se abalanzaron, aunque no con la desesperación que solían en sus circunstancias habituales.

—... me quedé viuda. Cosí hasta que perdí la vista... —parloteaba la mujer del impermeable dirigiéndose al anciano que, evidentemente, le había pedido que relatara su historia.

Como, debido a mi «mudez», yo no podía hacerlo, escuché llena de curiosidad mientras fingía no hacerlo.

—... después traté de vender flores delante del teatro, ¿sabe?, pero cuando llueve, los ricachones no se paran a comprar ramilletes para las damas. Ahí estaba yo, chaparrón tras chaparrón, hasta que cogí un catarro. Una cosa llevó a la otra y me echaron de la habitación, y en mi primera noche en un albergue de mala muerte, un demonio sin corazón me robó el poco dinero que llevaba encima y mi ropa. Las botas, el vestido y el delantal, mis... bueno, todo, menos la muda con la que dormía. Me fui a fulano y a mengano a llorarles, pero nada. Y aquí estoy, en las calles, pasando frío y hambre, porque ¿cómo voy a encontrar trabajo si no tengo nada decente que

ponerme? No —dijo en respuesta al hombre, que le ofrecía otro trago de ginebra—. No voy a tomar más de eso o caeré redonda, más que de costumbre.

De hecho, más de una vez había visto cómo las ancianas se caían al tratar de caminar. Hasta aquel punto llegaba su miseria extrema.

—Dios no quiera que esa mala fortuna haya alcanzado a mi pequeña Ivy —dijo el viejo de la barba gris.

¿«Ivy»?

Solo el hecho de que ya estaba fingiendo no escuchar impidió que me delatara. Tal vez, para ser exactos, seguramente me sobresalté o me puse tensa... pero en plena noche y a la luz parpadeante del fuego, dudo que alguien lo apreciara.

Y, de todas maneras, el hombre encorvado y harapiento no me miraba a mí, sino a la holgazana con el impermeable.

—Mi pequeña nieta, de no más de catorce años, en este mundo cruel. No hace ni una semana que salió con una cesta a vender limpiaplumas y cosas por el estilo...

El corazón me empezó a latir con fuerza.

—... con las lágrimas, según me dijeron, que caían por sus mejillas de la miseria...

Sentí el dolor más profundo que pueda existir en mi pecho.

—... y desde entonces no he vuelto a saber de ella.

Quería salir corriendo.

Pero consciente de que no tenía que mostrar señal alguna de lo que sentía, continué pasando comida y acercándome al forastero.

¿Forastero?

En cierto sentido.

—Llevaba un impermeable muy parecido al suyo —decía con un acento de clase baja impecable—. Sin ánimo de molestar, ¿de dónde lo ha sacado...?

Antes de que pudiera acabar de formular la pregunta, coloqué un pastel de carne delante de su nariz.

El hombre se dio la vuelta para aceptarlo. En aquel rostro mugriento, entre la gorra y la barba sucias, advertí unos ojos grises y astutos que me miraron.

—Oh, gracias.

Desde lo más profundo de mi ser, me recordé a mí misma que no podía ver más que una silueta casi sin forma, envuelta en un manto y un velo en la oscuridad de la noche.

—¿Hace la ronda por estos barrios, hermana? —me preguntó—. Le pido disculpas, pero ¿no habrá visto por casualidad a una chica delgada como un palo que se hace llamar Ivy?

Le tendí un trozo de queso con el que acompañar el pastel de carne.

—Es alta para su edad —continuó—. Si le dieran de comer guisantes, de lo delgada que está, parecería un rosario.

—La hermana de las calles no va a contestarte —le dijo una de las ancianas—. Nunca dice nada.

—Discúlpeme. —Un atisbo de su caballerosidad se coló a través de su acento *cockney*—. Gracias por la comida, hermana.

No se imaginaba en absoluto cuánta verdad había en aquellas palabras: yo era ciertamente su hermana. Y él, mi hermano Sherlock.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO



A LA MAÑANA SIGUIENTE Y POR PRIMERA VEZ DESDE su visita a Baker Street, Ivy Meshle acudió sin miedo al trabajo. Aquella eficiente secretaria ya no tenía motivo de preocupación, puesto que Sherlock Holmes no la buscaba a ella, sino que iba a la caza de una pobre vendedora ambulante ataviada con un impermeable.

Así que me sentí mejor, aunque también peor, puesto que había percibido cómo la voz de mi hermano se quebraba por la emoción —una emoción genuina, no solo fruto de su interpretación dramática— cuando había descrito a aquella muchacha en los huesos que lloraba su desdicha.

Seguramente era consciente de que no vivía en la pobreza. Sabía que tenía dinero.

Pero también con total seguridad la señora Hudson le había explicado cómo lloraba desconsoladamente cuando me dejó pasar.

¡Maldita sea! Obcecada en recuperar mi cuadernillo de acertijos, no había pensado en cómo podría afectarle aquella noticia.

¿Cómo, cómo podía asegurarle a mi hermano Sherlock de que me encontraba en perfecto estado?

Aquellos pensamientos ocupaban mi mente cuando entré en el Gabinete del Dr. Leslie T. Ragostin, perditoriano científico.

—¡Buenos días, mi señora! —exclamó el entusiasta chico uniformado mientras me tomaba el sobretodo.

—Joddy —le dije con un tono algo áspero—. ¿Has pensado alguna vez qué pasaría si alguno de tus jefes te cambiara tu ridículo nombre a James, Cecil o Algernon, solo porque le apeteciera?

—Mmm... pues no, mi señora. Quiero decir: no, señorita Meshle.

—Precisamente a eso me refería, Joddy. Prefiero que te dirijas a mí como señorita Meshle. Por favor, si eres tan amable, tráeme los periódicos matinales y una taza de té.

Inspeccioné las páginas con disgusto, puesto que todavía no había ningún mensaje de mamá.

Bueno, seguro que en un día o dos...

Pero deseaba desesperadamente que mamá me aconsejara sobre qué hacer con Sherlock. Sin la ayuda de su gran sabiduría, ¿cuál sería mi siguiente paso? ¿Enviar a mi hermano una carta para tranquilizarlo?

Con lo endiabladamente astuto que era, ¿y si lo conducía hasta mí?

¿Tal vez dirigirle un mensaje similar en los anuncios personales del periódico?

Sin embargo, de hacerlo, incluso cifrado, airearía nuestras desavenencias familiares. No podía arriesgarme a herir el orgullo de Sherlock más de lo que ya lo había hecho. Además, con toda seguridad, mi hermano Mycroft, un trozo de carne sin sentimientos que hasta el momento no me había causado muchos problemas ni quebraderos de cabeza, vería el mensaje y se armaría tal revuelo que... No podía siquiera imaginarlo.

No sabía qué hacer.

Me senté tras el escritorio con un ánimo taciturno dispuesta a revisar la exigua correspondencia del doctor Ragostin, aunque enseguida me descubrí garabateando una caricatura de mi hermano con su gorra y su flequillo caído en los papeles que había descartado. Inexplicablemente, me sentí algo mejor. Desde siempre, cuando estoy enojada o inquieta, siento el impulso de dibujar..., así que cogí un manojo de hojas de papel y empecé a trazar fervientemente. A Sherlock de nuevo; después, a Mycroft; a continuación, a mamá; luego, a otros. Rostros, mayormente. La chiquilla harapienta que había barrido la calle para que yo cruzara. Las holgazanas en los escalones del hospicio. *Lady* Theodora con sus joyas negras. Mi mente había tomado su propio rumbo. Dibujé el rostro de Alexander Finch.

Y ante mi sorpresa, lo pinté con una expresión desdeñosa y desagradable.

¿De dónde salía aquello?

Reclinándome, cerré los ojos y traté de recordar mi visita a los almacenes Ebenezer Finch e Hijo. Los recuerdos resonaban en mi mente:

«... la mezcla de colores que se esperaría de un anarquista confeso».

«Había estado leyendo *Das Kapital* y discutimos la explotación de las masas».

«Quería que le mostrara el proletariado».

«... lo que creo es que salió por la puerta principal y que colocó la escalera ella misma».

¿Había sido lo del padre de Alexander Finch un simple arrebató de cólera o tal vez había llamado a su hijo anarquista?

Sabía que acusaban a los «anarquistas» de los ataques y explosiones en la estación de Victoria, las oficinas del *The Times* y, más recientemente, en la Torre de Londres. Pero más allá de lo que leía en los periódicos, no sabía nada de aquellos asesinos forasteros ni de sus sociedades secretas. ¿Eran los anarquistas como los marxistas?

¿Quería Alexander Finch hacerme creer que *Lady Cecily* era una marxista?

Y, de ser así, ¿por qué no había mencionado en absoluto dichas convicciones en sus diarios privados?

Alexander estaba convencido de que ella misma había colocado la escalera debajo de la ventana. Pero, habiendo tenido el placer de conocer a tan delicada dama, debería haber sabido

que aquello era, simplemente, imposible.

Lady Cecily había conocido a Alexander Finch. *Lady Cecily* se había carteadado con Alexander Finch. *Lady Cecily* había explorado Londres con Alexander Finch. Y *Lady Cecily* había desaparecido.

Seguramente aquella no era una sucesión de acontecimientos totalmente casual.

Sin embargo, la policía no había logrado dar con ella por medio del muchacho y lo vigilaban constantemente...

O, al menos, eso decía él.

Qué estupidez por mi parte haber aceptado su palabra, y la de *Lady Theodora*, de que lo tenían bajo custodia constante...

¿Cuánto sabía realmente sobre Alexander Finch?

Muy poco.

Me levanté del escritorio para ir a hablar con él de nuevo.

Sin embargo, esta vez no sería Ivy Meshle la que partiera rumbo a los grandes almacenes, sino la señora Ragostin. Aunque no exactamente la señora Ragostin, porque me atavié con un lujoso vestido de día de seda aterciopelado muy elegante y decidí no comportarme con timidez. Alexander Finch me había tratado de «mi señora»; pues bien, sería una señora —o al menos una dama de la aristocracia— y vería qué ocurría. Pagué los seis peniques de rigor por cada kilómetro y medio y llegué a Finch e Hijo montada en un carruaje.

En un cabriolé, descubierta a pesar del frío, porque quería hacerme con una buena visión del exterior del edificio.

Arrebujada en mi cálida y larga capa de piel, no me apeé inmediatamente del carruaje cuando este se detuvo ante el establecimiento. Me tomé mi tiempo para observar: no para contemplar el edificio de los grandes almacenes en sí, aquel brillante palacio mercantil de latón, gas y cristal, sino para estudiar con atención las plantas superiores, donde se alojaban los dependientes. Las buhardillas. Las dobles vertientes del tejado. Las cañerías.

Las dobles vertientes de los tejados y las cañerías de los edificios que se erigían a ambos lados, muy próximas a aquellas buhardillas.

Mientras tanto, un agente de uniforme con cara de aburrido estaba plantado al otro lado de la calle, sin duda vigilando la puerta principal en caso de que Alexander Finch decidiera salir.

Vaya.

Una vez que me apeé del carruaje y lo despaché, me dirigí hacia los grandes almacenes con mis manos enguantadas en seda dentro del manguito de piel, mi sombrero adornado con plumas de avestruz y mi falda arrastrándose regiamente.

—Me gustaría hablar con el joven señor Alexander Finch —exigí con condescendencia al primer dependiente con el que me topé.

Era un muchacho pecoso, delgaducho y enfermizo que balbució antes de chirriar una respuesta.

—Ah... Alexander Finch, eh... no estoy seguro de que esté en estos momentos en la tienda, mi señora.

Alcé las cejas con ira fingida y sorpresa genuina: ¿aquel desventurado dependiente estaba más asustado del joven Finch que de mi persona?

Recordé cómo la grácil muchacha del mostrador de los zapatos había salido despavorida ante la orden del joven Finch.

En aquel momento desafortunado, una pregunta vino a mi mente: ¿Por qué aquel peculiar joven había escogido ese preciso lugar, el departamento de calzado, para conversar conmigo, y había pasado de largo por el de, por ejemplo, los guantes?

«Porque le gustan las botas», supuse. Especialmente las de cordones. Parecía disfrutar estirando los cordones, casi estrangulando.

Un horrendo escalofrío me recorrió de arriba abajo, como si mi cuerpo se hubiese adelantado y lo hubiese comprendido un momento antes que mi mente. De hecho, me sentí repentinamente tan débil que me tambaleé.

—¿Mi señora? —La voz nerviosa del dependiente parecía llegar desde una distancia muy lejana.

Tan lejana como las voces que oí aquella noche, mientras recuperaba la conciencia con un garrote todavía alrededor del cuello. Me acordé del terror, de la ofuscación, de la niebla, del hombre indescriptible que me levantaba el velo.

Recordé dónde había visto el rostro de Alexander Finch.

—¡Ayuda, que alguien me ayude! —gritó el dependiente pecoso—. ¡Se va a desmayar!

Una idea excelente, puesto que mis intenciones habían dado un giro de ciento ochenta grados. En aquel preciso momento, quería evitar a toda costa hablar con Alexander Finch; no debía verme. Y aunque nunca antes había fingido un desmayo, parecía bastante sencillo. Puse los ojos en blanco al mismo tiempo que los cerraba y empecé a dejarme caer hacia el suelo.

—¡Sujétala, hombre! —dijo otra voz masculina en un acento probablemente *cockney*, muy cerca de mi oído mientras me sostenía por debajo del codo.

El dependiente delgaducho, creo, me agarró el otro brazo, y en aquel momento me desplomé en las manos de mis salvadores mientras estos se apresuraban a trasladarme por una puerta a algún lugar contiguo a la tienda.

—Tumbala en ese banco —dijo otra voz, esta vez de mujer—. ¿Quién es?

—Ni idea. Quería ver al joven señor Alexander.

—¡Uy! Pues alguien debería prevenirla.

Noté que colocaban mi cuerpo con bastante delicadeza, teniendo en cuenta lo incómodo de un banco de madera. Alguien empezó a desabrocharme el cuello. Entreabrí los ojos lo suficiente como para mirar furtivamente por entre mis pestañas y vi que mi buena samaritana era una sirvienta de mediana edad. El banco, de respaldo alto, estaba situado ante el hogar y no me permitía ver el resto de la estancia, pero supuse —solo por aquella pieza de mobiliario tan tosca— que me habían llevado a la sala donde los dependientes comían y tomaban té.

—¿Y para qué quería verlo? —preguntó una voz masculina.

—No lo sé. Nerviosa sí que estaba.

—Por su atuendo, ¿no creéis que es la mujer del dueño de un astillero o algo parecido? ¿O del propietario de una fábrica? Con todo el alboroto que está causando el joven, igual ha venido a hacerlo entrar en razón.

—Siempre he dicho que los de las fábricas son peligrosos, y en especial las cerilleras. —Evidentemente, la sirvienta, que me desabrochaba los gemelos para frotarme las muñecas, consideraba que estaba al mismo nivel que los dependientes, pues decía lo que pensaba—. Ellas y su huelga. Se han quejado con obstinación de sus condiciones insalubres y míralas ahora, solo trabajan catorce horas al día...

—Ya no se dedica a agitar a las cerilleras... Ahora instiga a los hombres del puerto...

—... y me trae sin cuidado en qué emplean todo ese tiempo libre, que hagan lo que quieran...

—... y a los carreteros y a esa gente.

—... que mancillen su reputación, que convenzan a las buenas muchachas a abandonar el servicio doméstico... Y ahora, esta pobre dama desmayándose y con nadie que la cuide como es debido... ¿Dónde están las sales aromáticas, por el amor de Dios?

—¡Ya va! ¡Aquí!

Con los ojos cerrados firmemente de nuevo, permanecí inmóvil mientras ponían aquel fuerte reconstituyente ante mi nariz y me obligué a no reaccionar, puesto que deseaba escuchar más de aquella conversación. Mientras que mi cuerpo y mi rostro parecían indiferentes, o eso esperaba, mi mente saltaba, gritaba y se agarraba como un chiquillo al que le acaban de ofrecer confites: ¿Instigar? ¿Alexander Finch? ¿Trabajadores del puerto? ¿Cerilleras? ¿Huelga? ¿No había balbuceado algo Joddy acerca de cerillas y paradas?

—Por lo que he oído, los carreteros están siendo sensatos, pero en los muelles se ve que es una olla a presión a punto de explotar con eso de los derechos de los trabajadores o como lo llamen.

—No vuelve en sí —dijo mi enfermera con preocupación—. Traedme unas tijeras para cortarle la cinta del corsé.

Oh. Oh, no. No podía permitir que viera el corsé. Moví mis párpados ligeramente.

—Un momento —dijo la amable mujer.

Al mismo tiempo, una voz inconfundible rugió desde algún lugar cercano.

—¿¡Qué está ocurriendo aquí!?! ¡Regresad a vuestros puestos!

—Sí, señor Finch.

—Sí, señor.

—La dama se ha desmayado, señor.

—¿Dama? —bramó el viejo Finch—. ¿Qué dama?

Proferí un gemido para que su atención saltara de los dependientes hacia mí.

—Bien, pues llamad a un doctor —vociferó—. Y vosotros, los hombres, volved al trabajo. No hacéis nada aquí, merodeando alrededor de una dama tumbada.

La puerta se cerró de golpe tras sus voces. Abrí los ojos, sonreí débilmente a la sirvienta y le agradecí sus cuidados diciéndole que ya me sentía mejor. Pero mi mente, que aunque estaba a punto de reventar todavía quería más confites, quedó atrapada en aquel «merodeando». ¿Sería tal vez Alexander Finch solo un transeúnte que casualmente «merodeaba por allí» la noche en que me quedé inconsciente, tirada en medio de la calle?

¿Tan solo unos días después de la desaparición de *Lady Cecily*?

¿Cuándo se suponía que la policía lo estaba vigilando estrictamente?

Cada uno de aquellos pensamientos me provocaba más mareo, debilidad y náuseas, pero me obligué a sonreír, a incorporarme y a abandonar la tienda. Unos asuntos de suma urgencia requerían toda mi atención.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO



ANTES DE QUE AQUEL DÍA SOMBRÍO Y CARGADO de hollín diera paso a una noche incluso más oscura, regresé al barrio de Ebenezer Finch e Hijo. Me ahorraré los detalles en lo que respecta a los riesgos que corrí en el camino para no ser detectada; en breve, después de volver a transformarme en la señorita Meshle en el despacho del doctor Ragostin, me dirigí a mi alojamiento, evité a la señora Tupper para poder salir vestida de monja, ataviada con el hábito y el tupido velo que, aunque me convertía en objeto de la curiosidad, ocultaba totalmente mis rasgos. Percibí las miradas de los transeúntes al salir de la estación de St. Paneras; aquellos londinenses no me habían visto antes. En aquella zona bastante próspera no necesitaban la ayuda de la hermana de las calles.

Aunque no me había aventurado hasta allí para realizar obras de caridad. Había llegado con las manos vacías, por decirlo de alguna manera, excepto por lo que ocultaban mis dedos enguantados debajo del manto, unidos como si estuviera rezando una oración: la empuñadura de mi daga.

No me acerqué siquiera a la fachada resplandeciente de los almacenes Ebenezer Finch e Hijo. En lugar de eso, me aproximé por la parte trasera a aquel establecimiento tan seductor, a través de un laberinto de callejuelas en las que se perpetuaban las caballerizas y los establos, y me detuve en la sombra de un palomar para evaluar el terreno. De nuevo, examiné las ventanas del edificio Finch, el tejado y los canalones con un interés que la arquitectura no había sabido despertar en mí, como si fuera la primera vez que contemplaba un edificio como una estructura a la que encaramarme. Igual que si estuviera considerando la mejor manera de subir y/o bajar de un árbol de hoja caduca, tracé diversas rutas con mi mirada hasta que me decidí por una de ellas.

Una vez que hube anticipado por cuál de los pasajes traseros que se oscurecían rápidamente descendería Alexander Finch, me retiré de nuevo hacia las escondidas callejuelas, tracé un circuito y busqué un portal en el que protegerme mientras esperaba.

Justo al anochecer, antes de que hubiera caído la noche por completo, tal como esperaba

puesto que debía tener algo de claridad para ver por dónde bajaba y no podía permitirse llevar un farol ante el riesgo de que lo descubrieran, apareció. Era como una especie de gusano que se arrastraba en sus rodillas y codos por las tejas y las tablillas del tejado, con la cabeza gacha y manteniéndose fuera de la visión de cualquier agente que estuviera de guardia en la calle o en la puerta trasera de la tienda. De vez en cuando lo perdía tras los conductos de las chimeneas, pero siempre reaparecía al cabo de un breve instante. Con una facilidad pasmosa que sin duda demostraba cuántas veces había hecho lo mismo en el pasado, fue colgándose entre los huecos pasando de edificio a edificio. Cuando alcanzó el final de la fila de casas, bajó a los aleros, se giró y se dejó caer por el canalón hasta la tapa de madera de un barril de agua y, después, hasta la gravilla del pasaje que el tendero de la esquina utilizaba para el reparto.

Cuando inspeccionó a su alrededor, solo pude intuir su pálido rostro, con las gafas y todo lo demás. En lugar de las elegantes prendas con las que lo había conocido, vestía la franela oscura y áspera y la pana de un trabajador, y una gorra de tela. Tan pronto como se hubo asegurado de que no había nadie cerca —o, al menos, eso creía— se dirigió a grandes pasos hacia la calle.

Dejé que se alejara una distancia considerable antes de salir de las sombras y seguirlo.

Aquel barrio, al noroeste de Londres, no era ni remotamente tan pobre como el East End: en las esquinas no esperaban señoritas de la noche ni había llaves de agua; los moradores de aquella zona tenían sus propios vicios y sus propias cañerías, aunque tampoco era elegante ni rico. Era más bien anodino, como el rostro de Alexander Finch, con las calles ni pobladas ni desiertas; una zona que conocía más bien poco. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había estado en aquella parte de la ciudad: para visitar al doctor Watson, para allanar la residencia de mi hermano Sherlock y dos veces más para «comprar» en los grandes almacenes Ebenezer Finch e Hijo. Cuatro veces, sin contar la empresa que me ocupaba en aquel momento. No es de extrañar que casi me extraviara mientras seguía a Alexander Finch.

Y en varias ocasiones estuve a punto de perderlo. Casualmente, era una noche bastante menos espesa de lo habitual, pero, aun así, la oscuridad me envolvía. Había visto el alumbrado eléctrico a lo largo del Embankment, en los terraplenes a orillas del Támesis... Totalmente sorprendente: casi convertía la noche en día. En comparación, las llamas ondulantes de las farolas de gas no vencían a la noche, sino que solo la interrumpían. Durante la mayor parte del tiempo, Alexander Finch, al igual que los otros transeúntes, fue una sombra entre las sombras; solo lo podía ver con claridad cuando pasaba justo por debajo de una farola.

Para que él tampoco pudiera verme, caminé por el centro de la calle, una osadía que espero no tener que repetir. Durante el día habría sido peligroso; en la noche cerrada, y ataviada de negro de la cabeza a los pies, lo era doblemente. Incluso aunque llevaban las lámparas de carbón encendidas, los cocheros no podían distinguirme y varias veces tuve que esquivarlos para que no me atropellaran con sus carruajes, algo que no resultó sencillo, puesto que el pavimento estaba compuesto de materias indescriptibles, porquería congelada y estiércol de caballo. Estuve a punto de caerme más de una vez, y en una ocasión resbalé y tuve que rodar por encima de los adoquines para evitar que me pisotearan los cascos de hierro de los caballos. Me costó incorporarme, pero conseguí arrastrarme con la falda y el manto húmedos justo a tiempo para salir del paso de un caballo clydesdale que trotaba con grandes clop-clop mientras tiraba de un carro lleno de troncos de madera.

De hecho, habían aparecido muchas carretas y carros; por lo que pude reconocer, Alexander

Finch me había conducido hasta una zona de almacenes adyacente al gran mercado de productos agrícolas de Covent Garden. ¿Adónde diablos...?

Pero mientras lanzaba aquella pregunta al aire, vi cómo se detenía ante una puerta decrepita sobre la que un cartel mal escrito anunciaba:

CAMAS SEIS PENIQUES/NOCHE
SALA DE MUJERES OCHO PENIQUES
TÉ, PAN Y AGUA PARA LAVARSE APARTE

En otras palabras, la versión más pobre de un albergue o casa de huéspedes común, con catres puestos en fila e infestados de pulgas y piojos, el tipo de lugar en que a la desdichada «holgazana» sin pelo de los escalones del hospicio le habían robado las pocas posesiones que le quedaban. El tipo de lugar en que, a cambio, se contagió de tiña.

Supuse —aunque no podía dar crédito a lo que estaba pensando— a quién esperaba encontrar allí el joven Finch.

Pero en lugar de llamar a la puerta, rodeó la esquina del mugriento edificio y lo perdí de vista.

Plantada al otro lado de la calle, como una estatua negra cubierta de mugre, me mordí el labio, porque, lo admito, sencillamente no sabía qué hacer. Si lo seguía por las estrechas callejuelas entre los edificios, con toda seguridad se daría cuenta. Pero... si no lo hacía...

Tenía que seguirlo.

Pronuncié una maldición entre dientes y, a grandes zancadas, crucé la calle. Pero, para mi sorpresa, al aproximarme al albergue, un hombre extraño salió de las sombras en las que debería estar Alexander Finch. Un hombre con largos cabellos negros y una barba negra muy poblada en forma de pica. No llevaba gafas y solo se distinguía la piel alrededor de sus ojos, pálida entre la barba, y aquella mirada... Aunque no me miraba, noté su intensidad. Incluso en plena noche pude ver lo extrañamente brillantes que eran sus ojos, casi plateados. Me quedé boquiabierto debajo de mi velo y solo gracias a una ardua disciplina mental conseguí no chillar.

Aquel hombre era Alexander Finch. Disfrazado. Pero no lo hubiera reconocido si no hubiese sido por la gorra de tela, la camisa de franela, la chaqueta de pana y los pantalones que llevaba.

Absorto en sus asuntos, no había reparado en mí entre los otros transeúntes. Cuando se giró de espaldas para llamar a la puerta del albergue, me deslicé hacia el escondite que acababa de abandonar el joven.

Llamó fuertemente, con impaciencia, hasta que la puerta se abrió. Entonces, con una voz agridulce preguntó:

—¿Quiere mi señora salir a tomar el aire?

Ella no respondió, sino que simplemente salió de la oscuridad de aquel portal como si fuera un animal asustado. De hecho, yo no habría encerrado ni a un perro en aquel agujero.

—Dame el farol.

¿La muchacha llevaba un farol? Eso parecía. Percibí movimiento y Alexander Finch prendió una cerilla.

Y tuve que obligarme a contener un grito de nuevo, pues mis ojos contemplaron por primera vez a *Lady Cecily*. Si él no me hubiese conducido hasta ella, no la habría reconocido... De hecho, creo que ni siquiera su madre habría reconocido aquel rostro demacrado, pálido, aquella maraña de cabellos sucios debajo del trozo de tela que cubría su cabeza, aquellos hombros que temblaban

de frío, abrigados solo con un chal, aquella falda andrajosa y hecha jirones, aquellos pies envueltos en harapos. Únicamente podía creer lo que veían mis ojos porque mi lápiz había dibujado en numerosas ocasiones aquellos delicados rasgos.

Lady Cecily, una mendiga cargada con un gran cesto.

El joven encendió el farol y se lo devolvió. Ella musitó unas palabras, aunque lo hizo de forma tan tímida que no pude oírlas.

—Primero, el trabajo —respondió él en voz alta—. La comida, después.

Ella murmuró de nuevo, rogando con sus enormes ojos.

Pero en aquella ocasión, en lugar de responder, él resopló en señal de exasperación, la miró y apuntó hacia su rostro con las yemas de los dedos como si estuviera pasándole algún tipo de fluido desde su interior. Su rostro se había vuelto rígido y sus extraños ojos claros brillaban fieros y concentrados. Sus manos trazaron varias pasadas sinuosas alrededor de su cabeza y después bajaron hacia sus hombros. No lo habría creído de no haberlo visto: sin tan siquiera tocarla, la sometió a su poder. Todas sus esperanzas y súplicas, el poco espíritu que le quedaba desaparecieron de sus ojos y permaneció erguida como si fuera una extraña muñeca de porcelana, famélica y harapienta, en el interior de una campana de cristal negra por el hollín.

—Primero el trabajo —repitió su amo—. Después, la comida.

Sin dirigirle de nuevo la mirada, aquel canalla de cabellos salvajes y barba negra se puso en marcha en dirección a la estación de Paddington, y ella lo siguió renqueando, cargando con el farol y la cesta, como si fuera una pordiosera atada a su brazo. No era más alto que la mayoría de jóvenes, pero la muchacha, cabizbaja, apenas le llegaba al hombro.

Muy por detrás de ellos, pero permitiéndome el lujo de caminar por terreno pavimentado, los seguí, con una algarabía de horror, curiosidad y especulaciones en mi mente, puesto que todavía no podía asimilar los hechos de los que acababa de ser testigo. Y durante aquel intervalo de tiempo todo mi ser, incluso mi propia piel, se estremecía de urgencia por hacer algo, por ayudarla de alguna manera, por intervenir... pero ¿cómo? ¿Y contra qué, exactamente?

Todavía no podía entender la situación y actuar. Solo podía observar.

En una esquina frente a una taberna, varios hombres se apiñaban bajo una farola. Vi cómo Alexander Finch, con *Lady Cecily* arrastrándose detrás de él como si fuera una niña, se detenía a saludarlos. Después de los apretones de manos, colocaron un cajón de madera, y Alexander —o el impostor de barba negra en el que apenas reconocía a Alexander— se subió a la tarima improvisada y empezó a hablar. Me mantuve en las sombras, demasiado lejos para escuchar lo que decían, aunque aun así oí algunas referencias a la «opresión capitalista», al «imperio construido sobre las espaldas de los trabajadores explotados», a los «derechos de los trabajadores» y cosas por el estilo. Indudablemente, estaba contemplando cómo Finch, la «influencia externa» de la que hablaban los columnistas de los periódicos, instigaba el malestar entre la clase trabajadora, especialmente entre los carreteros y los trabajadores portuarios, tal como habían dicho los dependientes de los grandes almacenes. No me sorprendía en absoluto que supieran de las actividades nocturnas de su joven amo; los sirvientes y demás siempre lo saben todo, aunque jamás comentan nada, excepto entre ellos.

Antes de subir a la tarima de parlamentos, Alexander había dado instrucciones a *Lady Cecily*, y ahora esta estaba de pie a una corta distancia de él, debajo de otra farola sujeta a la pared del edificio que hacía esquina, introduciendo la mano de manera mecánica en su cesto y ofreciendo a

cada persona que se detenía a escuchar un objeto pequeño y blanco.

¡Vaya! Joddy había dicho que la había visto con unos «papeles».

Panfletos. De un sindicato de trabajadores o algún tipo de grupo agitador similar.

En aquellos momentos, una considerable muchedumbre de hombres, y algunas pocas mujeres, se habían reunido para escuchar la arenga de Alexander Finch. Tal vez, si me acercaba, mi presencia pasaría inadvertida: ¿otro mero transeúnte que daba la casualidad de que era una monja?

Después de considerarlo unos instantes, decidí arriesgarme.

Tratando de no mostrar ni prisa ni dudas, caminé hacia *Lady Cecily*.

—¡... el opio de las masas! —proclamaba el barbudo Finch desde su... sí, creo que, de hecho, era una caja de jabones—. ¿O no lo demuestra claramente el himno favorito de cualquier niño inglés aristócrata: «A todas las criaturas, pequeñas y grandes, las hizo el Señor: al hombre rico en su castillo, al hombre pobre a sus puertas; el Señor los hizo a todos, nobles y humildes, y les otorgó sus posesiones»? ¿Ha decretado el buen Dios, como dice la canción, que tres cuartas partes de la población vivan y trabajen en unas condiciones tan míseras como para acabar con los huesos y la mente atrofiados, mientras que unos pocos favorecidos ocupan su tiempo a que sus criados les cambien el atuendo cinco veces al día?

No se podía sino admirar el fervor y la claridad con la que hablaba. Era brillante. Yo misma estaba de acuerdo con gran parte de lo que decía. Resultaba difícil de creer que fuera el autor de las repugnantes fechorías que, según sospechaba, había cometido.

Aunque se podía tener razón, decir verdades y continuar siendo un villano.

Y allí estaba *Lady Cecily*.

Varias cabezas se giraron hacia mí cuando llegué al extremo del grupo congregado, pero la mayoría de los que había en aquella esquina solo quería escuchar, ya fuera con sorpresa o con admiración. En lo que respectaba a Finch, estaba tan entregado a su discurso que suponía que no repararía en aquella hermana de la caridad cubierta enteramente de negro y con el rostro velado. O, de hacerlo, supuse que en aquel preciso momento no recordaría nuestro encuentro previo, en lo que fueron para mí las condiciones más desagradables.

Y en cuanto a la chica con el cesto, seguía tan lánguida como el hollín que caía a nuestro alrededor, e igual de silenciosa. Únicamente cuando pasé justo a su lado, tomó uno de aquellos papeles con poco entusiasmo y me lo tendió.

Era necesario que la hermana de las calles, que nunca pronunciaba palabra, hablara aquella noche, aunque fuera por primera y última vez.

—*Lady Cecily* —murmuré a su figura inerte mientras aceptaba el panfleto.

No me devolvió la mirada.

—*Lady Cecily!* —dije en voz baja, cerca de su oído. Estoy segura de que me oyó.

Pero siguió sin responder, ni con un parpadeo, una respiración o una mirada, ni siquiera con un sobresalto.

—¡Nos hemos reunido pacíficamente en dos ocasiones, como es nuestro derecho! —declaraba con pasión el orador desde la plataforma en la esquina de la calle—. ¡Dos veces nos hemos manifestado hasta Trafalgar Square bajo las banderas de seda de nuestros gremios para exhortar al Londres del West End a que se acuerden de nosotros...! ¡Y la policía nos ha golpeado con sus porras! Y después de retirarnos, heridos y derrotados, esto es lo único que un miembro del

Parlamento ha osado decir: «Es de mal gusto que la gente exhiba su hambruna insolente ante la clase alta y los comerciantes de la ciudad. Tendrían que haberse quedado muriéndose de hambre en sus desvanes».

En aquel momento, la multitud desbordaba la calle hasta la acera de enfrente, pero entre aquellos que allí estaban no se oía ni un sonido, excepto la voz del orador de cabellos oscuros. La mirada plateada e intensa de Alexander Finch recorría la muchedumbre con magnetismo, la atravesaba y todos los allí presentes miraban a un solo hombre, como en trance. Lo miraban como si estuvieran...

Finalmente, permití que mis pensamientos más profundos tomaran forma.

... como si estuvieran mesmerizados.

Igual que *Lady Cecily*.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO



EL MESMERISMO, UN ENTRETENIMIENTO EN LAS SALAS de espectáculos y un divertimento en los salones privados.

Si no lo hubiese visto, no lo habría creído.

Pero había sido testigo de cómo lo había hecho con *Lady Cecily*. Aunque brevemente, había visto cómo realizaba los pases magnéticos con sus manos y cómo se introducía en ella con su mirada, igual que lo había descrito la señora Bailey, entre otras cosas. Y en aquel momento *Lady Cecily* estaba frente a mí en la esquina de una calle, lánguida, vestida con harapos, como una autómeta, olvidándose de su hambre para distribuir panfletos anarquistas.

Con solo mirarla, quería gritar de frustración. Deseaba ayudarla desesperadamente, liberarla, rescatarla, hacer algo..., pero ¿qué?

¿Ir en busca de un agente de policía? No estaría al corriente de la desaparición de *Lady Cecily* y, por tanto, no tendría motivos para detenerla.

¿Salir corriendo y desvelarle a *Lady Theodora* todo lo que sabía, y esperar a que ella movilizara a las autoridades? Aquello tomaría horas, tal vez incluso un día entero. ¿Y si mientras tanto algo le ocurría a *Lady Cecily*?

—¡Que nos envíen a su policía imperialista! —gritaba su captor a la multitud de la calle—. ¡Que nos den otro Domingo Sangriento! ¡La próxima vez teñiremos nuestras banderas con la sangre de nuestras cabezas golpeadas! ¡La próxima vez ondearemos las banderas rojas de la revolución!

Y ante estas palabras, los hombres lanzaron sus gorras desgastadas hacia el cielo, gritando salvajemente y vitoreando a su nuevo mesías.

Sin embargo, yo sabía que debajo de aquella peluca negra y de la barba falsa no había ningún héroe de la clase obrera.

Era un impostor. El hijo de un rico tendero.

Y se deleitaba en el poder con el que dominaba a la muchedumbre.

Aparentemente, le gustaba ejercer la autoridad.

Al observar a aquella pobre muchacha sometida, *Lady Cecily*, supe al instante que no podía darle la espalda ni un segundo si no quería que desapareciera de nuevo.

Tenía que separarla de él. Allí mismo. En aquel preciso momento.

Pero ¿cómo? ¿Desmesmerizándola? Para hacerlo, según había oído, se debían realizar las maniobras magnéticas a la inversa; era impensable que pudiera conseguirlo. ¿Agarrándola y llevándomela a la fuerza? Seguro que gritaría y lucharía, y a mí me perseguirían por secuestro. Seguro que reaccionaría de aquel modo porque, aunque allí repartiendo panfletos con la mirada baja parecía dócil como una paloma, yo sabía que existía otra *Lady Cecily*, no la que pintaba borrosos pasteles, sino la dama zurda que dibujaba oscuros y atrevidos...

Un momento.

Lady Cecily, o la muchacha demacrada y pobre a la que había reconocido como *Lady Cecily*, estaba distribuyendo los papeles ¡con su mano derecha!

Y en el mismo instante en que de forma súbita vino a mí aquella revelación, la luz se hizo en mi mente ignorante, produciéndose tal descarga eléctrica de conjeturas, hipótesis y esperanzas que, con toda seguridad, mis ojos se abrieron tanto como la enorme lente de las linternas que usan algunos policías y ferroviarios. Oculta y protegida gracias a mi velo negro, me quedé boquiabierta.

—¡Por todos mis nobles ancestros! —susurré.

Oh.

Oh, si pudiese hacerlo... Si, tal como suponía, solo la formal, dócil y diestra *Lady Cecily* estaba bajo el influjo del villano y pudiese contactar con la dama zurda...

Si la secreta y rebelde dama zurda permanecía libre, agazapada en el interior de aquella mansa criatura que tenía ante mí, debía comunicarme con ella, y rápidamente, y de forma que provocara una conexión instantánea conmigo, como si fuéramos cables telegráficos.

Guiada más por el instinto que por el pensamiento consciente, intuí cómo hacerlo.

Sus carboncillos habían causado en mí una gran impresión. Algo muy profundo de mi ser se había reconocido en ellos. Casi como si ella y yo fuésemos almas gemelas. Tal vez, y solo tal vez, podría reconocerse en mí del mismo modo.

Así que extraje de uno de mis bolsillos papel y lápiz —que siempre llevaba conmigo—, desdoblé el panfleto político, oculté el papel tras él y de pie, con la luz de la farola a mis espaldas para que solo la lánguida muchacha harapienta pudiera verme, empecé a dibujar.

De nuevo, el instinto, más que el pensamiento consciente, me dictó qué debía dibujar, cómo podía plasmar del mejor modo la libertad tal y como *Lady Cecily* la había experimentado. Al hacerlo, me salieron los esbozos más rápidos y de mayor calidad que había hecho en mi vida.

Dibujé un retrato de *Lady Cecily*, ataviada con unos modernos y elegantes bombachos turcos pedaleando en bicicleta... trazando surcos en la tierra con su propia fuerza, igual que a mí me gustaba hacer. *Lady Cecily*, fuerte y hermosa, sonreía, con el viento ondulando su cabello y agitando las cintas de su sombrero.

Y mientras el lápiz se movía a toda prisa en mi mano, por el rabillo del ojo vi cómo la muchacha pobre y diestra se quedaba inmóvil, olvidando su tarea de repartir aquellas estupideces políticas. Vi cómo se enderezaba, cómo fijaba la mirada en mi dibujo.

Cambié el lápiz de la mano derecha a la izquierda. Torpemente, debajo del dibujo, de derecha

a izquierda y en escritura en espejo, garabateé: «¿Quién...?».

Pero había ido demasiado lejos. La muchacha dejó caer el cesto y antes de que yo pudiera acabar de escribir la pregunta, su mano izquierda se abalanzó sobre el lápiz y el papel y me los arrebató. En absoluto lánguida como el hollín, se plantó ante mí como una llama pequeña y glacial y me preguntó:

—¿Cómo se atreve? ¿Qué cree que está haciendo? ¿Quién es usted?

Afortunadamente, nadie a nuestro alrededor nos prestaba atención. La muchedumbre mostraba a gritos su armonía con Alexander Finch.

—¡Que nos echen a la caballería con sus sables, que nos masacren como hicieron en Peterloo! ¡Resistiremos! —arengaba.

Lady Cecily se expresaba como si ella también quisiera blandir un sable contra mí.

—¿Quién eres?

Y en el fragor del momento —oh, cielos, la metáfora de la batalla se había apoderado de mí—, es decir, en aquel momento de crisis en que no podía pensar en otra manera de calmarla o de responderle, hice algo que la hermana nunca debería haber hecho.

Y que nunca había hecho antes.

Levanté mi velo.

Permití que viera mi rostro.

Mi rostro alargado, plano, «ciceroniano».

Me miró fijamente. Inhaló y dejó escapar el aire resoplando, como si estuviera apagando la luz de una vela.

—Vaya... —dijo con voz queda—, no eres más que una niña.

Continuó estudiándome, perpleja e intrigada a la vez.

—Dibujas maravillosamente bien —añadió.

Recordé sus soberbias obras al carboncillo, que la muchacha no había enseñado jamás a nadie, y algo debió de reflejarse en mi rostro, algo que la hizo sonreír.

—Tú no eres una monja —dijo en un tono ligero como si estuviera bromeando con una amiga—. ¿Qué haces en este ridículo hábito?

Con mi acento más aristocrático, para que supiera que pertenecíamos a la misma clase y que teníamos muchas otras cosas en común, le respondí:

—*Lady Cecily*, yo también podría preguntar...

Quería mofarme de que la hija de un *baronet* iba vestida con harapos. Pero al pronunciar su nombre, *Lady Cecily* se quedó helada y dejó escapar un chillido, casi un grito, sorprendida de que la conociera. Como si no me hubiese oído llamarla por su nombre unos momentos antes. Como si entonces hubiese estado sorda, pero ahora pudiese oírme.

Afortunadamente, su reacción pasó desapercibida entre la algarabía de la muchedumbre.

—*Lady Cecily* —dije de nuevo—, no hay por qué alarmarse. Solo quiero ser su amiga. Llevarla a algún sitio donde esté caliente y segura. Darle de cenar y quitarle estos harapos.

Se miró de arriba abajo, y después alzó sus ojos hacia mí de nuevo, con una expresión salvaje, aterrorizada; a continuación, observó a su alrededor, desconcertada y medio aterrada, como si apenas supiese dónde estaba.

—La compañía en este lugar es de lo más desagradable —señalé con amabilidad—. ¿Vamos?
Tomé su mano izquierda, desnuda y azul —sus pobres manos, agrietadas por el frío—, y tiré de ella para alejarla unos pasos de Alexander Finch y su turba de seguidores.

—¡Los obreros tenemos derecho a unirnos en sindicatos para reclamar un jornal justo! —bramaba aquel orador de la esquina—. ¡Y también unos horarios razonables!

Lady Cecily se paró en seco.

—No —vaciló—. No, yo... No puedo.

—¿Por qué no?

Guardé el mismo tono, suave y regular, porque, sobre todo, no debía turbarla de nuevo, no podíamos arriesgarnos a que Finch centrara su atención en ella. Y en mí.

—Él... mi lealtad... la causa... El nombre de Cameron Shaw pasará a la historia de Inglaterra. Algún día será un gran hombre.

—¿Quién?

—¡Cameron Shaw!

Con una mirada llena de devoción fervorosa, señaló con el dedo índice al agitador de cabellos y barba negros encima de la tarima.

—¿Quieres decir que nunca has oído hablar de él? —me preguntó.

—Estoy ansiosa por conocer todos los detalles de su vida —le contesté con dulzura aunque también diciendo la verdad—. ¿Cómo lo conociste?

—Yo... Fue... bastante extraño...

Con una ceja alzada, volvió a mostrar una expresión de perplejidad, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y temblaba de frío como una chiquilla perdida.

—Vamos —le dije, y tomándola de la mano, me la llevé de allí.

En la primera esquina doblé a otra calle. Alexander Finch, si se giraba, ya no podía vernos. A continuación, con un suspiro de alivio, aminoré la marcha para que *Lady Cecily* pudiera seguirme con comodidad, pues se tambaleaba con sus pies medio congelados envueltos en harapos, pero también para poder orientarme: no sabía dónde estaba ni hacia dónde nos dirigíamos.

Nada me era familiar en las calles vacías que nos rodeaban. Tampoco vi ni oí a nadie. Parecía que aquel vecindario estaba desierto en las noches de invierno, aunque cualquiera, desde un ratero hasta el mismísimo Jack el Destripador, podría haber estado agazapado en las sombras densas y oscuras entre las farolas.

Los dientes de *Lady Cecily* empezaron a castañetear, emitiendo un sonido parecido al de mi rosario, tal era el frío de la noche y su miedo. Nos detuvimos un momento y busqué en mis bolsillos uno de aquellos caramelos reconstituyentes que siempre llevaba encima para dárselo. Mientras le quitaba el envoltorio con torpeza y se lo llevaba a la boca, me quité los guantes de piel y se los puse en sus frías manos. Abrí mi manto y la invité a compartirlo para que se calentara, envolviéndonos las dos con él y colocando mi brazo izquierdo sobre su hombro como si fuera mi hermana pequeña.

Y así nos pusimos de nuevo en marcha, con mi mano derecha rozando la empuñadura de mi daga.

—Entonces, dime —le pregunté una vez más con amabilidad—. ¿Cómo conociste a este...

eh... a Cameron Shaw?

—Yo... Apenas puedo hablar de ello. Pensarás que estoy loca.

—Te prometo que no voy a pensar nada parecido. ¿Cómo ocurrió?

—En un sueño —me contestó—. Se me apareció mientras... mientras dormía, en mi mente, como un ángel de cabellos negros que me convocaba a ser una sierva de su... de su cruzada.

—Ah... —murmuré en un tono que esperaba fuera reconfortante y alentador, aunque tuve que poner en práctica mi más férreo autocontrol para no estremecerme ante la imagen que se formaba en mi cabeza: el villano, disfrazado, a los pies de su cama mientras ella dormía, mirándola con sus ojos espeluznantes, pasando sus manos sobre su inocente sueño para impregnarla con el principio vital de su magnetismo animal y así someterla antes de que pudiera despertarse del todo.

—Fui elegida —dijo la dama temblorosa—. Fui llamada, como Juana de Arco.

—Entiendo.

—Lo comprendes, ¿verdad?

Bien, había conseguido que la furia que sentía no se notara en mi voz.

Alentada, *Lady Cecily* continuó:

—Me desperté en mitad de la noche y no había nadie en mi habitación, pero la llamada era tan intensa que salí de la cama. Sabía exactamente qué tenía que hacer. Había unas humildes prendas de vestir esperándome: una falda, una blusa y un chal, como los que llevaría una lavandera. Me las puse encima del camisón. La ventana estaba abierta. Me subí al alféizar y después fui bajando, bajando...

Aquel terrible recuerdo interrumpió sus palabras y sus pies.

Estábamos en un cruce oscuro como la noche y no reconocía nada en ninguna dirección, ni siquiera un punto de referencia que me permitiera distinguir el este del oeste o el norte del sur.

Escogí a ciegas una calle lateral y continué, arrastrándola conmigo, antes de decirle:

—Por la escalera.

—¿Cómo lo sabes? —pero continuó sin esperar respuesta—. Sí, por aquella escalera tan alta y que temblaba tanto. Estaba muerta de miedo, pero tenía que hacerlo. Él..., ya sabes... Cameron Shaw me esperaba abajo.

—¿Lo habías visto antes?

—¡No, nunca lo había visto! Excepto en el sueño. Esa es la razón de que todo sea tan... extraordinario, ¿comprendes?

Así que no había reconocido a Alexander Finch debajo de aquella peluca y barba falsa.

Alexander Finch. El hijo de un comerciante. Recordé cómo al principio no había visto en él nada más que a un joven insulso. Vestido como un caballero, sí, pero, aparte de la ropa elegante, nada más. Con qué poca emoción, con qué poca voluntad y espíritu había afrontado la reprimenda del viejo Finch.

Pero ahora empezaba a comprenderlo todo: aquella rabia no había caído en saco roto. La había ido asimilando, acumulando. Durante toda su vida.

Y lo había convertido en una persona en la que no me apetecía en absoluto depositar mi confianza.

Lady Cecily se puso rígida debajo de mi brazo, debajo del manto. Como si de repente se hubiera convertido en una marioneta y alguien tirara de las cuerdas, se detuvo y con una voz extraña dijo:

—Tengo que regresar.

—¿Regresar adónde? ¿A tu hogar?

—No tengo hogar.

—Por supuesto que tienes un hogar. La mansión de un *baronet*.

—¿Con papá siempre hablando del colonialismo y de la realización del hombre, eso que el llama «la carga del Imperio» y «el progreso humano», mientras trata de casarme con cualquier cosa que tenga un título y lleve pantalones? No. No puedo regresar allí.

Intensifiqué mi abrazo sobre los hombros de *Lady Cecily*, conmovida por su honestidad. Y por su conversación. Después de casi un año sin haber mantenido una charla de carácter privado con otro ser humano, aquella muchacha —que en cierto modo, se me parecía— despertó en mí una gran simpatía y afinidad.

—Existen otras posibilidades —le dije.

—¿Como cuáles, como la vida que has escogido tú? ¿Cómo has acabado así? ¿Quién eres? Todavía no me has dicho tu nombre...

Y, oh, tenía tantas ganas de decírselo. Anhelaba explicarle todos los detalles de mi vida.

De mi vida extremadamente peculiar, excéntrica y solitaria.

Tal vez... Tal vez, al fin y al cabo, no sería necesario que regresara a su vida en la que pintaba pasteles emborrionados y tomaba el té con la mano derecha.

¿Tal vez, en lugar de eso, pudiese vivir como una hermana... conmigo?

CAPÍTULO DECIMOSEXTO



MIS LABIOS TEMBLARON AL ABRIRSE y mi respiración se aceleró.

—Enola. Me llamo Enola Holmes —me oí decir.

Y todavía le hubiese contado más cosas sobre mí. Se lo hubiese explicado todo de no ser porque, en aquel preciso momento, una voz surgió de la oscuridad.

—¡Cecily! ¡Ven aquí!

La voz de su amo.

No muy lejos.

Desorientada y caminando en círculo, había fracasado en mi cometido de alejarla lo suficiente de él. Y estoy segura de que se podría pensar que exagero cuando digo que noté la presencia de su ira como una fuerza de la naturaleza en la noche, pero no miento: su furia vibraba, palpándose en las negras sombras de hollín.

Sentí cómo *Lady Cecily* se sobresaltaba como un cervatillo aterrorizado, se encorvaba y empezaba a temblar.

—Debo regresar —susurró presa del terror.

—¡No! —la sujeté con fuerza mientras inspeccionaba el vecindario en busca de una escapatoria o un refugio. Por fin reconocí una calle cercana. Había estado antes allí, de visita. Sabía dónde me encontraba y cómo escapar...

Pero ella se zafó de mí.

—¡*Lady Cecily*! ¡No!

Ni siquiera giró su cabeza en señal de despedida. De hecho, parecía no oírme. Tampoco es que huyera a la carrera. Como si fuera sonámbula, caminó alejándose de mí o, mejor dicho, hacia él. Ahora lo distinguía: una forma tenebrosa en la oscuridad al final de la calle. Mientras yo permanecía rígida en las sombras, la muchacha se dirigió hacia él como si fuera ciega, arrastrando sus pies cubiertos por aquellos mugrientos harapos que alguna vez fueron de color blanco.

—¡Cecily!

La vio gracias a la luz de la farola, aunque por su tono, no me pareció que estaba contento de reencontrarla.

Por su tono, más bien intuí que el peligro estaba cerca.

—¿Cómo te atreves a abandonar tu puesto? ¡Ven aquí!

Al parecer, no me había visto ni oído. Todavía. Hice caer el velo para ocultar mi rostro.

Caminaba airado hacia *Lady Cecily*; ella iba a su encuentro. Justo en medio de la calle desierta y sombría, se encontraron, la muchacha cabizbaja como si fuera una chiquilla que había hecho una travesura. Lo oí dirigirse a ella en un tono burlón pero amenazador.

No conseguí captar sus palabras, puesto que toda mi atención estaba centrada en cualquier sonido que pudiera hacer yo, que, en aquel preciso momento, me deslizaba hacia ellos.

Vi cómo él inclinaba su rostro barbudo y exhalaba su aliento hacia el rostro de *Lady Cecily*. Vi cómo ella se encogía.

Di un rodeo por entre las sombras más oscuras y me moví sigilosamente hasta llegar cerca de ellos, muy cerca, sin que se dieran cuenta.

—Escúchame. Ahora escúchame, mocosa inútil —decía mientras yo me aproximaba de puntillas a él por un lateral.

Su ira ya era suficientemente aterradora por sí sola, pero había más: ahora era el mesmerista que le daba órdenes, el magnetista que la dejaba indefensa con su mirada de cobra.

—Me obedecerás o serás castigada. Por tu desobediencia, esta noche renunciarás a tu cena. ¿Qué te acabo de decir? Habla.

Como si fuera un eco de sus palabras o un fantasma de ella misma, *Lady Cecily* empezó a murmurar:

—Por mi desobediencia...

Justo en aquel preciso momento, me abalancé sobre él. Con un grito que bien hubiese podido proferir uno de aquellos golfillos callejeros, clavé mis dos manos en el rostro del mesmerista y lo agarré del pelo. Como enloquecida, chillando y estirando lo más fuerte que podía, le arranqué la peluca con una mano, mientras que con la otra tiraba de su barba falsa.

Lady Cecily gritó. De haber llevado corsé, creo que se habría desmayado. Pero tomó aliento, se recuperó y gritó:

—¿Alexander Finch?

Allí estaba, su rostro y cabeza sin artificios, sin ni siquiera sus gafas de cristal tintado, sin saber qué decir o hacer.

—¿Alexander Finch! —gritó de nuevo *Lady Cecily*, presa de la indignación. Era tal como yo había imaginado: podía tolerar que alguien a quien admiraba abusase de ella, pero no podía soportar que la embaucaran—. ¡Impostor! ¡Fraude! —Los papeles se acababan de invertir mientras yo, que me mantenía al margen, dejaba caer aquellos repugnantes objetos peludos al suelo—. ¿Cómo te atreves a tomarme por estúpida?

—Silencio —le dijo en un intento de recuperar su autoridad anterior.

—¿Silencio? ¡Escarabajo nauseabundo! ¡No! ¡Gusano! —De hecho sí que se parecía a un gusano con aquella cabeza redonda y pálida y sus ojos anodinos—. ¡Tú, gusano, ya puedes pedir silencio porque no callaré hasta que cada comisaría de policía en Inglaterra conozca tus fechorías!

Con una mirada que bien pudo haberlo abierto en canal, se dio la vuelta para alejarse.

Pero aquel hombre no conocía la vergüenza y la agarró.

—No te atrevas a darme la espalda. Te estoy hablando.

Lady Cecily se zafó de su sujeción y se puso de nuevo en marcha. Sin correr. Con los pies congelados envueltos en harapos, caminaba con paso aristocrático. Tal vez la suya hubiera sido una doble personalidad en algún momento de su vida, pero ya no. Nadie podría haberla confundido con una pobre en aquel instante; se mecía cual embarcación por el Támesis, como una dama de los pies a la cabeza.

—¡Jovencita, no te atrevas a desafiarme!

Su única respuesta fue seguir caminando.

—Perra orgullosa, te lo advierto. —Y aunque Alexander Finch no había alzado el tono, algo en él me dejó más helada que la propia noche y me erizó el pelo de la nuca.

¿Doble personalidad?

No, no era *Lady Cecily* la que había seguido el mismo camino que el doctor Jekyll y el señor Hyde.

Vi cómo aceleraba sus pasos ligeramente mientras seguía alejándose.

—¡Ninguna mocosa me da la espalda! —gritó Finch mientras extraía con rapidez algo de su bolsillo.

Algo largo.

Una cinta larga y blanca que parecía retorcerse como una serpiente en mitad de la noche.

Una cosa es sospecharlo, o incluso tener el presentimiento, y otra muy diferente es verlo con tus propios ojos. El miedo que sentí ante aquella visión me dejó paralizada durante un instante, después del cual solo pude gritar «¡No!» y abalanzarme sobre él para tratar de detenerlo.

Pero con ningún resultado.

Finch simplemente me dio un tortazo con el dorso de su puño y me mandó volando hacia un lado, tras lo cual dejó de prestarme atención. Tal vez recordó cómo hui aterrorizada en nuestro otro encuentro nocturno y esperaba que me comportara de igual modo. Tal vez pensó que las mujeres no podían hacer otra cosa excepto gritar, desmayarse o escapar.

Tal vez, sumido en aquella rabia asesina, no pensó nada.

Su golpe me hizo caer sobre los adoquines, donde me quedé tumbada sin aliento. Paralizada durante unos segundos. Inmóvil.

Pero podía ver.

Vi cómo aquel villano enloquecido, cual animal de rapiña, se lanzaba en picado sobre *Lady Cecily*. Abalanzándose desde atrás, lanzó el garrote por encima de su cabeza y lo tensó.

El rostro de *Lady Cecily* se retorció. Sus ojos se elevaron hacia el cielo. Sus manos volaron hacia el cuello, clavándose en aquel feroz objeto opresivo que no podía ver, que se constreñía para acortar su vida, igual que mis manos habían hecho aquella horrible noche cuando...

Y en aquel instante de estupefacción, jadeando y recordando, comprendí qué significaba «teñirse todo de rojo por la ira». La noche se tiñó de esa tonalidad ante mis ojos. Con la furia dándome vida, me puse en pie de un salto. Mi daga, desenvainada con fiereza, apareció de golpe en mi mano. Blandiendo el arma, me precipité sobre el estrangulador.

Era cruel. No tenía motivos para esclavizarla, excepto su gusto por los juegos de poder. Tampoco tenía razón alguna para atacarme, para estrangularme hasta dejarme sin sentido, casi muerta, antes de que —a lo mejor tal vez por una simple interrupción casual— se detuviera para deleitarse en observar mi rostro.

—¡Gusano! —grité—. ¡Tú... rata de cloaca, repulsivo y asqueroso...!

Mi maldita educación aristocrática no me permitió encontrar un calificativo lo suficientemente infame como para nombrar a aquel despreciable villano mientras le clavaba el cuchillo.

Mientras lo hundía en el músculo fornido de su brazo. No en su corazón. No era mi intención matar, ni siquiera a un monstruo como aquel.

Con un grito ronco dejó ir su vil juguete asesino. *Lady Cecily* se desplomó contra los adoquines.

Creo que Alexander se giró para enfrentarse a mí, con las manos levantadas para evitar mis embestidas, pero no puedo asegurarlo. Solo recuerdo que lo apuñalé de nuevo, en el brazo o el hombro, una y otra vez ofuscada por aquella niebla de furia teñida de sangre. No sé cuántas veces lo alcancé, o si lo hice bien, o qué palabras vociferaba, o si intentó arrebatarme el cuchillo, hasta que me di cuenta de que estaba dando golpes al aire.

Parpadeé y escuché sus pasos apresurados. Con la visión ya clara, vi como huía agarrándose el brazo.

Los adoquines estaban salpicados de sangre.

Y en mitad de la calle fría estaba *Lady Cecily*, desplomada entre harapos, blanca e inmóvil.

¡Oh, Dios mío! La noche de mi ataque, yo llevaba un cuello alto de ballenas que había sido mi salvación... Pero ella no llevaba ninguno.

Estaba tendida como si estuviera muerta.

—No, por favor —suspiré mientras empezaba a temblar. La ira dio paso al miedo: mi mano tembló cuando, sin ser consciente, devolví la daga llena de sangre a su escondite en mi pecho—. Por favor —regué a la noche mientras me arrodillaba al lado de *Lady Cecily* y comprobaba la intensidad con que el garrote había mordido su delicado cuello. Mis malditas manos temblaban tanto que apenas podía agarrar aquella cosa repugnante. Necesité varios horribles minutos para conseguir retirarlo.

Desesperada, busqué en su garganta el movimiento de su respiración; en su muñeca, su pulso. Creí notar algo —tal vez— pero me sacudía de tal manera que no podía asegurarlo.

Ayuda. Necesitaba ayuda para la dama.

Y por una extraña, tal vez incluso providencial, casualidad, sabía dónde podía encontrarla.

Al alcance de la mano.

Cargué el cuerpo flácido de la dama en mis brazos y me puse en pie, caminando con torpeza hasta una modesta consulta-residencia cercana. Aunque evidentemente estaba cerrada a cal y canto en aquel momento pues era de noche, subí a trompicones los blancos escalones de piedra hasta la puerta, donde me apoyé y, liberando una mano del peso de la joven, utilicé el llamador de cobre con las fuerzas que me quedaban.

Continué golpeándolo frenéticamente hasta que la puerta se abrió. Cargando aún con la dama herida, me tambaleé hacia el interior del vestíbulo.

Solo pude ver de reojo a la sorprendida sirvienta que me había dejado pasar, puesto que mis ojos, llenos de pánico, se fijaron directamente en el de igual modo sobresaltado caballero que emergía de la biblioteca con una copa en la mano... El doctor Watson.

Traté de decirle algo, pero me quedé sin habla porque, justo al lado del amable doctor, apareció su amigo e invitado de aquella noche... Mi hermano. Sherlock Holmes.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO



AFORTUNADAMENTE, HUBIESE RESULTADO DIFÍCIL REACCIONAR con más pánico del que ya estaba manifestando... en mis modales agitados, pues mi rostro seguía oculto tras el denso velo negro.

Y afortunadamente, la atención de Sherlock Holmes, al igual que la del doctor Watson, se centró completamente en la muchacha flácida y probablemente sin vida reclinada sobre mí.

—¡Dios mío! —Watson se acercó a grandes zancadas y tomó entre sus brazos a *Lady Cecily* como si estuviera meciendo a un bebé. Casi corriendo, la llevó hacia el calor y la luz de la biblioteca.

—¿Respira? —preguntó mi hermano, que había ido tras él.

—Apenas.

Entonces, estaba viva. Al escucharlo, un peso enorme se desvaneció de mi interior y me sentí de repente mareada, como si mi cuerpo no pesara y estuviera flotando.

El doctor Watson tumbó a la dama encima de un sofá de piel y palpó sus muñecas con sus dedos expertos.

—Su pulso es débil. ¡Brandi, Holmes!

Mi hermano ya estaba camino del decantador, dándome la espalda. La sirvienta permaneció a cierta distancia de mí, apoyada en el pilar de la barandilla de la escalera, como si fuera a desmayarse. En aquel momento, hubiese podido simplemente dar la vuelta, dirigirme a la puerta y escabullirme en la oscuridad.

Sabía que debía hacerlo. No había razón para permanecer allí. *Lady Cecily* recibiría los mejores cuidados. Y todo indicaba que debía irme. La atención del doctor Watson podía desviarse hacia mí, o la de su amigo, que podría reconocerme. Es más, en cualquier momento *Lady Cecily* podía recobrar el sentido y decir mi nombre, que, tonta de mí, le había revelado.

Todo en mí ser me decía que debía huir.

Sin embargo, como una enorme polilla negra atraída por la llama de una vela, me adentré en la

habitación donde estaban los demás.

Donde estaba mi hermano.

Donde estaba la chica que quería que fuera mi amiga.

Y donde estaba el paternal doctor Watson.

—¿Qué tipo de bruto estrangularía a una mendiga? —exclamó Watson, arrodillado al lado de su paciente, mientras retiraba la cuerda de su cuello—. ¡Rose, avisa a la policía! —dijo hacia el vestíbulo.

Rose, como bien supuse, era la sirvienta, que podía sentirse indispuesta para responder, o tal vez no. Holmes, que estaba en aquel momento al lado de Watson con el brandi, dijo:

—No es ninguna mendiga. Fíjate en sus dientes. Han recibido los cuidados adecuados desde que nació. —Watson administró el brandi sin responder—. Fíjate en su piel, sus rasgos. Nuestra huésped es una dama.

—Si es así, ¿qué se supone que hace ataviada con estos...?

—Ciertamente —interrumpió mi arrogante hermano—, aquí se esconde un misterio. —Como un halcón, se volvió hacia la puerta de la biblioteca, hacia donde yo estaba, quizás a menos de tres metros de él. Sus grises ojos de acero se clavaron en mi sucio manto y sus cejas se alzaron súbitamente—. ¿Es eso sangre?

Supongo que, a la luz de una vela, era difícil decir qué eran aquellas manchas húmedas en mi oscura ropa cubierta de mugre.

—¿Sangre? —Watson levantó su mirada para ver de qué estaba hablando Holmes y, al hacerlo, también clavó sus ojos en mí y se levantó repentinamente—. Señora, ¿está usted herida?

De hecho, sí lo estaba. Alexander Finch me había golpeado en la cara causándome algún que otro moratón y me dolía. Pero negué con mi cabeza velada para indicar lo contrario.

De nuevo, pude haber escapado en aquel preciso momento, debí haber escapado, pero algún deseo pernicioso me mantuvo en aquel lugar.

—¿Por qué no habla? —preguntó el doctor Watson.

—Según he oído, la hermana de las calles es muda —respondió Holmes a su amigo sin tan siquiera mirarlo; sus ojos grises permanecían clavados en mí, como si así pudiera atravesar el velo.

—O quizás esté herida y conmocionada —dijo el doctor Watson—. De hecho, eso parece sangre, y en bastantes cantidades.

—Nos faltan datos para llegar a cualquier conclusión —respondió Holmes mientras se acercaba a mí para investigar.

Con un movimiento rápido, saqué la daga.

Mi hermano se paró en seco, tal vez a dos metros de mí. Todo pareció detenerse en aquel momento, mientras yo lo amenazaba con aquella hoja de acero afilado. Incluso el tictac del reloj pareció interrumpirse. Recuerdo una calma total, un silencio absoluto.

Un velo rojo cubría la punta plateada del cuchillo.

El silencio se prolongó hasta que Watson, con una voz que demostraba cierta tensión, lo rompió.

—Creo que no es su sangre, Holmes.

—Entonces, me encantaría saber de quién es... —murmuró el gran detective. A continuación, me tendió las manos en un gesto pacífico pero a la vez de reproche y, con un tono que bien podía

ser de protesta o de convicción, se dirigió a mí—: Mi querida hermana...

Su querida hermana.

Qué efecto tan extraño causaban en mí aquellas palabras.

—¡No seas condescendiente conmigo! —Casi no pude reconocer aquella inconfundible voz aristocrática que salía, como nunca hubiese debido hacer, de debajo de mi velo—. No necesito ayuda de ningún tipo. En cambio, *Lady Cecily*... —Señalé con un gesto brusco de mi arma a la chica que permanecía inconsciente en el sofá... la hija de *Sir Eustace Alistair*, requiere más cuidados de los que yo pueda proporcionarle. —Algo que tal vez jamás recibiría, al menos en lo que se refería a su alienación psíquica, a su otro yo secreto y zurdo. Pero si la policía ya estaba en camino, no había tiempo para explicaciones, así que continué—: El villano que la estranguló...

Con una voz cristalina y resquebrajada por... por la incredulidad, supongo, mi hermano me interrumpió:

—¿Enola? —Su rostro se volvió tan afilado y blanco como un delicado relieve de mármol.

—No hables. Escucha. —No había tiempo para melodramas; tenía que acabar lo que estaba diciendo—. Por favor, presta atención a lo que te estoy contando. El estrangulador es Alexander Finch, un joven que logró trabar amistad con la dama y que desde entonces ha estado sometiéndola a las técnicas del mesmerismo y manteniéndola secuestrada. Se hace pasar por un jactancioso orador llamado Cameron Shaw. Hallarás su disfraz en la calle, y probablemente a él lo encuentres en la consulta de algún cirujano o en un hospital, con las marcas de mi cuchillo en su cuerpo.

Únicamente podía esperar que el doctor Watson hubiese asimilado la mayor parte de la información que les acababa de proporcionar, ya que, evidentemente, mi hermano no lo había hecho. Me respondió con el mismo tono que antes.

—¿Enola?

Habiendo colaborado todo lo que había podido con la justicia, suavicé mi voz considerablemente:

—Mi querido hermano, por favor, tranquilízate en lo que se refiere a mi bienestar. El día en que recuperaré mi cuadernillo de acertijos de tu escritorio, ¿no encontrarías por casualidad uno de mis pañuelos envolviendo un trozo de cebolla?

Intentaba convencerlo, asegurarle que mis lloros no habían sido más que la interpretación de una actriz.

Pero él no parecía entender nada de lo que le decía. Simplemente se inclinó hacia mí, con su expresión de alabastro a punto de estallar por la emoción contenida.

—Enola, debes entenderlo. ¡No puedes seguir con esta estúpida historia, sola, sin dirección, presa de la rebeldía!

El doctor Watson, boquiabierto, iba a decir algo —como me temía—, pero un movimiento y un gemido de *Lady Cecily* demandaron su atención.

Iba a recuperarse. Con una punzada, mi corazón abandonó cualquier esperanza de convertirme en su amiga; tenía que conformarme con saber que estaba a salvo.

Y confiar en que, con el tiempo, hallaría la libertad.

Al igual que yo lo había hecho.

—Sherlock —dije a mi hermano seria y calmadamente—, me apaño muy bien sola, gracias.

—¿Intentas decirme que estás bien?

—Más o menos. Aunque —señalé— algo preocupada por nuestra madre. Todavía no ha

contestado mi último mensaje.

—Entonces dime dónde está y la encontraré.

¡Ajá! ¡Al fin y al cabo, no lo sabía todo!

—Ese no sería su deseo, sin importar la urgencia del caso —respondí.

—¿Y tú, Enola? ¿Insistes en seguir su ejemplo de testarudez? ¡Acabarás por tener problemas!

—Mi querido Sherlock —le dije casi con ternura, aunque todavía empuñaba mi daga para evitar que se acercara—, el único problema que podría tener es perder mi libertad, verme forzada a una vida convencional de tareas domésticas y matrimonio.

—No sabes lo que dices. La obligación de toda mujer decente es ocupar el lugar decoroso que le corresponde en la sociedad.

Se acercó a mí.

Lo detuve con un gesto de mi arma.

—No te acerques más, te lo advierto.

De hecho, nunca le hubiese hecho daño, pero me conocía tan poco que dejó de avanzar.

—No me creo ni una palabra de lo que dices, querida hermana... —Su tono era casi de súplica—. Permíteme ver tu rostro.

No era mucho pedir por su parte, pero no podía permitirlo. El doctor Watson podría reconocer a Ivy Meshle.

—No. —Justo en el instante en que pronunciaba aquella palabra, me di cuenta de que se trataba de un ardid para apartarme del arma: para levantarme el velo necesitaba las dos manos—. Ah, no, mi astuto hermano, no creo que sea posible. —Inmóvil, conservé el tono amable esperando en que percibiera el afecto que le profesaba—. Ahora me marcharé. Te ruego que transmitas mis más cordiales saludos a nuestro hermano Mycroft...

Escuché una enorme agitación a mis espaldas. Rápidamente, dejé de blandir el cuchillo, que oculté entre los pliegues de mi manto, me di la vuelta y salí a toda prisa de la biblioteca, justo en el momento en que la sirvienta se topaba con un agente en la puerta principal.

—¡Deténganla! —exclamó mi hermano, pero la sirvienta, que estaba muy alterada, instaba a los agentes hacia el lugar donde yacía *Lady Cecily*, y antes de que Sherlock Holmes pudiese gritar de nuevo, yo ya había atravesado el umbral y me alejaba corriendo por la calle—. ¡Deténganla! — En plena noche, la voz de mi hermano sonaba como un cuerno de caza. Escuché el sonido de la persecución tras de mí, el ruido amortiguado de las pisadas del agente y las grandes y más ligeras zancadas de mi hermano.

Sintiéndome como una presa, salté por encima de una baranda de hierro y caí de golpe en un sótano del servicio. Huyendo para salvar mi vida —la pérdida de libertad me habría matado—, corrí hacia el callejón trasero y, desde allí, hacia aquel laberinto de cobertizos, talleres y jaulas de animales detrás de las casas. Cuando me detuve un momento dentro de una cochera para recobrar tanto mi aliento como mi sentido común, oí cómo mi hermano hablaba con el agente; a continuación escuché cómo este último se paraba ante la caseta telefónica policial de la esquina.

¡Oh, estupendo! En breve tendría a todos los policías de Londres pegados a mis talones.

—Tráigame un farol —ordenó la autoritaria voz de mi hermano a alguien—. No puede haber ido muy lejos.

Abandoné la cochera por el lado contrario y seguí corriendo, a ciegas, en un estado frenético, desesperado: Sherlock Holmes buscaría en cada establo de caballos, en cada cobertizo para

vacas, en cada sombra de los pasadizos y callejuelas, mientras la policía vigilaba las calles. No había lugar donde esconderme.

El negro manto, la capucha y el velo, el hábito... me señalaban, en aquel momento y en el futuro; tenía que deshacerme de ellos.

Pero y entonces ¿qué? ¿Regresar a casa corriendo en mi ropa interior de franela roja?

Para poder cambiar mi apariencia y esquivar a mis persecutores necesitaba un refugio.

Pero ¿adónde podía ir, si toda la voluntad de los hombres estaba contra mí?

¿Y toda la voluntad de las mujeres estaba en manos de los hombres?

Había elegido no aceptar aquel destino guardado para otras muchachas... ¿significaba aquello que siempre sería así? ¿Correr, esconderse, esquivar, disfrazarse? ¿Enola, sola?

No me permití responder a aquella pregunta y me obligué a pensar en lo que haría en los próximos instantes, en que estaba a punto de llegar a una vía pública empedrada. La atravesé como un rayo, y al hacerlo, reconocí el lugar...

Baker Street.

Por supuesto.

Mis pies, en apariencia más inteligentes que mi cabeza, me habían llevado hasta el único sitio en el que mi hermano probablemente no me buscaría.

Con las energías renovadas gracias a la esperanza, me apresuré hacia el número 221 y me encaminé rápidamente hacia la parte trasera de la casa. En el pequeño patio, tal y como había advertido en mi visita previa, había un solo árbol de la agradecida y protuberante familia conocida como «plátano de sombra londinense». Me encaramé con rapidez y sin problemas por su excelente tronco y luego solo tuve que maniobrar ligeramente para trepar hasta el tejado del porche de la cocina.

Justo en el momento preciso. Cuando me senté, jadeante, pasaron por Baker Street dos agentes, cada uno por una acera, diciéndose:

—Dice el sargento que la chica lleva un traje de monja.

—Sí, con un cuchillo, por lo que he oído, y no atiende a razones —contestó el otro—. Es difícil de creer, pero dicen que es peligrosa.

—La histeria —dijo sabiamente el otro—. Una aflicción común de las de su sexo.

Me pregunté si aquello era lo que Sherlock opinaba de mí. Poco racional. Histérica.

Sí, probablemente lo pensara.

Después de quitarme las botas con el fin de no hacer tanto ruido, caminé lentamente sobre el tejado hasta la ventana que juzgué sería la habitación de mi hermano. Traté de abrirla con suavidad y no dio problemas; como esperaba, no estaba trabada. Mi hermano era, al fin y al cabo, el hijo de mi madre y, por tanto, dormía de forma saludable, dejando que el aire fresco de la noche penetrara en su alcoba.

Me deslicé al interior y cerré la ventana tras de mí, ansiosa por inspeccionar su armario en busca de algo que ponerme. Sabía que tenía muchos disfraces. Incluso en alguna que otra ocasión se había hecho pasar por una anciana. Una falda, un chal y un sombrero bastarían.

Después esperaría, y descansaría, hasta oír cómo se abría la puerta del piso inferior. En ese momento, me escabulliría de la misma manera que había entrado.

Sabía que no podía volver a disfrazarme de nuevo de hermana de la caridad.

Me preguntaba si todavía era seguro continuar disfrazándome de Ivy Meshle. Tal vez no.

Holmes y Watson con toda seguridad comentarían los acontecimientos de la noche y Watson podía explicar a su amigo su visita al doctor Ragostin.

Me pregunté si volvería a ver a *Lady Cecily*.

Probablemente, no.

La única manera en que podía conservar mi libertad y no correr peligro era quedarme... quedarme como mi nombre me ordenaba: Enola. Sola.

Mientras colocaba nueva leña en el hogar de Baker Street 221, sentí el dolor de todo lo que aquello suponía, aunque también encontré un poco de consuelo: tanto si lo sabía como si no, y tanto si le gustaba como si no, mi hermano Sherlock me ofrecía el tipo de amparo que daban las familias. Me estaba proporcionando refugio.

AÚN EL FRÍO INVIERNO. FEBRERO DE 1889



ESTÁ AMANECIENDO, Y EL GRAN DETECTIVE sube las escaleras hacia su habitación con pasos pesados debido al cansancio y a la frustración provocados por las horas pasadas buscando una mariposa negra que se había posado durante unos instantes en su mano antes de desvanecerse en la noche, antes de esfumarse como un fantasma... Pero su hermana no es ningún maldito fantasma; es una mera chiquilla con una figura delgada como el palo de una escoba, sin alas, y es imposible que haya desaparecido de la faz empedrada de Londres. ¿Adónde ha podido ir? ¿Por qué no ha podido encontrarla?

Cabizbajo y con los hombros caídos por el peso del fracaso, el detective entra en su habitación y cierra la puerta tras él.

Qué extraño. La temperatura de la estancia es agradable, como si alguien hubiese mantenido el fuego encendido toda la noche. Pero eso no puede ser.

Aunque... así es. Al mirar hacia la chimenea, ve las llamas que brincan alegremente y, de repente, todo su ser se pone en estado de alerta. ¿Quién... qué intruso ha entrado allí?

Pero incluso cuando sube el gas de los candiles para mirar a su alrededor, ya lo sospecha; de hecho, antes de tener prueba alguna, ya lo sabe, y siente una desazón tan afilada como la hoja de un estilete apuñalándole el corazón. Aprieta sus puños para evitar proferir una maldición. Entre las llamas observa una cantidad considerable de tela negra quemada, sin duda el «hábito de una monja» en el pasado. Confía en que también faltarán algunas de sus prendas de camuflaje. Su astuta hermana ha escapado después de pasar la noche oculta en sus propios aposentos, el único lugar en el que no se le ocurrió buscar.

—¡Menuda caradura! —murmura entre dientes, al borde del ataque de nervios—. ¡Qué insolencia, qué descaro, qué total y absoluto atrevimiento el suyo!

Sin embargo, mientras contempla las señales de que, una vez más, su hermana ha sido más

lista que él, sus manos y su boca se relajan, sus finos labios se tuercen en una sonrisa, y empieza a reír, de corazón y casi con alegría.

El siguiente mensaje aparece en la sección de anuncios personales de la *Pall Mall Gazette* y de otros periódicos:

«Atención mi Crisantemo: la octava letra de la inocencia, la segunda letra del amor, la cuarta letra de la fidelidad, de nuevo la segunda letra del amor, la octava letra de la despedida, la tercera letra del recuerdo, la quinta letra de la pureza, la tercera letra de la inocencia, la cuarta letra de la fidelidad, la segunda letra del recuerdo y la tercera letra del recuerdo de nuevo. ¿Y tú? Tu Ivy».

La emisora juzga seguro el código, que se refiere de forma bastante cándida a la margarita, el nomeolvides, la hiedra, el guisante de olor, los pensamientos, el lirio... Y lo cree así porque en el escritorio de su querido adversario —su propio hermano— ha podido ver un papel con unas anotaciones confusas:

??? Inocencia
Pureza
Recuerdo
Fidelidad
Amor verdadero
Despedida
CUE IA o...??

Sorprendentemente, el gran detective no ha podido descifrar este código en particular, que a la muchacha le parece el más fácil. Porque, si lo hubiese entendido, ¿no estaría ya pisándoles los talones a los gitanos en lugar de estar holgazaneando en Londres?

Así que envía su mensaje (todo en orden), puesto que sospecha —y espera que sus sospechas sean correctas— el motivo por el que su madre no se ha puesto en contacto con ella.

El gabinete del doctor Ragostin, perditoriano científico, está «cerrado hasta nuevo aviso», es decir, hasta que el «doctor Ragostin» decida si es seguro continuar. Desearía poder pasar su actual tiempo libre ayudando a los pobres de las calles del East End, pero sabe quién estará observando, esperándola, incluso durante las horas de luz. Así que, hasta que su rostro amoratado se cure y también hasta que decida qué va a hacer, se queda en su alojamiento.

Los periódicos no mencionan nada sobre *Lady Cecily*, puesto que el asunto se ha silenciado convenientemente. Sobre Alexander Finch solo aparecen unas pocas líneas en la lista de casos criminales pendientes, en donde se comunica su arresto por agresión con intento de asesinato.

Sin embargo, los periódicos no están enteramente vacíos de cuestiones de interés. En unos pocos días, el siguiente insólito mensaje aparece en las columnas de la agonía de *The Times*, *The Morning Post*, *The Evening Standard* y, de hecho, de todos los periódicos diarios:

Para E. H.: Por favor, entra en razón. Por el honor de la familia, prometemos amnistía. No habrá preguntas. Por favor, contáctanos. S. H. y M. H.

No pasa mucho tiempo antes de que la lectora a la que va dirigido escriba una respuesta y la publique en *The Times*, etcétera. Al día siguiente aparece:

Para S. H. y M. H.: Bobadas. E. H.

Si la obligación de cualquier mujer decente es ocupar su lugar correspondiente en la sociedad (matrimonio y hogar, además de lecciones de canto y piano en el salón), esta casi-mujer en particular prefiere ser indecente. O, propiamente hablando, una deshonra para su familia.

Unos días después, encuentra este interesante mensaje en los anuncios personales de la *Pall Mall Gazerter*. «atlaa zebac nocsaird netnamete uqaib asrader neadeupe seuqalaat nalpseo ndadil edifal».

La joven destinataria lo descifra rápidamente, leyéndolo del revés e ignorando los espacios entre las «palabras». Le confirma que sus sospechas sobre los motivos por los que su madre no contestó a su anterior ruego son correctas: mamá no acudirá, o no puede acudir, en su rescate. Nunca. Sin embargo, mamá tampoco puede rechazar semejante petición de forma directa.

Por lo tanto, el silencio había sido la única respuesta que aquella excéntrica mujer había podido ofrecer.

Hasta ahora.

Con una sonrisa de arrepentimiento, la lectora escucha en las palabras impresas una voz que, de pequeña, a menudo le decía lo mismo:

«La fidelidad no es planta a la que se pueda enredar. Sabía que te mantendrías con cabeza alta».

En otras palabras: «Hija, sabía que te apañarías muy bien sola».

¿Está todo en orden?

«No. Soy una mentirosa. Nada está bien. En absoluto».

Sin embargo, la chica cuyo nombre hace honor a la soledad decide que lo estará.

Algún día.

Ella se encargará de que así sea.



NANCY SPRINGER (5 de julio de 1948, Montclair, Nueva Jersey, Estados Unidos). Ha escrito tanto para adultos como para niños y jóvenes. Se trasladó con su familia a Gettysburg cuando tenía trece años. Pasó los siguientes cuarenta y seis años de su vida en Pensilvania, donde tuvo a sus dos hijos y se dedicó a escribir, pescar, montar a caballo y a observar pájaros. Desde 2007 reside en Florida, donde se la puede encontrar pescando y disfrutando de la naturaleza.

Notas

[1] El término hace referencia a una de las demandas fundamentales del Movimiento de Reforma del Vestido. Fundado en Londres en 1881 por mayoritariamente mujeres de la primera ola del feminismo, el movimiento se oponía a los dictados de la moda victoriana y sus defensoras reclamaban, diseñaban y vestían unas prendas más prácticas y cómodas. (*N. de la t.*) <<

[2] En inglés, *Ivy* significa «hiedra». Enola lo utiliza como su nombre en clave. (*N. de la t.*) <<